

# El Cordero y el León

Graeme Goldsworthy



**EL CORDERO  
Y EL LEÓN**

*El Evangelio  
en el Apocalipsis*

**GRAEME GOLDSWORTHY**

**TORRENTES DE VIDA**

# CONTENIDO

## PREFACIO

## INTRODUCCIÓN

1. Vi a un Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado  
*El evangelio, la clave para el Apocalipsis*
2. La tribulación y el reino  
*El evangelio y nuestros sufrimientos actuales*
3. Esos han lavado sus túnicas en la sangre del Cordero  
*Justificación por la fe en el Apocalipsis*
4. El gran día del Dios Todopoderoso  
*Perspectivas bíblicas acerca del fin del mundo*
5. Al que salga vencedor  
*Las cartas a las siete iglesias*
6. Vi que del mar subía una bestia  
*Los pasajes apocalípticos y proféticos*
7. Digno es el Cordero que ha sido sacrificado  
*Los pasajes de los himnos*
8. Se desató una guerra en el cielo  
*El conflicto y Armagedón*
9. Vi un cielo nuevo y una tierra nueva  
*La separación final*
10. ¡Ven, Señor Jesús!  
*Viviendo en esperanza para el futuro*

APÉNDICE: ¿Cuál es la marca de la bestia?

## ***Lista de diagramas***

Fig. 1 Tres perspectivas acerca del milenio

Fig. 2 La estructura del libro del Apocalipsis

Fig. 3 Las dos eras en el Antiguo Testamento

Fig. 4 Dos perspectivas del fin

**DEDICATORIA  
A TODOS LOS QUE SUFREN  
PERSECUCIÓN POR CAUSA DE CRISTO,  
ESPECIALMENTE A LOS CRISTIANOS DE  
LA ESTONIA SOVIÉTICA OCUPADA\***

*Ja nemad on tema  
Voitnud Talle vere tottu  
Ja oma tunistuse sona tottu*

**Ilmutuse 12:11  
(Apocalipsis 12:11)**

**\*Algunas referencias en el texto tienen que ver con el tiempo en que la obra se escribió. N del E.**

## **PREFACIO**

Este libro no es un comentario, ni pretende competir con el gran número de comentarios sobre el Apocalipsis que ya existen. Es en gran medida el resultado de mis propios intentos de exponer el mensaje esencial y contemporáneo de este libro en tres diferentes grupos de estudios bíblicos y en una serie de conferencias públicas en un instituto bíblico. Estas exposiciones se llevaron a cabo en un período de nueve a diez años, y cada una duró aproximadamente de tres a cuatro meses. Durante ese período me vi impulsado, una y otra vez, a reflexionar en el amplio plan y propósito del Apocalipsis en relación con el patrón general de la revelación bíblica.

Las exposiciones en grupos informales han permitido un diálogo muy útil con otros cristianos acerca de cómo el Apocalipsis habla a nuestras situaciones reales en la vida. Tal vez también fue inevitable que mi sincero interés en la importancia cristiana del Antiguo Testamento me llevara a tal libro, que no sólo contiene más citas del Antiguo Testamento que cualquier otro libro del Nuevo Testamento, sino que también preserva las figuras literarias y patrones idiomáticos del Antiguo Testamento de manera incomparable en el Nuevo Testamento.

Me siento plenamente agradecido con mis colegas y amigos que leyeron el manuscrito y me alentaron. En especial estoy en deuda con la señora Ellenor Neave por mecanografiar el manuscrito.

**GRAEME GOLDSWORTHY**

# INTRODUCCIÓN

## PRINCIPIOS DE LA INTERPRETACIÓN

### *La clave para entender el Apocalipsis*

El libro del Apocalipsis parece ocupar una de dos posiciones en la mayoría de los afectos de las personas. Bien puede ser totalmente pasado por alto o se le da más importancia que a cualquier otro libro de la Biblia. En cuanto a la primera posición, las razones no son difíciles de imaginar. Además de las cartas a las siete iglesias en los capítulos 2 y 3, el libro está repleto de formas literarias floridas y exóticas. Las extrañas visiones, junto con el uso constante de ideas e imágenes del Antiguo Testamento, hacen que muchos lectores colocan al libro dentro de la categoría “demasiado complicado” para comprender. Pocos cristianos se acostumbran a pensar en el significado de su existencia en términos de bestias de siete cabezas y jinetes apocalípticos. Debido a que las expresiones del Apocalipsis son muy extrañas para nosotros, tendemos más bien a concentrarnos en las partes del Nuevo Testamento que vienen a nosotros en formatos muy directos, como cartas y narraciones.

La despreocupación por el estudio del Apocalipsis está también, paradójicamente, relacionado con el hecho de que algunos parecen darle una prominencia indebida. Cuando los profetas modernos y los gurús futuristas han terminado su extraordinaria explicación de cada detalle visionario, y han rastreado las más complejas cadenas de sucesos que están a punto de estallar en cualquier momento, el lector ordinario siente un pánico que casi lo saca de sus cabales. Su temor no sólo es causado por los terribles e inminentes sucesos, sino por la cantidad de conocimiento requerido para interpretar los intrincados detalles de este inusual y desconocido libro. ¡Es mejor dejárselo a los especialistas! Y, por supuesto, también se da el caso inverso. Al tener este vacío interpretativo, pastores, maestros y sus rebaños, dejan el campo libre a cualquiera que desee tomar el manto de profeta. Ser un experto en las “cosas por venir” es un camino seguro hacia la fama (y a veces el dinero).

Algunos hábitos de lectura bíblica pueden ser peligrosos en este respecto. El buen hábito de leer diariamente la Biblia puede fácilmente transformarse en un conjunto de reglas acerca de cómo tratar el texto. La práctica de la meditación en pasajes cortos a menudo es productiva, pero

siempre está abierta a peligros. Por definición, y por lo general, los pasajes cortos son pasajes aislados, extraídos de un contexto más amplio. Esto puede causar una mala comprensión del significado del pasaje, aun cuando parezca claro y benéfico a simple vista. También puede causar confusión. ¿Cómo puede alguien meditar sobre la descripción de un monstruo apocalíptico? ¿Qué pensamiento alentador para el día nos proporciona la destrucción de un tercio de los ríos del mundo? ¿Cuál es el mensaje del Señor para mí en la lista de piedras preciosas que adornan los cimientos de la ciudad celestial? ¡Mejor no nos ocupemos de este libro! Dejemos que los especialistas traten el Apocalipsis mientras meditamos en pasajes más claros del Nuevo Testamento.

Una vez escuché a una visita explicar con gran detalle cómo los acontecimientos históricos del mundo contemporáneo daban a luz la inconfundible señal de que la segunda venida del Señor Jesucristo estaba muy cerca. La exposición fue muy ingeniosa, y le dio al mensaje del Apocalipsis un tono de urgencia. Pero en esto había un problema para mí, que aún no puedo pasar por alto. La urgencia pertenecía completamente al *tiempo actual*, a la parte final del siglo veinte. ¿Entonces por qué Juan tenía tanta urgencia hace unos diecinueve siglos? ¿Cuál era el significado *contemporáneo* de la revelación que hizo del autor del libro un mensajero de Dios preocupado, que escribía a una pequeña y perseguida minoría de cristianos en un hostil mundo pagano? Si él escribió en el contexto de la agonía de su exilio en Patmos, hablándoles a iglesias específicas de Asia menor por nombre, ¿qué importancia tendrían para ellos sucesos tan lejanos pertenecientes, según nuestros modernos profetas, a la era nuclear-tecnológica?

Por supuesto que el Nuevo Testamento tiene mucho que decir acerca de ciertos sucesos futuros. El retorno de Jesucristo, la resurrección de los muertos, y la consumación del Reino de Dios son todos acontecimientos futuros. Además, pocos comentaristas disputarían que el libro del Apocalipsis habla de tales sucesos. En la medida en que Juan se refiere a ellos y los destaca en sus días, apunta al hecho de que no se trata de *cuándo* ocurrirán, sino de *lo que* habrá de acontecer, lo cual constituye la urgencia. A estos sucesos, muchos de ellos futuros, ni Juan ni otros autores de la Biblia les dieron importancia contemporánea poniéndoles fechas de su época o la época de sus lectores. Es probable que los escritores del Nuevo Testamento hayan tenido ideas muy diferentes acerca de cuándo habría de tener lugar la manifestación de Cristo en majestad. Todos ellos, sin embargo, estuvieron de acuerdo en una cosa, y fue en que la primera venida de Cristo había conducido los tiempos y la historia a una crisis. Lo podemos ver en la forma en que se refieren al tiempo que sigue a la vida, muerte y resurrección

de Jesús, como “*el tiempo postrero*”. Posteriormente volveré a tocar este tema. Basta decir que, de acuerdo con el Nuevo Testamento, el evento evangélico de Jesucristo envía toda la historia subsiguiente a una nueva luz. Sea que los hombres lo reconozcan o no, la venida de Cristo, para morir y resucitar de nuevo, es la meta de toda la historia. Dios no sólo creó todas las cosas en Cristo y para Cristo (Colosenses 1:16), sino que su plan eterno ha sido llevar todas las cosas a su plenitud en Cristo (Efesios 1:9s), en la plenitud del tiempo (Gálatas 4:4).

## **Principios de interpretación**

Al hablar de principios de interpretación no quiero dar la impresión de que hay una clave *secreta* que abre todo. Hay una clave, pero no es un secreto. Tampoco quiero sugerir que sea una cuestión totalmente técnica que quita la interpretación del dominio de la gente de mente sencilla y de los que son poco versados en teología. Todas las disciplinas y especializaciones tienen términos técnicos. Un ama de casa me dice que es una persona sencilla, que no está al día en tecnicismos teológicos y, sin pensar, en seguida se voltea para operar un complicado artefacto de costura o para interpretar sin error un patrón de tejidos que reduce a los jeroglíficos egipcios a la insignificancia. Un hombre me dice que no tiene educación y no es capaz de ir más allá del “evangelio básico”, y luego procede a afinar un motor de coche con la ayuda de un equipo tecnológico altamente sofisticado. A menudo la falta de familiaridad es lo que nos desalienta, más que la dificultad inherente de las cosas. Si estuviésemos motivados, la mayoría de nosotros podría tener dominio de términos técnicos y de ideas abstractas.

Hay dos principios elementales de interpretación que provienen de la naturaleza misma de la Biblia. Tienen que ver con las características literarias del texto y con las estructuras teológicas de toda la Biblia.

### *1. Estilo Literario*<sup>[1]</sup>

Con frecuencia el tema determina la forma de las expresiones literarias usadas para relatarlo. Sin embargo, también hay una variedad de opciones para cualquier escritor sobre cómo tratar el material. Un recuento de hechos históricos significativos tal vez se trate mejor en la forma directa de la narrativa histórica. Pero también es posible relatarlo en forma de un poema épico o incluso revestirlo con un lenguaje simbólico. Cada expresión idiomática puede presentar la verdad, pero lo hará con diferentes matices de significado y énfasis. La tarea del escritor es esforzarse en comunicar lo que ve como la verdad del asunto, mediante la expresión idiomática que a su criterio sea la más adecuada para sus propósitos. La tarea del lector es penetrar el significado del escritor. Por lo general la prosa directa presenta

menos problemas porque se aproxima mucho a las expresiones idiomáticas del discurso diario que todos utilizamos. En este siglo veinte, la poesía es usualmente una médium con la que pocos se sienten a gusto. Si un predicador fuera a presentar su sermón en forma poética, podría ser catalogado como “oscuro”. Pero al parecer, los profetas de Israel normalmente lo hicieron en dicha forma, ya que la mayoría de sus sermones están relatados como poemas. Sólo podemos asumir que el israelita promedio estaba mucho más acostumbrado que nosotros a tratar a la poesía como medio de comunicación.

Así que, cuando leemos la Biblia o cualquier otra literatura antigua, es posible encontrar que existe una gran brecha entre nuestros métodos literarios modernos y los del escritor antiguo. No podemos ignorar esta brecha y pretender que no existe. Por otro lado, no nos desanimemos. Lo importante es estar sensibles a la variedad de opciones disponibles para cada autor. Algunas veces necesitaremos investigar un poco más a fondo el significado de ciertas expresiones idiomáticas a fin de descubrir con qué intención y cómo fueron utilizados. El libro del Apocalipsis contiene un gran número de formas literarias distintas, cada una con sus propias características y funciones. Las más obvias son:

- a. Cartas
- b. Oráculos proféticos
- c. Himnos de alabanza
- d. Visiones apocalípticas<sup>[2]</sup>

El principio de interpretación que surge de esto es que debemos permitirle al autor el uso de las convenciones literarias propias de su tiempo y cultura, y utilizarlos del modo que más le convenga. La mayoría de las veces las expresiones idiomáticas distintivas de la Biblia son tan familiares para nosotros que nos acostumbramos fácilmente a ellas. A menudo las expresiones nos serán familiares en su contexto bíblico, como parte de la literatura bíblica, pero desconocidas para nosotros en su medio cultural original. Por ejemplo, la mayoría de los cristianos no tiene dificultad con las palabras de Jesús: “Yo soy el buen pastor” o “Yo soy la puerta de las ovejas” (Juan 10). Las hemos escuchado a menudo y parece que las comprendemos. Pero un día escuchamos la exposición de Juan 10 y se describe el contexto cultural e histórico de los métodos antiguos orientales del cuidado de las ovejas. De repente los detalles del pasaje toman una profundidad de significado que nunca imaginamos que tendrían.

La doctrina de la inspiración de la Biblia es extremadamente importante pero no debemos malentenderla. Cuando Juan escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo, aún era Juan. De igual forma siguió pensando y

expresándose en los patrones de pensamiento y lenguaje que le eran característicos. La inspiración no suspendió la personalidad humana, sino que trabajó por medio de ella. Así, cuando Juan decidió, bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribir utilizando las formas literarias comunes a su época, lo hizo según las reglas y convenciones de un judío del primer siglo. Al interpretar, nuestra labor es aprender a reconocer las diferentes formas en que un judío del primer siglo escribiría y cómo funcionan esas diferentes formas de expresión. El hecho de que los judíos desarrollaran un estilo popular de escrito religioso, usando un tipo común de relatos de visiones, no disminuye las visiones de Juan, ni motiva a preguntarse sobre la veracidad de sus afirmaciones de haberlas experimentado.

Es necesario decir una cosa más aquí. Algunas formas de expresión literaria son menos familiares que otras. La mente del siglo veinte puede relacionarse con más facilidad con cartas y narraciones, que con visiones apocalípticas. En tiempos recientes los eruditos bíblicos<sup>[3]</sup> han prestado mucha atención a este material apocalíptico, pero aún es un tema demasiado místico para la persona promedio. Además, está el hecho de que a menudo las visiones apocalípticas emplean rasgos simbólicos frecuentemente utilizados y reconocidos por las personas familiarizadas con ellos; sin embargo, pueden contener simbolismos deliberadamente ambiguos u oscurecidos para nosotros por nuestra distancia con ellos. Cuando encontramos tales dificultades en el material bíblico, en particular cuando la información contextual falla en proporcionar un significado claro, hay un principio sencillo que se aplica. Debemos permitir que los textos más claros tengan prioridad sobre los más oscuros. En términos prácticos, no podemos permitir que a base de una visión apocalíptica se establezca un punto doctrinal, contra declaraciones claras que se opongan a ella en el material epistolar del Nuevo Testamento (es decir, las cartas).

## *2. La centralidad del evangelio*

A menudo, nuestro segundo principio de interpretación es el más descuidado, sin embargo, es absolutamente fundamental para un entendimiento apropiado. Dicho de una manera sencilla, este principio es que el evangelio de Jesucristo es la clave para interpretar toda la Biblia.<sup>[4]</sup> Esto quiere decir que Jesucristo, en su persona y obra, da significado a toda la Biblia. El Nuevo Testamento sostiene este principio de muchas maneras diferentes y, por supuesto, lo aplica constantemente. Por ejemplo, cuando Pablo dice que el evangelio es poder de Dios para la salvación de todos los que creen (Romanos 1:16), se refiere a la salvación total, no sólo a nuestra inclusión en ella por medio de nuestra conversión inicial. Para Pablo, salvación es la salvación de la persona completa, y es la plenitud de la

salvación. Parte del hecho de ser salvados por el evangelio implica la salvación de nuestra mente, de nuestro entendimiento: "...sean transformados mediante la renovación de su mente" (Romanos 12:2). ¿Cómo 'salva' el evangelio nuestras mentes? Primero, lo hace poniéndonos en el mismo lado de Dios para que podamos querer seguir su forma de pensamiento. Queremos conocer su voluntad y entender su Palabra. Segundo, el contenido real del suceso del evangelio nos muestra el objetivo de todos los propósitos revelados de Dios. Así que la Biblia presenta la unidad de las acciones divinas para nuestra salvación, primero en las sombras de la historia del Antiguo Testamento y las palabras proféticas, y luego como la sólida realidad en Jesucristo. Uno de los principales objetivos de este libro es examinar de qué manera el evangelio interpreta el libro del Apocalipsis.

Al aplicar este principio al libro del Apocalipsis no sólo lo hacemos porque el evangelio se manifiesta en el libro. Es vital con el Apocalipsis, como lo es con los demás libros de la Biblia, que no lo tratemos de forma aislada. Las visiones del libro del Apocalipsis deben ser interpretadas a la luz del mensaje unificado de la Biblia que alcanza su objetivo en Jesucristo. Hay una línea particular de interpretación que no sigue este principio. Ve al Apocalipsis como una contestación de muchas de las profecías del Antiguo Testamento, pero de tal forma que ni las profecías ni el Apocalipsis son parte integral del evangelio. El evangelio no está totalmente desligado de estas partes de la Biblia, y sin embargo es considerado como una intrusión en el proceso del cumplimiento de las profecías, de tal forma que suspende el proceso. Sólo después de que el evangelio haya recorrido su curso asignado en el mundo, se reanudará el proceso de cumplimiento de las profecías. Tal perspectiva parece ignorar el propio testimonio del Nuevo Testamento, de que el evangelio no es un paréntesis del cumplimiento profético, sino que es más bien su esencia.

### **¿Qué hay con el milenio?**

Intento declarar desde un comienzo mi creencia de que el milenio no es el tema central del libro del Apocalipsis. Las referencias explícitas al reino de Cristo de mil años están confinadas en un solo pasaje en todo el libro del Apocalipsis: Apocalipsis 20:1-10. Desafortunadamente, a menudo la interpretación específica de este pasaje ha sido la demostración de ser ortodoxo. He tratado de manejar el tema de tal manera que no le dé una relevancia injustificable, pero que tampoco lo deseche como si fuera un tema sin valor, indigno de ser tomado en cuenta con seriedad.<sup>[5]</sup> Considero el milenio como una entre las varias imágenes que contribuyen al patrón general de la revelación de Juan. Mi objetivo aquí es tratar el tema de una

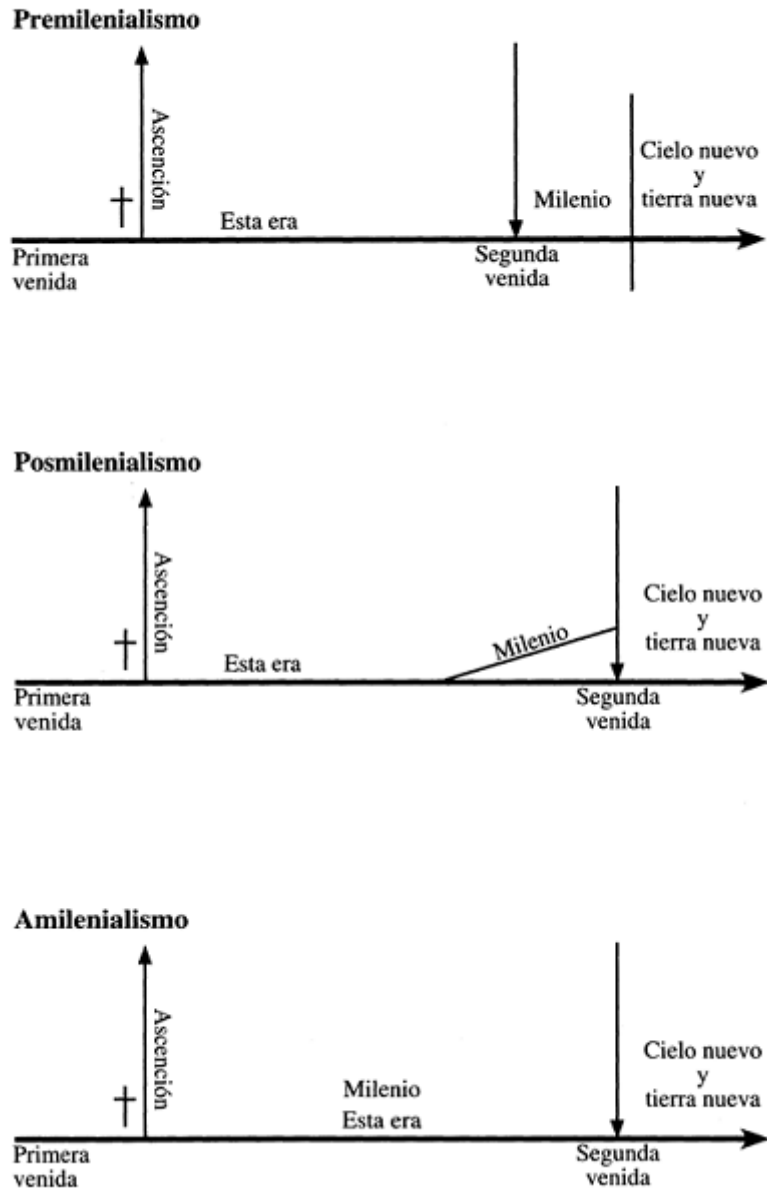
forma consecuente con los principios de interpretación que acabo de bosquejar.

Tal vez un aspecto significativo del debate prevaleciente acerca del milenio es que éste sirve para destacar los diferentes enfoques de interpretación. Por eso el tema puede ser un área fructífera para el estudio del método hermenéutico o interpretativo. Lo que no sería bueno, en mi opinión, es que el brillante retrato del fin del conflicto entre Cristo y Satanás se convierta en un perpetuo campo de batalla y en causa de conflicto entre los cristianos.

Los no iniciados pueden ser influenciados por las posiciones premilenial, posmilenial y amilenial.<sup>[6]</sup> Sin embargo, es importante darse cuenta de que la mayoría de los comentarios sobre el Apocalipsis mantienen una u otra postura acerca del debate del milenio, simplemente porque al autor una postura particular le parece más congruente con su interpretación general del libro. Por ejemplo, en mi opinión, uno de los mejores comentarios introductorios es *I Saw Heaven Opened*, por Michael Wilcock.<sup>[7]</sup> No hay duda de que Wilcock mantiene una posición amilenial, pero no debemos juzgar su trabajo sólo sobre esa base. Sin duda el lector identificará fácilmente mi posición general respecto al milenio, pero espero que estos breves comentarios alienten la perseverancia tanto de quienes tienen un punto de vista diferente al mío, como de quienes tienen poco interés en los cerrados confines del debate. Es mi esperanza que *El Cordero* y *El León* establezca los fundamentos para un estudio más detallado con la ayuda de un buen comentario.

### **Figura 1**

Figura 1: TRES PERSPECTIVAS ACERCA DEL MILENIO



# 1

## “Vi a un Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado”

### *El evangelio, la clave para el Apocalipsis*

En la mano derecha del que estaba sentado en el trono vi un rollo escrito por ambos lados y sellado con siete sellos. También vi a un ángel poderoso que proclamaba a gran voz: “¿Quién es digno de romper los sellos y de abrir el rollo?” Pero ni en el cielo ni en la tierra, ni debajo de la tierra, hubo nadie capaz de abrirlo ni de examinar su contenido. Y yo lloraba mucho porque no se había encontrado a nadie que fuera digno de abrir el rollo ni de examinar su contenido. Uno de los ancianos me dijo: “¡Deja de llorar, que ya el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido! Él sí puede abrir el rollo y sus siete sellos”.

Entonces vi, en medio de los cuatro seres vivientes y del trono y los ancianos, a un Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado.

Y entonaban este nuevo cántico:

“Digno eres de recibir el rollo escrito y de romper sus sellos, porque fuiste sacrificado, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación”.

(Apocalipsis 5:1-6,9)

### **El Cordero y el León**

El género apocalíptico era una forma de escritura religiosa que se hizo muy popular entre los judíos de alrededor del segundo siglo a.C. Una de sus características era que el visionario narraba cómo había recibido una revelación de Dios (Apocalipsis viene de la palabra griega que significa revelación), y entonces se le decía que lo escribiera en un rollo y lo sellara hasta que llegara el tiempo de revelarlo. La publicación del rollo significaría que el tiempo había llegado y los secretos habían sido revelados; Juan se refiere a estas características en Apocalipsis 5. El rollo contiene el mensaje

de Dios, la verdad acerca de su reino. ¿Pero quién es capaz de revelarlo? Juan llora porque no se encuentra a nadie digno de revelar la verdad de Dios y su reino y, al parecer, debe permanecer sellada en el rollo. Pero entonces se le dan buenas noticias. Hay uno que ha triunfado y es capaz de abrir el rollo. Es el León de la tribu de Judá, el Mesías del linaje real de David. En esta breve descripción Juan captura el sentido de una fiera majestad y fuerza irresistible. Aquí se representa al rey guerrero, recién llegado de una batalla, aún con la sangre de sus enemigos en su espada. Es invencible y glorioso en su conquista. Ha aterrorizado a todos los que se le oponen y los ha esparcido. Puesto que su poder y fuerza le han dado el triunfo, el León es capaz de abrir para todos los hombres los misterios del reino de Dios.

Pero cuando Juan voltea para ver al León, no ve la figura de gloria y poder majestuosos. En vez de eso ve a un Cordero que “parecía haber sido sacrificado”. Aun este acertijo verbal, típico de la literatura apocalíptica, intensifica el efecto que es destruir la imagen visual del rey de los animales. ¡Un Cordero sacrificado! Esa es la victoria que vence y pone la verdad del reino de Dios a nuestro alcance. Por medio de un hábil uso de las imágenes apocalípticas, Juan ilustra la paradoja central del evangelio. La victoria de Dios fue la humillación y muerte de su Hijo. El León asume la mansedumbre del Cordero y muere a fin de triunfar. Ahora el rollo puede ser abierto y se escucha una alabanza.

“Digno eres de recibir el rollo escrito y de romper sus sellos porque fuiste sacrificado...”

Por medio de su sufrimiento y muerte el Cordero es el revelador de Dios. Con toda propiedad el libro se llama “la revelación de Jesucristo”. Aquí podemos ver que la clave para la verdad, toda la verdad acerca del reino de Dios, es Jesucristo en su vida, muerte y resurrección. Juan ha entretejido este hecho en la expresión apocalíptica al describir al Cordero sacrificado como el único que es digno de revelar la verdad. De esta manera Juan nos recuerda de la centralidad del evangelio en su libro. Si hemos de abrir el significado del Apocalipsis debemos hacerlo por medio del hecho de que Jesucristo, en su ministerio terrenal de redención, es la verdadera y reveladora Palabra de Dios. El Apocalipsis, como cualquier otro libro del Nuevo Testamento, es una exposición del evangelio. Esto puede enfatizar ciertas consecuencias del evangelio, pero se trata del mismo evangelio. Como Michael Wilcock dice del autor:

Y ahora él iba a recibir otra vez la Palabra y el Testimonio, un genuino mensaje de Dios, que en su debido momento debía ser leído en voz alta en las reuniones de la iglesia, como cualquier

otra escritura inspirada. En un sentido no sería nada nuevo, simplemente una recapitulación de la fe cristiana que él ya poseía. Pero esta habría de ser la última vez en que Dios iba a repetir los patrones de la verdad, y lo haría con un poder devastador y un esplendor inolvidable.<sup>[8]</sup>

### **¿Qué es el evangelio?**

Seamos claros con lo que queremos decir con la centralidad del evangelio. Primero, ¿qué es el evangelio? El evangelio es el mensaje acerca de Jesucristo; con respecto a su vida, muerte y resurrección en relación con nosotros y nuestra salvación. Es un hecho histórico que Cristo nos redimió por lo que él fue e hizo hace casi dos mil años en Palestina. Mientras los efectos del evangelio se extienden tanto hacia atrás como hacia adelante en el tiempo, tales efectos no son por sí mismos 'el evangelio' en el cual creemos para nuestra salvación. Es importante que distingamos los efectos o frutos del evangelio, del evangelio en sí mismo. La regeneración, la fe y la santificación en el cristiano son frutos del evangelio. Pero no obtenemos nuestra salvación por fe en la fe o en la regeneración o en el don del Espíritu Santo. Sólo por la fe en Jesucristo que vivió y murió como mi Hombre sustituto, recibo el regalo de la salvación. Aun la segunda venida de Jesucristo no es el evangelio, sino un fruto de éste. Nosotros no seremos salvos por creer que él *habrá* de venir, sino por creer que él *ha* venido en carne por causa nuestra.

Así que el evangelio es especialmente la obra de Jesucristo en una forma que no es especialmente la obra de Dios el Padre o el Espíritu Santo. Es una obra completa y perfecta que tuvo lugar en la misma persona de Jesús de Nazaret y, por lo tanto, no en nosotros. Esto, y sólo esto en sí mismo, es la base para que Dios nos acepte. En los escritos de Pablo este hecho posterior es, a menudo, mencionado como 'justificación'. Justificar es declarar a alguien justo o recto. Gracias a los méritos de Jesucristo como nuestro sustituto, Dios puede acreditarle al pecador creyente esos mismos méritos. Él justifica completamente al pecador sólo a base de que hay uno que ocupa, como justo, el lugar del pecador. El pecador que cree es el pecador que confía en el Cristo histórico como su sustituto ante Dios. Este Cristo histórico está vivo y está a la diestra de Dios. Pero ahora él está ahí como nuestro sustituto sólo porque fue nuestro sustituto histórico en su vida y muerte.

Cuando hablamos de 'la centralidad del evangelio' nos referimos al hecho de que cada aspecto de nuestra salvación surge del evangelio. Nos referimos a que el evangelio es verdaderamente el poder de Dios para la salvación en que por medio de ese evangelio somos llamados, regenerados,

convertidos, santificados y finalmente glorificados. Nos referimos a que Jesucristo, Dios encarnado, en la forma en que vivió, murió y resucitó, le dio un nuevo significado a toda la historia y existencia humana. Nos referimos a que el evangelio es el único medio que tenemos de iniciar, continuar y perseverar en la vida cristiana.

El error que hemos de repudiar enfáticamente es la noción comúnmente mantenida de que el evangelio es el poder de Dios sólo para convertirnos. Una vez escuché un informe de un misionero acerca de cómo un pastor, en su campo misionero, les escribió a sus jefes, acerca de su rebaño: "Aquí, todos conocemos el evangelio y ahora debemos ocuparnos de algo más sólido". La idea es que el evangelio es la puerta de entrada a la experiencia cristiana y, por tanto, a la vida eterna, pero una vez que entramos por esta puerta nos movemos a otra realidad más sólida por medio de la cual progresamos. La santificación, o convertirse en santo, o el crecimiento en la fe cristiana, con frecuencia se describe como una nueva etapa que sigue a la conversión. Los medios para ésta son presentados de diferentes maneras. Para algunos es por medio de un acto de 'compromiso total', o de 'vaciar' o de 'dar muerte a la vieja naturaleza'. Para otros es una experiencia distinta del Espíritu Santo. La literatura y la predicación cristianas están llenas de 'pasos a una vida más profunda' o 'claves para la vida abundante y victoriosa'. La intención no es argumentar sobre la jerga y las terminologías piadosas. El meollo aquí es sencillo. Cuando nos acercamos a la santificación como algo alcanzable por otros medios distintos al evangelio de Jesucristo, el mismo evangelio por medio del cual somos convertidos, nos desviamos de las enseñanzas del Nuevo Testamento.

## **La centralidad del evangelio**

La centralidad del evangelio se puede expresar con respecto a cualquier aspecto de la enseñanza bíblica sobre la salvación. Significa que lo que Dios ha logrado en Cristo es el objetivo de todos los propósitos de Dios, tal y como están expresados tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En esto yace el significado de Cristo como el Alfa y la Omega.

### *1. Cristo es el significado de la creación*

No asimilamos por completo la enseñanza sobre la creación hasta que hemos tratado con esos pasajes que hablan del papel de Jesucristo en la creación. Juan 1:1-2 nos recuerda que el Verbo que se hizo carne como Jesús de Nazaret fue el agente de la creación. Pablo lleva esto un paso más allá en Colosenses 1:15-20. Aquí Cristo es declarado como aquél *en* quien, *por* quien y *para* quien todas las cosas fueron creadas. En esta etapa sólo queremos notar que Pablo dice que el Cristo que trajo la paz por medio de

su sangre en la cruz (Colosenses 1:20) es el agente, propósito y objetivo de la creación. Algunos podrían concebir el evangelio como un tipo de idea adicional de Dios, que él inventó cuando el pecado arruinó la creación. Pero aquí vemos que el evangelio era un plan concebido por Dios antes de la creación. Dios creó los cielos y la tierra con el plan expreso de traer todas las cosas a su objetivo final por medio del sufrimiento y muerte de Jesucristo.

## *2. Cristo es el significado de la ley y los pactos del Antiguo Testamento*

El Antiguo Testamento presenta con sumo detalle el hecho de que fue la voluntad de Dios relacionarse con su pueblo en una forma específica. En el proceso redentor Dios se relaciona con el hombre por medio del pacto. El pacto es una constitución que muestra la naturaleza de la relación entre Dios e Israel, su pueblo escogido. La ley de Moisés es la expresión que más abarca la relación de pacto establecida por medio de la obra de gracia redentora de Dios. El Nuevo Testamento trata el tema del pacto y habla de Jesucristo como quien le da cumplimiento. Su nacimiento lleva todas las promesas del pacto del Antiguo Testamento a su realización (ver Lucas 1:46-45, 68-79; 2:29-32). El hecho de que Jesucristo haya cumplido la ley (Mateo 5:17) significa que él vivió como el perfecto socio de pacto con Dios. En otras palabras, él fue sin pecado. Su bautismo llevado a cabo por Juan el Bautista fue la perfecta expresión de la elección humana de vivir para Dios y no en su contra. En su bautismo se declaró a Jesús como el verdadero y amado Hijo de Dios. El uso que hace Lucas aquí de la genealogía (Lucas 3:22-38) muestra que la declaración: “Tú eres mi Hijo”, destaca que Dios acepta a Jesús como el verdadero israelita, el verdadero hombre (Adán es el hijo de Dios, v. 38).

## *3. Cristo es el significado de las profecías*

Hablando acerca de la ley y los profetas, Jesús dijo: “No he venido a anularlos, sino a darles cumplimiento” (Mateo 5:17). Es un error ver esta referencia a los profetas como si Jesús viniera a dar cumplimiento a ciertas predicciones mesiánicas dispersas en los escritos proféticos. La declaración los incluye a todos y significa que todo lo que los profetas hablaron se cumple en Cristo. La palabra profética de juicio en contra del pecado se cumple en la muerte de Jesucristo en la cruz. La promesa de un nuevo pacto, de un pueblo de Dios restaurado y un nuevo lugar de residencia de Dios entre los hombres, todas se cumplen en Cristo. Además, también se cumplen en el acontecimiento del evangelio. Acerca de esto diré algo más en capítulos posteriores, dado que es un punto controversial, y deseo

declarar a qué se refiere. Observemos por el momento la convicción de Pablo de que todas las promesas proféticas tienen su 'sí' en Cristo (2 Corintios 1:20). Pablo expresó esto en su sermón en Antioquía cuando dijo: "Nosotros les anunciamos a ustedes las buenas nuevas respecto a la promesa hecha a nuestros antepasados. Dios nos la ha cumplido plenamente a nosotros, los descendientes de ellos, al resucitar a Jesús" (Hechos 13:32-33).

#### *4. Cristo es el significado de la existencia cristiana*

"Para mí el vivir es Cristo", dijo Pablo (Filipenses 1:21). El Cristo al que se refiere es el Cristo descrito en Filipenses 2, que es el Cristo que sufrió en carne y fue exaltado al lugar de honor con Dios (Filipenses 2:6-11). Este es el Cristo del evangelio, que es el Señor. Para Pablo, este Cristo es el que le da a la vida su único significado posible. Cristo hace esto al revelar y restablecer, por medio de su acto redentor, la verdadera relación entre Dios y el hombre, entre el hombre y el hombre, y el hombre y la creación. Hace esto en su mismo ser, de tal manera que el pecador que cree en la palabra de Dios, de que este acto redentor fue hecho para él como un regalo gratuito, reciba el mismo estatus que Cristo posee por virtud de su obediencia sin pecado. No podríamos expresarlo mejor que con palabras de Pablo: "Cristo, que es la vida de ustedes" (Colosenses 3:4). Con esto Pablo quiere decir que, como consecuencia de su perfecta vida y muerte, todo lo que Cristo es, delante de Dios, lo es POR NOSOTROS. Él es el Hijo sin pecado POR NOSOTROS. Él es el verdadero socio de pacto POR NOSOTROS. Él es el amado POR NOSOTROS. Él es recto y santo, el pecador juzgado, la vida nueva, el hombre lleno del Espíritu, el perfecto adorador de Dios, todo POR NOSOTROS.

De este hecho del evangelio que destaca la existencia de Cristo POR NOSOTROS, y de este solo hecho, viene el motivo y el poder para nuestra existencia cristiana. Todos los frutos del evangelio son sólo eso: frutos *del evangelio*. Regeneración, fe, santificación y perseverancia final, son todos frutos del evangelio. No pueden crecer en otro árbol. Las demandas legalistas, los halagos y la intimidación para lograr 'un compromiso más profundo' y la 'rendición total', cuando quitamos la gracia del evangelio, sólo son malas hierbas que únicamente pueden producir desánimo, desilusión y rebelión.

#### *5. Cristo es el significado de la segunda venida*

La primera venida de Jesucristo, el evento del evangelio, establece el significado de la segunda venida de Jesucristo. Tal vez una de las razones más grandes para malentender el libro del Apocalipsis se deba al fracaso de

entender la relación entre la primera y segunda venidas de Jesucristo. Seamos claros en este punto. Cristo no regresará para hacer una obra nueva o diferente. Su regreso en gloria será para concluir la obra terminada en su vida, muerte y resurrección. En esta venida, él va a ser revelado en toda su gloria a todos los principados y poderes. Lo que cada creyente ahora cree por la fe estará abierto a todo ojo. Lo que el creyente posee ahora por fe y que está en Cristo, su sustituto, será perfeccionado como realidad en sí mismo. El *estatus* que ahora tenemos en Cristo se convertirá en nuestro *estado*.

Es esta relación de la primera y segunda venidas lo que provee la estructura del pensamiento de Juan en el libro del Apocalipsis. Es la relación del Cristo sufriente con el Cristo manifestado en gloria. Es la relación del Cordero con el León. El León es el símbolo de la majestad del glorioso Mesías Rey de Israel, quien se revela en la gloria del reino de Dios. El Cordero es el símbolo del sufriente Jesús de Nazaret. Juan nos muestra que quien vea al León, primero debe encontrarlo en el Cordero. El reino mesiánico de Israel tiene su realidad sólo por medio de la obra redentora de Jesucristo, quien murió y resucitó. Aunque el Cordero será siempre el Cordero, sin embargo, porque el Cristo glorificado es exaltado en virtud de su sufrimiento, la majestad del León brillará desde el Cordero en la segunda venida.

### **Vivir por la fe significa vivir por el evangelio**

Por ahora, la gloria del León está velada. Sólo la fe puede percibirla por medio del evangelio. El testimonio del Nuevo Testamento de Jesús como el Cristo reinante sólo se puede creer o rechazar, ya que no hay prueba objetiva de ello. Podemos tratar de evaluar los registros de los cuatro Evangelios con respecto a los eventos históricos de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Pero al final, no podemos entender que nuestra salvación descansa en esos eventos a menos que creamos que así es porque Dios asegura que así es. En los Evangelios podemos leer que las personas respondieron a Jesús de distintas formas. Algunos lo rechazaron como un falso profeta. Otros fueron muy entusiastas con él, en tanto que creían que los liberaría de la opresión de los romanos o supliría sus necesidades materiales. Unos cuantos fueron capacitados para percibir en él la respuesta a los verdaderos anhelos espirituales de Israel. Aun sus amigos más cercanos malentendieron lo que estaba tratando de decirles. De hecho, vemos que sólo cuando el Espíritu Santo es dado en Pentecostés, los seguidores de Jesús finalmente entendieron de qué se trataba.

Pablo describe la existencia presente del cristiano en términos de un nómada que habita en tiendas:

Realmente, vivimos en esta tienda de campaña, suspirando y agobiados, pues no deseamos ser desvestidos sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Es Dios quien nos ha hecho para este fin y nos ha dado su Espíritu como garantía de sus promesas. Por eso mantenemos siempre la confianza, aunque sabemos que mientras vivamos en este cuerpo estaremos alejados del Señor. “Vivimos por fe, no por vista.”

(2 Corintios 5:4-7)

Hay una sensación real de lo que nos falta para estar completos por estar lejos del Señor. Así que vivimos por fe, no por vista. Para Pablo la fe nunca es una cosa vagamente definida. Siempre está definida por su objeto: Jesucristo. La fe significa confianza explícita en el Cristo del evangelio para salvarnos y sostenernos. Vivir por fe significa vivir por el evangelio. Pablo dice que el Espíritu Santo nos es dado para garantizar la participación final del creyente en el reino donde ya no estará lejos del Señor. ¿De qué manera actúa el Espíritu Santo como esta garantía? Lo hace al facultarnos para vivir por fe. El Espíritu establece nuestra fe y confianza en la vida y muerte de Jesús a nuestro favor. La obra del Espíritu es estimular nuestra fe, no fe en sí misma, ni en el Espíritu en sí mismo, sino en Cristo mismo. Mientras estemos ausentes del Señor debemos conocerlo como el Jesús de Nazaret histórico que logró la salvación por nosotros. Por la fe sabemos que este Salvador es ahora el León que ha conquistado, el Señor que ya reina sobre toda la creación. Pero sólo podemos conocerlo así por medio de su conquista como el Cordero sufriente.

Estas verdades de nuestra salvación y sus efectos en nuestra existencia cristiana actual son el tópico del Nuevo Testamento. Juan las ha tomado una vez más y las ha revestido de formas e imágenes propias del Antiguo Testamento. Al hacer esto cumple un propósito, el cual veremos es de gran valor para nosotros. Como Austin Farrer<sup>[9]</sup> lo ha descrito, mediante un renacimiento de imágenes, de viejas imágenes de una cultura y un pueblo transitorios, Juan nos sorprende con una nueva visión de la grandeza del plan de Dios. De esa manera salva al cristiano común de verse con trivialidad a sí mismo y al significado de su vida. Juan nos habilita para ver que la tribulación del Cordero dignifica las tribulaciones (grandes o pequeñas) de cada creyente con un significado que nunca podrá ser absorbido por el caos de la insignificancia.

## **Resumen**

El León es la imagen del Cristo glorificado y reinante. Solamente él nos puede abrir el reino de Dios y hacer que su realidad sea conocida. Pero,

como Juan, podemos ver al León sólo cuando viene a nosotros en la forma del Cordero sacrificado. Juan apunta al evento del evangelio: la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, como la clave para la revelación del reino. Es, por lo tanto, también la clave para el libro del Apocalipsis. Por medio del uso de esta figura se refiere al significado de toda la existencia tal como se revela en el evangelio. Para el cristiano hay una tensión entre la venida del reino por medio del evangelio y la continuación del orden presente. Vivir por fe significa vivir por el evangelio. El significado de esto es el tema del libro de Juan.

## TESIS

*La tensión entre el Cordero y el León muestra que el evangelio es la única clave para el entendimiento del libro del Apocalipsis.*

## 2

### “La tribulación y el reino”

#### *El evangelio y nuestros sufrimientos actuales*

Yo, Juan, hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la perseverancia que tenemos en unión con Jesús, estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. En el día del Señor vino sobre mí el Espíritu, y oí detrás de mí una voz fuerte, como de trompeta, que decía: “Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete iglesias: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea”.

(Apocalipsis 1:9-11)

#### **La circunstancia del libro**

La circunstancia en que surgió la escritura del Apocalipsis ha sido olvidada por muchas interpretaciones modernas. Nunca debemos perder de vista las circunstancias históricas en las cuales surgió este extraordinario libro. Para nuestro propósito no es importante determinar si el autor es Juan el apóstol o algún otro. Tampoco importa realmente que su fecha sea exacta. Juan describe las circunstancias de fondo lo suficiente como para permitirnos apreciar el propósito del libro. Juan está en exilio en la pequeña isla Egea de Patmos a causa de su activo testimonio cristiano. Escribe una carta circular a un grupo de iglesias de Asia Menor (lo que ahora es la parte oriental de Turquía). En ella expresa su solidaridad con los cristianos afligidos por la persecución. Los consuela, alienta, reprende y exhorta en el evangelio. Les recuerda el significado de los sufrimientos de Cristo y de su gloria, y que se pueden mantener firmes, conscientes de que su propio sufrimiento es totalmente consecuente con la realidad del reino de Dios en el tiempo presente. En un tiempo cuando muchos cristianos estaban literalmente corriendo por sus vidas, no los detiene con un tratado teológico firmemente argumentado. En vez de ello, parte de imágenes familiares y fértiles de la apocalíptica judía, a fin de pintar con palabras escenas vividas de la realidad del reino de Dios. Estas imágenes quedarán plasmadas en sus mentes y les permitirán recordar las verdades básicas del evangelio. Estas imágenes

tienen pinceladas vigorosas y colores brillantes para representar la victoria del reino de Dios sobre las tinieblas. En el extremo de los sufrimientos, cuando los detalles de la exposición paulina de la justificación por la fe podían ser difíciles de recordar, el simple e iletrado cristiano recordaría más fácilmente lo que se le había leído en la reunión acerca del Cordero sacrificado, glorioso sobre su trono.

Mientras Juan escribe estas palabras, él, junto con muchos de sus compañeros cristianos, estaba experimentando la dura realidad de las palabras de Jesús a sus discípulos: “En el mundo tendrán aflicción” (Juan 16:33). Para muchos cristianos del primer y segundo siglos esta aflicción implicaría el martirio. Pero aun en tiempos de relativa calma, la vida del creyente estaba llena de presiones, conflictos y circunstancias confusas. Cuando la iglesia cayó bajo la presión excepcional del mundo pagano, y encaró una fiera oposición, muchos creyentes pagaron su fidelidad con su propia vida. Entonces la iglesia clamó como el salmista del Antiguo Testamento: “¿Hasta cuándo Señor?” • Salmo 79:5; Apocalipsis 6:10).

Juan no exhorta a sus compañeros cristianos a buscar una manera de escapar de la tribulación, pues él había entendido con toda claridad que el discipulado significa sufrimiento. En vez de eso los exhorta a perseverar hasta el final, de tal forma que puedan recibir las bendiciones preparadas para ellos. La paciencia, la resistencia, la perseverancia y el vencer, no son ideales imposibles que Juan utiliza en un vano y desesperado intento por evitar que una minoría perseguida reciba la desilusión definitiva. Más bien son realidades del reino de Dios que irrumpa en nuestra historia y lleva a sus miembros hacia la gran consumación. Ellas han nacido de la verdad que está en Cristo mismo: “En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense! Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

Una vez que hemos visto el propósito de Juan de esta forma, estamos en posición de expresar la perdurable verdad y aplicación del libro del Apocalipsis para nosotros mismos en el siglo veinte. La paradoja del Cordero y del León se aplica a la experiencia cristiana cuando Juan habla del sufrimiento, el reino y la perseverancia “que tenemos en unión con Jesús” (Apocalipsis 1:9). Estas son las dos dimensiones de nuestra lucha actual. La existencia cristiana se vive entre dos realidades, la del sufrimiento y la del reino. Refleja el sufrimiento del Cordero y anticipa la consumación del reino por medio de la conquista del León.

### **La causa del sufrimiento**

El sufrimiento es la experiencia perdurable de los cristianos. Esto puede sonar raro viniendo de un contexto de prosperidad de la civilización occidental y de libertad de expresión religiosa. En el mundo no comunista

cada vez estamos más conscientes de la persecución de cristianos en la Unión Soviética y en otros países del bloque oriental.<sup>[10]</sup> De vez en cuando escuchamos de mártires modernos que sufren hasta las últimas consecuencias por causa de su fiel testimonio a Cristo. Comparados con estos sufrimientos, los problemas que enfrentamos día a día parecen nada. Sin embargo, en medio de libertad política y prosperidad económica la gente sí sufre. Suicidios, divorcios, enfermedades mentales, conflictos raciales y maltrato de niños son algunos de los problemas más conocidos de la sociedad occidental. Los cristianos no son inmunes a ninguno de ellos.

Las referencias bíblicas al sufrimiento de los cristianos incluyen estos problemas y mucho más. El sufrimiento es el resultado directo de la caída del hombre. El sufrimiento viene de la ruptura de las verdaderas relaciones para las cuales Dios nos creó. Las semillas de todos los desastres naturales, como los terremotos, las inundaciones y las hambrunas, yacen en el hecho de que Dios maldijo la tierra por causa del hombre: “Por cuanto le hiciste caso a tu mujer, y comiste del árbol del que te prohibí comer, ¡maldita será la tierra por tu culpa! Con penosos trabajos comerás de ella todos los días de tu vida. La tierra te producirá cardos y espinas, y comerás hierbas silvestres” (Génesis 3:17 y 18).

Esta conexión entre la caída del hombre y los desastres naturales puede parecerles extravagante a algunos lectores, pero se establece no sólo en el texto ya citado, sino también en la declaración de Pablo de que la creación “fue sometida a la frustración”, y que “la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Romanos 8:20-21).

El hombre no sólo está en desarmonía con la creación, sino también consigo mismo. Las relaciones humanas están arruinadas por el pecado: el egoísmo ha reemplazado la preocupación por otros. Mientras el hombre reconoció su verdadera posición de criatura delante de Dios, no podía exaltarse a sí mismo por encima de su hermano. La centralidad en otras personas se ha cambiado a la centralidad en sí mismo. El daño principal del pecado reside en la relación entre Dios y el hombre. El pecado es nuestro rechazo de Dios como Señor, y el deseo de ser señores de nuestras propias vidas. Todas las demás relaciones dependen de nuestra relación con Dios. Cuando la primera se arruina, el resto también se arruina.

Todos los problemas de la sociedad contemporánea no son sino el reflejo de la ruptura de relaciones entre Dios y el hombre. Debido a que Dios, en el momento de la creación, nos definió en relación a sí mismo, no somos verdaderos humanos cuando nos alejamos de tal relación. El meollo de esta relación era el ‘sí’ del hombre a su creador. Cuando Adán se negó a afirmar

esta relación, cuando dijo 'no' en vez de 'sí', Dios dejó de afirmar al hombre y lo juzgó.

Hoy este juicio es visible en los desastres naturales, los conflictos políticos, las tragedias personales, y la soledad de las personas en las grandes ciudades. Se ve en las codiciosas corporaciones transnacionales, los negocios deshonestos, el sindicalismo motivado por el hambre de poder y en los ebrios conduciendo autos. Se ve en el cáncer y los defectos de nacimiento, en el desamparo de las minorías y en el rechazo de los ancianos. Se ve en los conflictos familiares y los disturbios sociales. Se ve en la rapacidad de las reservas naturales, en la contaminación del aire, agua y comida. Se ve en la decadencia y en la muerte. Por todo esto, nosotros y todo el género humano somos colectivamente culpables porque todos hemos pecado.

### **El sufrimiento del cristiano**

Cuando un hijo de Adán es renovado por medio del evangelio y es hecho miembro de la nueva humanidad de la cual Cristo es la cabeza, ocurre un gran cambio. El pecador creyente es un pecador arrepentido que busca desechar su anterior 'no' a Dios. Ahora cree lo que la palabra de Dios dice respecto al pecado y el perdón por medio de Jesucristo. Ahora oye la palabra de Dios, la cual le asegura a todo creyente el don gratuito de ser hijo, gracias a la perfecta relación Padre-Hijo de Jesucristo. Por consiguiente, desea vivir como un hijo de Dios y comienza a luchar contra el mundo, la carne y el diablo. Anhela el regreso de Cristo, el cual significa su propio perfeccionamiento y entrada en la gloria final del reino de Dios.

Pero mientras que hay cambios radicales e inmediatos que se producen en el pecador al momento de creer en el evangelio y confiar en Jesús para la salvación, muchas otras cosas permanecen igual. El creyente no es perfeccionado en esta vida. Continúa siendo un pecador, aunque ha sido perdonado. Sigue siendo pecador, aun cuando busca acabar con el pecado. La conversión no nos quita del mundo, más bien nos pone en conflicto con él. La salvación no es instantánea, y la razón no es difícil de encontrar. A Dios le ha placido acercar su reino por medio del evangelio, el cual debe ser predicado por todo el mundo. Después veremos que esta perspectiva es característica del Nuevo Testamento y modifica drásticamente la perspectiva del Antiguo Testamento acerca de la venida del reino.

Así, cada creyente se convierte en hijo de Dios, pero sigue siendo pecador. Se convierte en heredero de una nueva era, pero continúa morando en la vieja era. Recibe la vida eterna, pero a menos que Cristo venga antes, sufrirá enfermedades y muerte antes de su resurrección a la vida. El cristiano no sólo sufre las aflicciones de este mundo lleno de

pecado, sino que debe contentarse con perder el favor del mundo por no conformarse a sus normas. El sufrimiento, entonces, es la norma de la experiencia cristiana. Lejos de quitar el sufrimiento de nosotros, llega a ser parte integral de la vida cristiana. Esta es la razón por la cual vivimos por fe y no por vista. Esto significa que vivimos de acuerdo con lo que sabemos que es verdad por medio de la fe (que somos hijos de Dios y que nuestra salvación está segura). Significa que no vivimos por lo que experimentamos. La realidad no puede ser medida por lo que sentimos o por las circunstancias de nuestra vida. Lo que ahora poseemos por fe está en Cristo en los cielos: “su vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3). Juan dice lo mismo: “Ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

La perspectiva de Pablo en este asunto es instructiva. El sufrimiento es una realidad porque en algún sentido compartimos los sufrimientos de Cristo. Desde luego, la iglesia no puede sufrir como lo hizo Cristo, pues él, sin tener pecado, sufrió por los pecados de otros. Pero los sufrimientos de Cristo establecen la naturaleza del servicio o ministerio en este mundo. Mientras que los sufrimientos de Cristo para nosotros fueron únicos, irrepetibles e infinitos, aún hay un sentido en el cual Cristo debe seguir sufriendo en el mundo por causa del mundo. Estos sufrimientos los sufre en su cuerpo, que es la iglesia. Pablo se refiere a sus propios sufrimientos así: “Ahora me alegro en medio de mis sufrimientos por ustedes, y voy completando en mí mismo lo que falta de las aflicciones de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la iglesia” (Colosenses 1:24). Volvió a decir: “Pues, así como participamos abundantemente en los sufrimientos de Cristo, así también por medio de él tenemos abundante consuelo” (2 Corintios 1:5). Pedro dice: “Al contrario, alégrense de tener parte en los sufrimientos de Cristo, para que también sea inmensa su alegría cuando se revele la gloria de Cristo... Pero si alguien sufre por ser cristiano, que no se avergüence, sino que alabe a Dios por llevar el nombre de Cristo” (1 Pedro 4:13,16).

Pablo también tiene mucho que decir acerca de este asunto en su carta a los Romanos: “Y no sólo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado” (Romanos 5:3-5). El sufrimiento es también la marca de la verdadera condición de ser hijos: “Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: ‘¡Abba! ¡Padre!’

El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria. De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros” (Romanos 8:15-18).

La enseñanza es constante en estos pasajes. La iglesia como el cuerpo de Cristo, y por tanto los individuos dentro de ella, sufre en este mundo. El sufrimiento no es una señal de que Dios nos ha desechado. Por el contrario, es una de las marcas de ser verdaderamente sus hijos. Este sufrimiento es la característica de nuestro ministerio, el cual fluye desde el ministerio del sufrimiento de Cristo. Pero el sufrimiento tiene su beneficio y su término. El final del sufrimiento de Jesús, por medio de su resurrección y glorificación, le indica a cada cristiano su destino de glorificación. A la luz de este destino que Cristo nos ha revelado y asegurado durante su ministerio terrenal, nuestros sufrimientos tienen poca importancia. Pero sería equivocado decir que empalidecen hasta hacerse insignificantes, porque son reales y a menudo muy difíciles de sobrellevar. Además, Dios, en su bondad, usa esos sufrimientos para formar nuestro carácter, para llenarnos con la esperanza de la verdadera gloria que aún está por experimentarse. Aun cuando nuestros sufrimientos son culpables y auto infringidos por la dureza de nuestros corazones, en su gracia Dios los usa para nuestro bien. Por lo tanto: “Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito” (Romanos 8:28).

Debemos rechazar cualquier idea de que convertirse en cristiano garantiza un viaje por la vida sin problemas. No minimizamos los recursos del cristiano para arreglárselas con la vida. Hay una gran diferencia entre arreglárselas con las adversidades de la vida y deshacerse de ellas. Con sabiduría piadosa, un cristiano es capaz, bajo circunstancias ‘normales’, de evitar las cosas que destruyen el cuerpo, degradan la mente y seducen el alma. Pero ser cristiano no necesariamente lo salva de tiritar una noche de invierno si le cortan la electricidad, o de los peligros de los desastres naturales, o de los conductores ebrios que se pasan los semáforos en rojo a gran velocidad. Ser cristiano, sobre todo, significa que hemos tomado parte en la guerra entre la luz y las tinieblas. Si Dios desea acercar su reino por medio de la predicación del evangelio, entonces todos los que poseemos ese evangelio estamos en el frente de esa batalla. Nunca debemos menospreciar al adversario.

En el libro del Apocalipsis Juan no sólo nos subraya el hecho del sufrimiento en la vida cristiana, sino también su fuente real en el conflicto entre el reino de Dios y Satanás.

## **La victoria de Cristo**

La segunda dimensión de la existencia cristiana se establece por lo que hizo Jesucristo. Él dijo: “En este mundo tendrán aflicciones, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo”. La respuesta a la tribulación no es quitar al creyente de ella, sino asegurarle que el mundo ha sido vencido por Cristo. A los escépticos que desean una ‘prueba de fuego’, una prueba científica, esto les parece un argumento demasiado pretencioso. Veamos los hechos. El líder fue popular por un tiempo, pero al final fue abandonado y entregado a muerte. Sus seguidores se esparcieron por todo el mundo, pero a veces, cuando se veían más poderosos, era obvio que les faltaban las características de amor y servicio de las que el líder habló. En la actualidad sus seguidores siguen insistiendo en que creen en una iglesia, santa y universal. El hecho es que, para el observador, la iglesia no es ninguna de estas cosas.

El error del escéptico no es que perciba las debilidades y pecados de la iglesia, sino que corrobora la verdad del evangelio con ellos. Los que están fascinados por un espectáculo temporal de fuerza y grandeza en la iglesia, también están en peligro de perder la verdad. Fue el error de algunos de los contemporáneos de Jesús que no tuvieron una correcta percepción de las implicaciones de la venida del reino. La aparente contradicción entre las predicciones proféticas de un glorioso Israel gobernado por el príncipe davídico ante el cual todas las naciones se someterían, y las del siervo sufriente que fue despreciado y rechazado a fin de llevar los pecados de muchos, era demasiado difícil de aceptar. Los judíos olvidaron el sufrimiento del siervo y se concentraron nada más en esperar al príncipe conquistador. El mensaje del Mesías crucificado se convirtió en un obstáculo, una piedra de tropiezo de ofensa. Pero esta figura ofensiva es, como dice Pablo, “el poder de Dios y la sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:24).

La victoria de Cristo es la victoria de su muerte y resurrección. Al decir esto no separamos estos sucesos culminantes de toda la vida de Jesús. Lo que comúnmente se llama la obediencia activa de Cristo, su perfecta obediencia a la ley de Dios en su vida, es integral con su obediencia pasiva, su sufrimiento y muerte. En su vida, Jesús mostró muchas señales de su victoria al ejercer su poder sobre las tentaciones de Satanás, sobre los demonios, sobre las fuerzas de la naturaleza, sobre objetos materiales, sobre la voluntad de las personas, sobre la enfermedad y la muerte. Todos los milagros de Jesús son señales de la llegada del reino de Dios, anunciada por los profetas de Israel.

La obediencia de Cristo culminó con su muerte en la cruz. Esto, para la forma de pensamiento del mundo, era la derrota de un sueño patético. Pero Dios había declarado que esta 'ería la victoria decisiva sobre Satanás, el

pecado y la muerte. La hostilidad del pecado fue vencida y la rebelión del género humano derrotada. “Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz” (Colosenses 1.19-20). “Desarmó a los poderes y a las potestades, por medio de Cristo los humilló en público al exhibirlos en su desfile triunfal” (Colosenses 2:15).

## **Resumen**

Las dos dimensiones de la vida cristiana, como Juan las presenta, son la tribulación y el reino. A fin de entendernos a nosotros mismos y la naturaleza de la existencia cristiana, necesitamos entender estas dos dimensiones y cómo se relacionan. El sufrimiento es el común denominador de la humanidad y no es muy difícil de describir. Sin embargo, a menudo los cristianos necesitan aprender que su membresía en el reino de Dios no los hace inmunes a las enfermedades y al sufrimiento de la vida. Se tiende a cometer este error en algunos círculos que destacan la presencia de fenómenos milagrosos, especialmente sanidades. El error surge por no comprender bien cómo llega el reino. Al fondo, este es el problema de que se ocupa el Apocalipsis. La victoria de Cristo es real, ya que venció al mundo. Sin embargo, hasta que venga, la iglesia debe sufrir en el mundo.

## **TESIS**

*El tema del Cordero y el León apunta a la paradoja del sufrimiento normal de los cristianos y a la victoria de Cristo.*

### 3

## “Esos han lavado sus túnicas en la sangre del Cordero”

### *Justificación por la fe en el Apocalipsis*

Entonces uno de los ancianos me preguntó: -Esos que están vestidos de blanco, ¿quiénes son, y de dónde vienen? -Eso usted lo sabe, mi señor -respondí. Él me dijo: -Aquellos son los que están saliendo de la gran tribulación; han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero.

(Apocalipsis 7:13-14)

El sufrimiento del cristiano no es para siempre. Pensar de otra forma es hacer una burla del evangelio y de la esperanza de gloria. La tribulación pertenece a esta era en la cual hay una verdadera conciencia de ‘no tener’. Pero es una preparación transitoria para el tiempo en la cual la gloria completa será revelada. Debido a nuestra confianza en la realidad de la vida perfecta después de la resurrección, el sufrimiento adquiere una dimensión positiva. Pablo dice que a causa del evangelio el sufrimiento produce perseverancia, entereza de carácter y esperanza (Romanos 5:3-5).

El punto de vista cristiano de esta vida y la vida venidera se define en la persona y obra de Jesucristo. Desafortunadamente, para nuestra perspectiva de vida a menudo los cristianos olvidan la relevancia actual del evangelio. ¿Cuántos cristianos pueden explicar claramente cómo lograr la aceptación de Dios? Demasiado pocos, y aun menos parecen tener una clara idea acerca de cómo nuestra aceptación por parte de Dios se relaciona con la vida diaria y la vida santa. Además, lo que ha sido descrito como cristianismo ‘relajado’, impulsa la idea de que el corazón del mensaje cristiano tiene que ver con ser capaz de vivir una vida tranquila. Al paso del tiempo ese acercamiento hace que se oscurezca el tema real al cual el evangelio nos lleva: ¿Cómo puede el pecador conseguir ser aceptado por un Dios justo?

A fin de contestar esta pregunta bíblicamente, debemos aceptar la respuesta de la Biblia. Debemos estar preparados para aceptar la clase de condiciones que la Biblia hace cuando establece la obra de Dios para

nuestra salvación. En el capítulo 1 vimos que el evangelio es el centro de toda la enseñanza bíblica. Es el corazón de todo el mensaje bíblico que penetra toda la verdad cristiana. Vale la pena repetir que quienes se impacientan con la distinción vital entre el evangelio como obra de Dios POR NOSOTROS en Jesucristo, y el fruto del evangelio (santificación) como obra de Dios EN NOSOTROS por medio de su Espíritu, nunca entenderán que el evangelio es el hecho central del cual depende todo lo demás.

### **La soberanía de Dios en la salvación**

Apocalipsis 7 registra la visión de Juan en la cual él ve a los agentes angélicos de la ira de Dios. Otro ángel les ordena retener la tribulación del juicio hasta que a los siervos de Dios les pongan el sello protector. Entonces, dice Juan, él oyó el número de los que fueron sellados: doce mil de cada tribu de Israel. Después ve otra visión de una innumerable multitud de cada nación, tribu y lenguaje delante del trono del Cordero, alabándolo por su salvación. Un anciano que está cerca identifica la multitud como “los que... han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero”.

No malinterpretemos a Juan. No está sugiriendo que el evangelio nos libra instantáneamente de la tribulación. El tiempo habrá de venir cuando todo sufrimiento sea alejado de nosotros para siempre. Esta visión de la liberación final tiene como objeto darnos consuelo en nuestras aflicciones presentes al mostrar que no hay tribulación que nos pueda sobrecoger y apartarnos de nuestro lugar en el reino. Además, el último y grandioso juicio de Dios sobre todo pecado y rebelión contra su reino, no va a tocar a los que son de él. Hay una tribulación que el creyente nunca habrá de experimentar, y es la visitación final de la ira de Dios, y la muerte eterna.

En este capítulo del Apocalipsis también notamos que Juan usa lenguaje visual dos veces para expresar lo que quiere decir. Con la primera describe un número perfecto del pueblo de Israel que es sellado. Su intención no es referirse literalmente a la nación de Israel, ya que, como los demás escritores del Nuevo Testamento, ha utilizado con demasiada frecuencia la antigua terminología israelita en relación al verdadero pueblo de Dios, al nuevo Israel en Cristo, como para regresar a referirse a judíos en particular. La intención de Juan tampoco es decir que son exactamente 144,000, y que ni uno más, ni uno menos, habrán de heredar el reino. Él se encuentra ‘en casa’ cuando usa los números simbólicos apocalípticos y de ninguna manera entendería el uso de un literalismo tan grosero. No, Juan está diciendo que las nubes amenazantes del juicio alcanzarán el orden creado. El sufrimiento presente de los santos no debe ser malinterpretado como evidencia de que Dios podría o va a olvidarse de que los santos le pertenecen. La horrenda tribulación por venir no puede ser una amenaza

para ninguno de los miembros del reino de Dios. Todos los que son hijos de Abraham por la fe en Jesucristo (ver Gálatas 3:9) están a salvo de la ira venidera.

Es reconfortante saber que el número que Dios ha elegido es un número perfecto, ya que en su reino no faltará ningún miembro que le pertenezca. Cada lugar que Cristo fue a preparar (Juan 14:23) será ocupado. El propósito de Dios de establecer su perfecto reino no puede ser frustrado por el hombre o el diablo. Dios ha establecido el número de sus elegidos, así como sus nombres han sido escritos en el libro de la vida desde antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4, Apocalipsis 13:8). Este número perfecto - el cuadrado de doce por el cubo de diez-habla elocuentemente de la seguridad del creyente. Me apresuro a agregar que la doctrina de la seguridad del creyente o, como a veces se conoce, de la perseverancia de los santos, significa la seguridad del *creyente*. Esto no es la doctrina de 'una vez salvo, siempre salvo', que permite ignorar la santidad para pecar con libertad sobre la base de lo que algunos argumentan como 'experiencia de conversión'. Perseverancia significa perseverancia en la fe y en hacer lo correcto. El libro del Apocalipsis constantemente destaca la perseverancia como la continuidad de la vida de fe.

Algunos objetan que hablar de la elección o predestinación es imitar el reino de Dios a unos cuantos. ¿No hace esto a Dios un tirano caprichoso? Debemos contestar que tales objeciones por lo general surgen del rechazo de aceptar que lo que enfrentamos aquí es un misterio que no está en nuestras manos resolver. También hay un malentendido radical que sostiene que la soberanía de Dios en la elección quita la responsabilidad del hombre. Tal cosa no es verdad. No podemos saber en qué forma interactúan la soberanía divina y la responsabilidad humana, pero la Biblia deja muy claro que tal interacción existe.

Recordemos que Jesús discriminó y limitó el número de los que se salvarían: porque "estrecha es la puerta, y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que la encuentran" (Mateo 7:14). Esto está en la línea de las enseñanzas del Antiguo Testamento de que sólo un remanente fiel sería salvo. La idea del pequeño remanente debe ser vista en el contexto histórico de Israel, ya que no significa que el reino ha de ser escasamente poblado. La elección no debe ser interpretada como la actividad de un Dios caprichoso que quiere dejar a las multitudes fuera del cielo. De hecho, funciona a la manera inversa. La naturaleza pecaminosa del hombre es tal, que sin la elección soberana de Dios, el cielo quedaría vacío. Ella es el medio por el cual Dios elige de modo infalible al número exacto de los salvos de entre todos los que conforman la humanidad. Sin ella, ningún alma podría salvarse.

Juan aplica una segunda imagen que complementa la primera. Esta vez no ve el número perfecto de Israel, sino la innumerable multitud de santos de cada nación de la tierra. La iglesia de Dios es verdaderamente católica (universal), ya que mientras la salvación vino por medio de un Hombre, de una tribu, de una nación, el reino consiste de personas de todas las naciones. Esto no contradice a los 'pocos' que Jesús menciona, ni tampoco la idea del remanente del Antiguo Testamento. Ambos conceptos apuntan al oficio exclusivo de Cristo, de modo que nadie llega al Padre sino por medio de él (Juan 14:6). Por todo ello, el remanente elegido de Dios será una multitud asombrosa de personas.

Nótese cómo describe el anciano a la gente que Juan ve. Ellos han lavado sus túnicas en la sangre del Cordero. La imagen es transparente. La limpieza de la suciedad del pecado es una idea bien empleada en la Biblia. La ley de Moisés tenía muchas prescripciones para el ritual y el lavamiento verdadero, para simbolizar el lavamiento del pecado.<sup>[11]</sup>1 La sangre también se empleaba en los rituales de purificación.<sup>[12]</sup>2 Esto muestra el claro vínculo entre la provisión de sacrificios de la ley y la idea de limpiarse de la contaminación. Esta expresión aparece constantemente en el Antiguo Testamento en los profetas y en los Salmos.<sup>[13]</sup>3 La imagen del lavamiento también sufrió algunas variaciones, como en la visión de Zacarías 3. Aquí el Sumo Sacerdote, representando a Israel, se presenta con ropas viles, simbolizando la contaminación de Israel durante el exilio babilónico. Luego el sumo sacerdote es vestido con ropas puras, como símbolo de que Israel ha sido limpiado. Esto está ligado con la parábola de la fiesta de bodas, cuando un invitado es sorprendido sin la vestidura apropiada para la fiesta (Mateo 22:1-14). Cualquiera sea la razón del estado de falta de vestimenta del hombre, se le juzga indigno y se le echa fuera. Su propia vestimenta no es apta para la fiesta. Juan mismo ha tomado este tema en Apocalipsis 19, y deberemos examinarlo posteriormente con mayor detalle.

El mensaje común en todas estas imágenes de purificación es que la contaminación del pecado debe ser lavada antes de que uno pueda entrar en el santo reino de Dios. El Nuevo Testamento aplica la muerte de Cristo a esta necesidad:

La sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado. (1 Juan 1:7)

Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo,... Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe, interiormente purificados de una conciencia culpable y exteriormente lavados con agua pura. (Hebreos 10:19,22)

En su visión Juan nos muestra a la multitud salvada por la sangre de la propiciación del Cordero, la cual quita la contaminación del pecado (Apocalipsis 7:14).

La contaminación y la culpa están estrechamente relacionadas. La Biblia no describe al pecador como alguien que accidentalmente se contaminó por tocar, sin darse cuenta, algo que no era limpio. De hecho, se merece toda culpa por su deshonra. Es culpable y está condenado. Para ser justificado delante de Dios, debe limpiarse de toda inmundicia y ser perdonado. Habiendo dicho esto, debemos ser muy cuidadosos en señalar que en el evangelio la manera de perdonar se da a base de la perfecta rectitud de Cristo y el sacrificio propiciatorio de su muerte. En otras palabras, para que un pecador sea hecho justo en sí mismo, primero debe ser declarado justo por la fe. La manera en que Dios nos salva se basa en la gran transacción de la justificación basada en los méritos de Cristo. El pecador justificado es alguien a quien Dios declara 'inocente'. Dios hace esto a base de la rectitud de Cristo, que él imputa o acredita al pecador que cree en el evangelio. El pecador justificado es aquel que recibe por fe el regalo de la rectitud de Cristo para vestirlo delante del ojo escrutador del Dios santo. Así, por fe posee todo lo que pertenece a Cristo como el verdadero hombre de Dios. Dios lo acepta del mismo modo en que aceptó a Jesús cuando lo llamó "mi Hijo amado" (Mateo 3:17).

Esta imputación de una justicia que no le es propia al pecador, no es una ficción legal. Es una transacción justa, ya que la deuda del pecador ha sido enteramente pagada y satisfecha la justicia de Dios. Es también una transacción de amor, ya que el receptor no merece tal atención. En Apocalipsis 7 Juan nos dice que el sello de Dios, y las ropas de los santos lavadas en la sangre del Cordero, son la misma cosa. El resultado es seguro y de esa manera se le da al creyente la base para una plena garantía de salvación.

### **La justificación en el Apocalipsis**

La justificación no es un tema ocasional en el Apocalipsis. De hecho, es el verdadero timbre y clamor del libro. La estructura y mensaje del Apocalipsis no se basan en unos cuantos sucesos espectaculares que preceden inmediatamente a la segunda venida de Jesucristo, sino en los hechos históricos del evangelio, de la persona y obra de Jesucristo. Esto no se percibe a primera vista, pues muchos pasajes del libro describen varios juicios que apuntan a la consumación del reino. No sería sensato negar que el Apocalipsis trata de la escatología,<sup>[14]</sup> esto es, de las cosas relacionadas con el fin. Hay mucha escatología en el Apocalipsis. Sin embargo, es importante que tomemos la perspectiva de esta escatología y su relación

con nuestra existencia presente. Por sobre todo, debemos reconocer que la escatología toma forma y significado a partir del acontecimiento histórico del evangelio.

Cuando hablamos de justificación nos referimos de manera formal o técnica al evangelio y su significado. Por medio de la vida y muerte de Jesús, Dios considera al creyente libre de culpa y, por lo tanto, lo acepta como su hijo. Este es el mensaje que impregna todo lo que Juan nos dice en el Apocalipsis. Vemos que fue la predicación de este evangelio lo que llevó a la circunstancia de escribir el Apocalipsis. Así, desde el principio, los sucesos históricos del evangelio están en el centro del mensaje. Esta es la revelación de Jesucristo expuesta por Juan, quien testifica de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús (Apocalipsis 1:1-2). En su saludo inicial a los receptores de su mensaje, Juan identifica a Jesucristo como la fuente de la salvación de ellos, como el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el gobernante de los reyes de la tierra. Aquí se refiere a la vida, muerte y resurrección, y al presente señorío de Cristo.

Luego Juan pasa a hablar de los efectos de la muerte de Cristo, empleando una idea familiar del Antiguo Testamento:

Al que nos ama y que por cuya sangre nos ha librado de nuestros pecados, al que ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de Dios su Padre, ¡a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén. (Apocalipsis 1:5b-6)

Esto nos recuerda las palabras que Dios le dijo a Moisés en el Monte Sinaí, cuando habló de redimir a Israel de la esclavitud en Egipto:

Ustedes son testigos de lo que hice con Egipto, y de que los he traído hacia mí como sobre alas de águila. Si ahora ustedes me son del todo obedientes, y cumplen mi pacto, serán mi propiedad exclusiva entre todas las naciones. Aunque toda la tierra me pertenece, ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. (Éxodo 19:4-6)

A Israel se le dio esta posición privilegiada por medio del pacto, por el cual el Dios de todo el universo se comprometía a sí mismo con una pequeña e insignificante nación.

El uso del modelo político de un reino para describir a Israel prefiguró el tiempo en que la nación sería gobernada por la dinastía real de David. Pero a su vez, este modelo político también habló del reino de Dios, del cual el reino de David era sólo una sombra. Este reino de Dios es el que se establece por medio del evangelio de Jesucristo. Sin embargo, la redención de Egipto, que en su tiempo no mostró claramente una redención del

pecado, apuntaba al evangelio. El patrón de la redención, visto en la historia del éxodo de Israel de Egipto, llegó a su cumplimiento en Cristo. El reino de sacerdotes está formado por los redimidos del pecado por medio de la sangre del Cordero. Los sacerdotes eran 'intermediarios' entre Dios y el pueblo y viceversa. Juan describe a todos los creyentes como sacerdotes que tienen acceso a Dios por medio de la sangre de Jesucristo.

Nótese cómo Juan asigna gloria y dominio al que sufrió (Apocalipsis 1:6). Aquí están las bases del tema de todo el libro. Aquí están el Cordero y el León. El Cristo que sufrió es ahora el Señor que gobierna. Es inevitable que todas las cosas le estén sujetas, y que así su segunda venida en gloria sea una certeza. Hasta entonces él conquista y gobierna por medio del mensaje de su sufrimiento. Los impíos no saben que su presente rebelión contra Cristo se transformará para la gloria de él debido a su sufrimiento. El Cordero revelará sus características de León cuando venga a juzgar al mundo. Luego, aquellos cuya rebelión traspasó al Cordero, serán confundidos (Apocalipsis 1:7).

Debo destacar nuevamente la relación que Juan ha establecido entre la primera y segunda venida de Jesucristo. La segunda venida es para quitar el velo del Cordero y revelar al León. Los dos son uno, y hay un sentido básico en el cual ambas venidas de Cristo son una. Sólo Dios sabe cuántos años separan los dos grandes sucesos, pero sin importar el paso de un largo período de tiempo, debemos mantener ambas en la más estrecha unión. La separación del significado de estos dos sucesos ha llevado a especialistas proféticos a hacer muchas interpretaciones salvajes del Apocalipsis.

Se debe encontrar la misma perspectiva en la visión del Cristo glorificado en Apocalipsis 1:12-16. Juan está sobrecogido por la majestad de esta figura, cuya descripción desafía cualquier suficiente reproducción visual. Cuando dice: "Al verlo, caí a sus pies como muerto" (verso 17), sólo podemos suponer que Juan estaba plenamente consciente de la enorme brecha que lo separaba a él como un ser pecador de la santa gloria del Cristo reinante. Igual que Isaías, que en su visión de la gloria de Dios exclamó "¡Ay de mí!", cayó en desesperación, dada su propia naturaleza pecaminosa (Isaías 6:5). Se encontró como Job, cuando fue guiado a reconocer su indignidad ante el Señor del universo (Job 42:1-6). O como Pedro, que en la experiencia de la pesca milagrosa tuvo un destello del poder de Cristo y gritó con pánico: "¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!" (Lucas 5:1-8).

Pero Juan es confortado y restaurado con el mensaje de que esta espléndida visión no es sino la del salvador muerto y resucitado (v. 18). Juan puede permanecer ante el León porque ha sido justificado por el Cordero.

Las cartas a las iglesias son instructivas al respecto Apocalipsis 2 y 3). La opinión de Juan de la existencia cristiana expuesta en estas cartas no difiere de las de Pablo o Pedro. Todos los problemas, herejías y desviaciones del verdadero rumbo de la vida cristiana, la cual ocupa a los escritores de las epístolas del Nuevo Testamento, se derivan del mismo problema básico: una ralla al establecer el evangelio en éste o aquel aspecto de la vida. Por consiguiente, hay sólo un remedio que puede ser prescrito, y ése es el evangelio. Esta afirmación puede sorprender a muchos, ya que a menudo en las enseñanzas y prédicas cristianas sobre a vida cristiana y la santificación (santidad), el evangelio parece ser sólo el medio de iniciar la vida cristiana, y no el medio para continuarla. Sin embargo, el Nuevo Testamento enseña que es la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, lo que constituye el significado, motivo y poder de la vida cristiana.<sup>[15]</sup>5

De esta manera encontramos que en el Apocalipsis las siete cartas contienen la misma perspectiva, aunque usan más simbolismos e imágenes del Antiguo Testamento que Pablo o Pedro. Podríamos resumir los diagnósticos así:

1. Los efesios han abandonado su primer amor. El evangelio ya no absorbe su atención ni los motiva como solía hacerlo (Apocalipsis 2:4).
2. Los de Esmirna son reconocidos por su fidelidad y se les insta a perseverar (Apocalipsis 2:9-10).
3. La iglesia de Pérgamo ha permitido la entrada de la falsa doctrina. El evangelio ha sido puesto en peligro y los responsables merecen el castigo (Apocalipsis 2:14-16).
4. Los de Tiatira están en una posición similar debido a una profetisa falsa que hay en medio de ellos (Apocalipsis 2:20).
5. En la iglesia de Sardis el amor por el evangelio se ha enfriado. Se le llama a recordar lo que ha recibido y oído. Felizmente, hay algunos que “no se han manchado las ropas”. Son los que se mantienen en la fe del Hijo de Dios por cuya sangre han sido limpiados (Apocalipsis 3:3-4).
6. Los de Filadelfia son reconocidos por su fidelidad en la adversidad (Apocalipsis 3:8-10).
7. Los de Laodicea han perdido de vista el evangelio y han perdido su compañerismo con Cristo. El mismo Cristo espera ser readmitido: “Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo”. La voz de Cristo es la palabra del

evangelio y sólo por éste se puede restablecer el compañerismo con Cristo (Apocalipsis 3:17-20).

En Apocalipsis 4 y 5 llegamos a la visión del León, que es el Cordero sacrificado. Ya he mostrado cómo esto apunta a la muerte redentora del Cristo como la clave de la apertura de los rollos que contienen la verdad acerca de la venida del reino de Dios. La apertura de cada sello trae a su vez revelaciones y juicios. Pero el quinto sello (Apocalipsis 6:9-11) resulta en una visión de los mártires que claman por su vindicación: “¿Hasta cuándo, Soberano Señor, santo y veraz, seguirás sin juzgar a los habitantes de la tierra y sin vengar nuestra muerte?”. El propósito de esta visión no es la de decirnos que los mártires mismos esperan una respuesta, sino que es más bien de consolar a los vivos. Los que han muerto por su fe (y los que van a morir) no han sufrido en vano. Están seguros porque tienen la vestidura de justicia de Cristo.

Cuando volvemos a Apocalipsis 11:15-19 hay una gran afirmación: “El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos”. Por la exégesis del texto se podría argumentar que se refiere principalmente a la consumación de la segunda venida de Jesucristo. Sin embargo, es interesante ver también el contexto de Apocalipsis 11. La aclamación del reino viene cuando el séptimo ángel toca su trompeta. Entre la sexta (Apocalipsis 9:13-21) y la séptima trompeta (Apocalipsis 11:15-19) hay un pasaje que aplica diversas ideas y sucesos del Antiguo Testamento para describir el conflicto entre el mundo y los agentes del reino de Dios. Aun frente a sus profecías, señales y milagros el mundo no arrepiente. En vez de ello, la bestia del abismo pelea contra ellos y los mata. Pero luego Dios levanta a estos agentes y los lleva al cielo mientras una gran destrucción sobreviene a la tierra.

Después el séptimo ángel toca la trompeta y se anuncia el Reino de Cristo. Los ancianos responden con acciones de gracias porque el Señor toma su gran poder y comienza a reinar. Se abre el templo de Dios en el cielo y se ve el arca del pacto. La simultaneidad de estas dos cosas no carece de significado. Se puede ver el arca del pacto porque se quita el velo del templo. Así se une el reino de Dios con la muerte propiciatoria de Cristo. En el cielo, el templo sin velo nos remite a la rasgadura del velo del templo en Jerusalén al momento en que Cristo murió. El camino queda abierto para que todos los pecadores justificados puedan entrar en la presencia de Dios por medio de la sangre de Cristo.

La primera pregunta, luego, no es ‘cuándo’ el reino del mundo -e convierte en el reino de Cristo, sino ‘cómo’. Este pasaje muestra el ministerio de los profetas del Antiguo Testamento, que anunció el conflicto entre Cristo

y Satanás, y el conflicto entre la iglesia y los poderes de las tinieblas. La resurrección y el camino de acceso al arca del pacto hablan de la victoria de Cristo por medio del acontecimiento del evangelio. Una vez que entendemos esto podemos descifrar el 'cuándo'. Hay un claro sentido en el que la victoria de Cristo se ve en retrospectiva. El ministerio profético del Antiguo Testimonio era, en un sentido real, un ministerio del evangelio. Moisés hizo que el Nilo se convirtiera en sangre, Elías detuvo la lluvia, y todos y cada uno de los signos proféticos apuntan a su cumplimiento en la victoria de Cristo. Los milagros de Cristo son un vínculo de unión que muestra que el ministerio de Cristo es cumplir el ministerio profético trayendo el reino. La resurrección de los mártires y el templo abierto hablan con elocuencia de la justificación del pecador.

Apocalipsis 12 describe la batalla en los cielos entre el arcángel Miguel y el dragón, que es Satanás. El dragón es lanzado fuera. Luego Juan escucha una voz que dice:

Han llegado ya la salvación y el poder y el reino de nuestro Dios; ha llegado ya la autoridad de su Cristo. Porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y por el mensaje del cual dieron testimonio; no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte. (Apocalipsis 12:10-11)

Notemos en este punto cómo la expulsión de Satanás se ve como un suceso que señala dos cosas: la venida de la autoridad y poder de Cristo y el reino de Dios, y la salvación del pueblo de Dios por medio de la cual vencen. A Satanás se le llama aquí 'el acusador' de los hermanos. En el Nuevo Testamento al diablo se le da el nombre de *Satanás* porque funciona como un adversario acusador. La palabra hebrea 'Satan' significa 'adversario', y en Job 1 se usa para describir al que acusa a Job delante de Dios.

Una vez más se necesita entender el estilo apocalíptico. Juan no está preocupado tanto con la secuencia de los sucesos, como con las dimensiones de la salvación. Las secuencias espaciales y temporales de este lenguaje visual no se presentan como una descripción literal de la venida del reino. Así que primero se describe la guerra librada por Miguel contra Satanás. El resultado, sin embargo, es que los hermanos conquistan a Satanás por medio de la sangre del Cordero. Juan está describiendo el acontecimiento del evangelio. El hecho de que el acusador sea silenciado significa que el pecador es declarado 'libre de culpa'. El es justificado.

También se dice que los hermanos vencen por la palabra de su testimonio, ya que, dice Juan, "no valoraron tanto su vida como para evitar la

muerte”. ‘Testimonio’ en el Nuevo Testamento significa testificar de la persona y obra de Cristo, esto es, el evangelio. La frecuente referencia a los mártires ‘testigos’) en el Apocalipsis no funciona de manera que se excluya todos quienes no lo son. Juan utiliza la palabra martirio rara describir a quienes de hecho mueren por la fe y a quienes no valoraron tanto su vida” y de esta forma perseveran hasta el fin en el servicio al evangelio. Debemos admitir que el Nuevo Testamento no utiliza la palabra testimonio para describir la Tase de servicio al propio ego que ejercitan algunos cristianos al presentarse como milagros vivientes. El concepto de testimonio se refiere al Cristo del evangelio y a lo que Él hizo por nosotros ¿n su vida y muerte.

Hasta ahora es aparente que el evangelio histórico se representa de muchas formas y mediante varias imágenes en el libro del Apocalipsis. Mi única razón para tratar este asunto como un estudio del Apocalipsis capítulo por capítulo es que \_ menudo lo encuentro como la dimensión olvidada. No estoy -bogando por la presencia de referencias al evangelio histórico en el Apocalipsis. Dudo que alguien pueda estar en desacuerdo con tal verdad. En vez de ello, mi argumento es que el libro del Apocalipsis trata del evangelio. El evangelio es su tema central. Por sobre todo habla de la venida del reino de Dios por medio Je la victoria de Cristo en el Calvario. El reino de Dios significa cue el pueblo de Dios es limpiado y aceptado. Son justificados por gracia como un don.

Tal vez ninguna imagen esté tan impregnada con el tema de la justificación del pecador como la de Cristo ‘el Cordero’. Porque el Cordero es tal, sólo porque él es el Cordero que fue sacrificado. Este título se utiliza en Apocalipsis 28 veces. Bastaría con consultar las referencias al Cordero en el resto del libro para completar todo un estudio. Apocalipsis 14:1-5 muestra al Cordero en el monte Sion con los 144,000 que entonan un cántico nuevo. Se les describe como los seguidores castos del Cordero. En Apocalipsis 15:2-4 Juan describe a los vencedores de la bestia entonando “el himno de Moisés... y el himno del Cordero”. El “cántico nuevo” es una canción de redención (Salmo 96:1; 98:1; 144:9s) y el himno de Moisés es la canción de la victoria del Señor cuando redimió a Israel de Egipto (Éxodo 15). Los dos pasajes son muy similares: los redimidos alaban a Dios por sus maravillosas obras, por medio de las cuales los salvó. El himno de Moisés es el himno del Cordero. El éxodo de Egipto es una sombra del evangelio.

Algunos de los más controversiales textos relacionados con el Cordero se encuentran en Apocalipsis 20. Dejaré su estudio hasta que haya puesto las bases para comprender dicho capítulo. A pesar de la omisión en esta coyuntura, pienso que he dicho lo suficiente para mostrar que el evangelio es al menos un tema muy importante en el Apocalipsis. Posteriormente veremos que el evangelio emergerá como el tema conductor del libro.

## La estructura literaria del Apocalipsis

(Véase Figura 2, página 59)

Es tiempo de considerar algo de la estructura literaria básica del libro del Apocalipsis. No es difícil ver que el Apocalipsis es más que una colección desconectada de visiones y otros materiales. En un capítulo posterior estudiaremos la forma en que los materiales están orgánicamente relacionados. Por el momento voy a sugerir sólo un bosquejo amplio de la relación de sus partes. Incluso una mirada superficial a la forma en que los diferentes comentaristas manejan la estructura del Apocalipsis revelará considerables diferencias de opinión. El presente análisis nos presenta una posible interpretación de su estructura, que no es crucial para entender el libro, sino que es más bien una ayuda para percibir una unidad total en su diseño.

El libro del Apocalipsis consiste de seis grupos de visiones, mayormente apocalípticas, precedidas por un grupo de cartas y seguidas por una visión climática del reino consumado. Austin Farrer sugiere que su estructura es sabática.<sup>[16]</sup> Quiere decir que hay seis grupos de siete, seguidos por un sábado final. Teológicamente, esto es atractivo, ya que la Nueva Jerusalén de Apocalipsis 21-22 corresponde con el descanso sabático del pueblo de Dios (Hebreos 4:9-11). Otros comentaristas no encuentran algunos de los grupos de visiones tan fácilmente divisibles por siete, y esto debe llevarnos a ser cuidadosos en precipitarnos para llegar a un claro y ordenado análisis. Sin embargo, es difícil negar que esos grupos existan y que se encuentren entremezclados con secciones que frecuentemente describen himnos como respuesta a las visiones. Estas secciones actúan como intermedios que relacionan los grupos de visiones consecutivos.

Otro elemento conector de estos grupos es que el segundo, tercero y cuarto, aplazan la séptima parte de su acción hasta después del intermedio. La séptima visión del grupo se convierte así en un nuevo grupo de siete. De esta manera, por ejemplo, la serie de los siete sellos (Apocalipsis 6) realmente llega hasta el sexto sello. Luego hay un intermedio (Apocalipsis 7), después del cual se rompe el séptimo sello (Apocalipsis 8:1). Lo que sigue no es otro acto de juicio como los emitidos al inicio de los primeros seis sellos. En vez de ello Juan ve un nuevo siete, esta vez los siete ángeles con trompetas. Después de una corta visión introductoria los ángeles tocan las trompetas por turno (Apocalipsis 8-9). Otra vez nos llevan sólo hasta la sexta trompeta antes del intermedio (Apocalipsis 11-12). Cuando se toca la séptima trompeta sigue un grupo diferente de visiones (Apocalipsis 12-14). Existen diferencias de opinión entre los eruditos en cuanto al significado exacto de la estructura, pero no se puede dudar que establece una unidad

estructural para el libro. El patrón general se puede representar por la figura 2. Otras preguntas acerca de las relaciones, con respecto a si los grupos fueron pensados de forma paralela o consecutiva, deben permanecer sin respuesta hasta que hayamos analizado más a fondo el propósito del libro y el método para llevarlo a cabo.

## **Resumen**

El evangelio es el acontecimiento histórico de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo por nosotros. La justificación es el término formal o doctrinal utilizado para referirse al principal significado del evangelio en favor del pecador creyente. En el Apocalipsis Juan emplea diferentes formas para presentar el evangelio de nuestra justificación como el corazón y alma del mensaje cristiano. En el contexto de los sufrimientos de los cristianos a quienes escribe, Juan presenta un mensaje que es tan relevante hoy como lo era entonces: el consuelo del cristiano en la adversidad, lo que lo corrige cuando está equivocado y su motivo para ser santo, es el evangelio y sólo el evangelio.

## **TESIS**

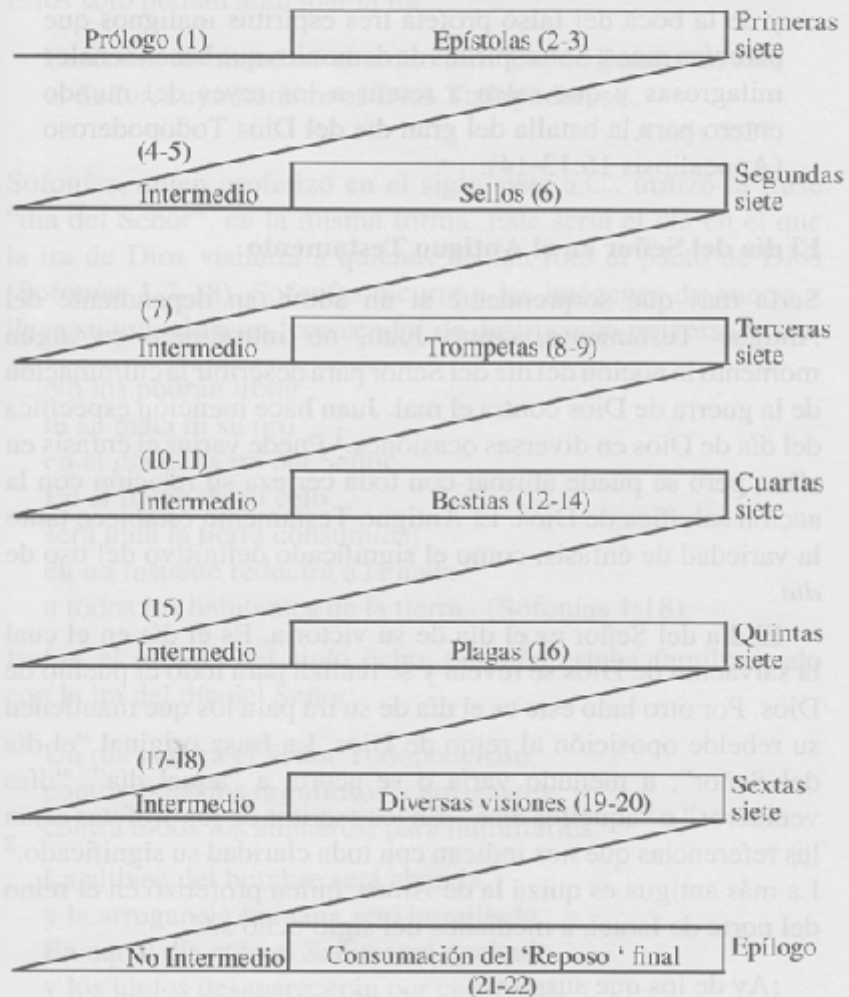
*La doctrina de la justificación es la base del mensaje del Apocalipsis y está entrelazada en todo el libro.*

## **Figura 2**

Figura 2

## LA ESTRUCTURA DEL LIBRO DEL APOCALIPSIS

*Los capítulos aparecen entre paréntesis*



## 4

# “El gran día del Dios Todopoderoso”

## *Perspectivas bíblicas acerca del mundo*

Y vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta tres espíritus malignos que parecían ranas. Son espíritus de demonios que hacen señales milagrosas y que salen a reunir a los reyes del mundo entero para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso (Apocalipsis 16:13-14).

### **El día del Señor en el Antiguo Testamento**

Sería más que sorprendente si un autor tan dependiente del Antiguo Testamento, como Juan, no introdujera en algún momento la noción del día del Señor para describir la culminación de la guerra de Dios contra el mal. Juan hace mención específica del día de Dios en diversas ocasiones.<sup>[17]</sup> Puede variar el énfasis en ellas, pero se puede afirmar con toda certeza su relación con la acción salvífica de Dios. El Antiguo Testamento establece tanto la variedad de énfasis, como el significado definitivo del uso de *día*.

El día del Señor es el día de su victoria. Es el día en el cual la salvación de Dios se revela y se realiza para todo el pueblo de Dios. Por otro lado, este es el día de su ira para los que mantienen su rebelde oposición al reino de Dios. La frase original “el día del Señor”, a menudo varía o se acorta a “aquel día”, “días venideros” o “aquellos días”. En los escritos de los profetas están las referencias que nos indican con toda claridad su significado.<sup>[18]</sup> La más antigua es quizá la de Amos, quien profetizó en el reino del norte de Israel, a mediados del siglo ocho a.C.

¡Ay de los que suspiran  
por el día del Señor!  
¿De qué les servirá ese día,  
si va a ser de oscuridad y no de luz? (Amos 5:18)

Al parecer, la frase “día del Señor” era conocida por los contemporáneos de Amos, y significaba la expectativa de un gran beneficio que vendría de las manos del Señor. Este oráculo (Amos 5:18-27) rechaza tal optimismo, pues

la adoración formal a Dios por los Israelitas sólo era una cubierta para su idolatría. Ellos sólo podían anticipar la ira:

Entonces los mandaré al exilio más allá de Damasco, dice el Señor, cuyo nombre es Dios Todopoderoso. (Amos 5:27)

Sofonías, quien profetizó en el siglo siete a.C., utilizó la frase “día del Señor”, en la misma forma. Este sería el día en el que la ira de Dios visitaría a quienes habían roto el pacto de Dios (Sofonías 1:7-18). Sofonías recurre a las imágenes de guerra y lleva su oráculo a un ‘crescendo’ de destrucción universal:

No los podrán librar  
ni su plata ni su oro  
en el día de la ira del Señor.  
En el fuego de su celo  
será toda la tierra consumida;  
en un instante reducirá a la nada  
a todos los habitantes de la tierra. (Sofonías 1:18)

Isaías, el profeta del siglo ocho, también estaba familiarizado con la ira del día del Señor:

Un día vendrá el Señor Todopoderoso  
contra todos los orgullosos y arrogantes,  
contra todos los altaneros, para humillarlos.

La altivez del hombre será abatida,  
y la arrogancia humana será humillada.  
En aquel día sólo el Señor será exaltado,  
y los ídolos desaparecerán por completo.

Los hombres se meterán en las cuevas de las rocas,  
y en las grietas del suelo,  
ante el terror del Señor  
y el esplendor de su majestad,  
cuando él se levante  
para hacer temblar la tierra. (Isaías 2:12, 17b-19)

Porque el Señor celebra un día de venganza,  
un año de desagravio  
para defender la causa de Sion. (Isaías 34:8)

¡Miren! ¡Ya viene el día del Señor  
día cruel, de furor y ardiente ira;

convertirá en desolación la tierra  
y exterminará de ella a los pecadores!

Las estrellas y las constelaciones del cielo  
dejarán de irradiar su luz;  
se oscurecerá el sol al salir y no brillará más la luna. (Isaías 13:9-10)

En este último pasaje uno puede ver fácilmente la imagen que también Joel utiliza:

En el cielo y en la tierra mostraré prodigios: sangre, fuego y columnas de humo.  
El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes que llegue el día del Señor, día grande y terrible.

(Joel 2:30-31)

El día del Señor es, entonces, el día de su ira contra sus enemigos, el día del juicio. Pero también es el día de salvación para su pueblo. Esta es la razón por la cual los israelitas, tan amantes de los rituales y tan hipócritas, lo anticipaba con optimismo y la razón por la cual Amos los saca de su error con una advertencia de juicio. Para los que de verdad esperaban en Dios hay una causa firme para su optimismo. La profecía de Joel, aunque similar a la de Isaías, no está preocupada por la ira. Las señales del cielo acompañan a las bendiciones y la salvación. El Espíritu del Señor será derramado sobre la gente (Joel 2:28) y todo el que invoque el nombre del Señor será salvo (verso 32).

Gerhard von Rad ha propuesto la idea de que el día del Señor emergió de la experiencia histórica de Israel en el éxodo de Egipto y la conquista de Canaán.<sup>[19]</sup> Este es el día de la intervención del Señor como guerrero divino:

El Señor es un guerrero;  
su nombre es el Señor.  
El Señor arrojó al mar  
los carros y el ejército del faraón.  
Los mejores oficiales egipcios  
se ahogaron en el Mar Rojo. (Éxodo 15:3-4)

La derrota de los que odian el reino de Dios es la ocasión de la salvación de los fieles:

El Señor es mi fuerza y mi cántico;  
él es mi salvación.  
Él es mi Dios, y lo alabaré;  
es el Dios de mi padre, y lo enalteceré. (Éxodo 15:2)

Esto significa que el reino de Dios ha venido, pues sus enemigos han sido destruidos y su pueblo redimido:

Tú los harás entrar, y los plantarás  
en el monte que te pertenece;  
en el lugar donde tú, Señor, habitas;  
en el santuario que tú, Señor, te hiciste.  
¡El Señor reina por siempre y para siempre! (Éxodo 15:17-18)

El día del Señor significa la venida del reino de Dios, que trae juicio a los enemigos de Dios y salvación a su pueblo. El éxodo fue, sin lugar a dudas, el suceso que en la historia de Israel estableció el patrón del concepto del acto redentor de Dios. Habló de la liberación de los israelitas de una impía cautividad que negaba todo lo que las promesas del pacto habían cedido al pueblo escogido. Habló del milagroso suceso por el cual un pueblo esclavizado fue liberado para servir al Dios viviente. Esto marcó el punto que hizo posible que los descendientes de Abraham entraran en la tierra de su herencia.

Cuando esta experiencia de Israel, que delineó la salvación, alcanzó su culminación en el reino de David y Salomón, todo empezó a decaer. En cuanto declinó la fortaleza y fidelidad de Israel, el telón entero que prefiguró el reino de Dios se desmoronó y cayó, la verdad del reino fue dada a la palabra profética de revelación. Los oráculos que consideramos vinculados con el día del Señor pertenecen a este período de decadencia. Los profetas continuaron el proceso de revelación del reino de Dios al inyectar una palabra de juicio y esperanza a la palpable decadencia de la gloria de Israel. Describieron un acto devastador de la ira de Dios sobre todos los que rompieron el pacto con Dios, junto con todas las naciones paganas, pero también presentaron, más allá de la tragedia, a la nación de Israel renovada y resucitada en gloria.

Los profetas usan muchas y variadas imágenes para describir la nueva era que sigue el acto final de Dios para juzgar y salvar. Sin embargo, todas las palabras proféticas de esperanza se establecieron en el pasado de Israel. El modelo de una monarquía israelita centrada en el príncipe davídico que gobierna en el templo de Jerusalén se convierte en un concepto esencial, glorificado y perfeccionado en la proyección futurista del reino de Dios.<sup>[20]</sup> Tanto la historia de Israel, como la visión profética del reino, hablan de la inseparabilidad de los elementos de juicio y salvación. La salvación del pueblo de Dios no puede lograrse sin juicio sobre los poderes de las tinieblas que resisten al reino de Dios. Pero la visitación de la ira sobre los poderes de las tinieblas reúne inevitablemente a toda persona que formó

parte de las tinieblas por su oposición voluntaria a Dios. Los profetas tuvieron que plantear el hecho inaceptable de que mucha gente del pacto, por sus malignas maneras de romper el pacto, se puso a sí misma en esa reprochable categoría.

Para este estudio es importante una característica de la expresión profética. Los profetas no estaban limitados, como a menudo estamos en el siglo veinte, a un estricto enfoque en la secuencia cronológica. Estaban realmente felices de ver el mismo acontecimiento, ya fuese desde un punto de vista, o desde otro. Además, de los sucesos posteriores que por sí mismos probaron ser distintos en el tiempo, se hablaba fácilmente, como si esta distinción no fuera importante. Seamos claros al respecto. Los profetas no abandonaron la idea de la historia. Estaban inmersos en el tiempo e historia. Pero no veían el tiempo e historia desde el mismo punto de vista del historiador científico moderno.

¿Cuál es la diferencia entre los escritos proféticos y el enfoque moderno del tiempo y la historia? Bueno, de una cosa estaban convencidos los profetas: toda la historia estaba en las manos de Dios. Las secuencias cronológicas, y las consideraciones causa-efecto, todas estaban sometidas a la soberana voluntad de Dios. Esta no era una concepción fatalista de la deidad, sino que era una concepción relacionada con el pacto. Jehová, el Dios de Israel, se había revelado a sí mismo como el creador y Dios de la historia, pero también como el redentor de Israel. El tiempo y la historia cobraron su significado de estos hechos. Nada en la historia tuvo significado alguno separado de Dios y de su autorrevelación en sus actos redentores. Lo que más les preocupaba no era la cantidad del tiempo, sino su calidad redentora.<sup>[21]</sup> En este aspecto los profetas establecieron los cimientos del concepto de la historia en el Nuevo Testamento, donde también se le trataba con mucha seriedad, pero sometía los aspectos cuantitativos a los cualitativos. Lo hizo interpretando la historia a la luz del evangelio.

En los profetas del Antiguo Testamento vemos una preocupación concentrada en las características redentoras de los sucesos históricos (pasados o futuros en la historia). Así, el "día del Señor" surgió de la historia de la guerra del Señor contra sus enemigos en el éxodo de Egipto y la conquista de Canaán. Cuando los profetas hablan de una manifestación futura de la ira de Dios, la describen como local (una catástrofe histórica inminente, como Israel llevado al exilio), o universal (destrucción total de los enemigos de Dios), o cósmica (desmantelamiento completo del orden creado). Todas estas manifestaciones se pueden ver como si pertenecieran al "día del Señor". En su visión de la salvación, los profetas pueden describirla como el retorno actual y predicho de los judíos exiliados a su tierra después de un cierto número de años (ej. Jeremías predijo que en

70 años verían un retorno de Babilonia), o como un suceso futuro no especificado, cuando todo el verdadero pueblo del pacto de Dios será recogido de las diversas tierras donde hubiese sido dispersado, o como una renovación cósmica de toda la creación. Nuevamente, todas esas posibilidades caben en la categoría de “el día del Señor”.

Debemos notar esto: a pesar de que los profetas dieron expresión a estas diferentes dimensiones con respecto al juicio y a la salvación, en realidad no estaban preocupados por distinguirlas como tales, ni tampoco por la forma en que se relacionan con la historia. Les bastaba saber que el día del Señor llegaría. Así como la realidad de la ira de Dios y de su amor redentor se han visto en el pasado, así se volverán a ver en el futuro. Así como los profetas vieron el futuro desde un determinado punto de vista en medio del fracaso histórico de Israel como pueblo redimido de Dios, así también vieron el día del Señor como un acto final. Después de esto no podrá haber fracaso como en el pasado, sino sólo la gloria eterna del reino de Dios. Las diferentes dimensiones de la venida del reino (local, mundial o cósmica) todas pertenecieron, sin diferenciarlas, al gran día del Señor que habría de venir. (Véase Figura 3)

La visión apocalíptica del día del Señor tiene una diferencia obvia de la perspectiva profética. Ya que no es realista separar los puntos de vista apocalípticos de los proféticos acerca del futuro (se trasponen en muchos aspectos), debemos decir que la distinción es de énfasis, así como de expresión literaria. En general se acepta que las expresiones apocalípticas dan una definición mucho más precisa de la transición de la vieja era a la nueva era del reino de Dios. Ha desaparecido el llamamiento profético al arrepentimiento que desvía el juicio inminente. También ha desaparecido el hincapié en la distinción nacional israelita. En vez de ello, la apocalíptica tiende a describir el progreso inevitable e ineludible de la presente era malvada al punto en el que Dios dice “¡Basta!”. Luego hay una intervención catastrófica de Dios en la cual es destruida la antigua era y emerge una nueva. No se destaca tanto la salvación de Israel, aunque sí se da, sino la transformación de toda la creación.

Aun cuando nos permitamos diferenciar el énfasis entre los escritos proféticos y apocalípticos, aún así nos queda una característica común e importante que puede ser destacada como una característica de cómo el Antiguo Testamento concibe la historia y el final de la era. Sin importar el hecho de que los profetas reconocieran la respectiva naturaleza de los actos redentores y los juicios (ej. la historia del éxodo de Israel y la conquista de la tierra, el exilio y retorno de Babilonia, y el día final de Señor), hablan del futuro día del Señor de tal manera que los elementos no comparten en sí mismos la manera local, universal y cósmica de relacionarse con el tiempo.

El efecto es una vista no diferenciada del fin. El día del Señor significa la salvación del pueblo de Dios y el juicio de sus enemigos.

El énfasis apocalíptico, entonces, no sirvió para desplazar o aun más drásticamente, descalificar la perspectiva profética del día del Señor. En vez de ello, sirvió para afinar ciertos aspectos que ya estaban presentes en la predicación profética. Juntas, la perspectiva de los profetas y la apocalíptica pintaron un cuadro con una sucesión lineal de dos eras. La presente era llega al final en el punto donde los actos de redención y juicio por parte de Dios alcanzan su clímax y expresión final en el día del Señor. En ese punto, y sin más dilación, se revela el reino de Dios. Muchas cosas pasan en ese 'día'. No sólo los enemigos de Dios son finalmente derrotados, sino que Israel -el verdadero Israel creyente- es restaurado en la tierra prometida. Jerusalén y el templo son reconstruidos y se inaugura el gobierno davídico. Luego los gentiles, que han de ser incluidos, llegan corriendo, buscando ser aceptados pues han visto la gloria de Dios revelada en la redención de Israel (Isaías 2:1-4; Zacarías 8:20-23). Ese día es el día en el que el Espíritu del Señor se derrama sobre la gente. Ese es el día en el cual la salvación puede llegar a todo el que invoque el nombre del Señor (Joel 2:28-32). Es difícil definir cuantitativamente este día, pero cualitativamente es el día de salvación.

### *Figura 3*

## **LAS DOS ERAS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO**

Figura 3

### LAS DOS ERAS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

#### Énfasis profético



#### Énfasis apocalíptico



### El día del Señor en el Nuevo Testamento

Es provechoso reflexionar en el hecho de que la historia del Antiguo Testamento terminó sin la llegada del profetizado día del Señor. Entonces, por casi cuatrocientos años, el pueblo judío pasó por sucesivos dominios de su tierra y amenazas a su religión y cultura. Por último, después de que los imperios persa y griego habían llegado y terminado a su vez, la tierra de los judíos se convirtió en una pequeña y oprimida provincia del imperio romano. En medio de esta experiencia poco prometedor tuvo lugar un gran acontecimiento: un niño, Jesús, nació y creció, para ser reconocido finalmente por un pequeño grupo de personas como el Mesías prometido que habría de traer el reino de Dios.

Por medio de señales y prodigios, de palabra y hecho, comenzó a dejar impreso en sus seguidores que él era el verdadero Mesías de Dios. Pero para la mayoría de ellos eso podía significar una sola cosa: que el día del Señor estaba a punto de amanecer. La ira de Dios vendría sobre los que habían roto el pacto, los impíos, y en particular sobre el cruel y sobrecogedor poder de Roma. Pero luego, de repente, Jesús comenzó a decirles que él iba a ir a Jerusalén para morir. '¡De ninguna manera!' dijo Pedro, quien tuvo que sufrir una dura reprensión: "Aléjate de mí, Satanás". De manera

inexorable, los sucesos llegaron a su clímax y el príncipe mesiánico de David, en vez de llegar al trono dorado, fue clavado en una cruz. La esperanza de los discípulos se deshizo; ¡después de todo no era el día del Señor! El cuerpo del líder fue sacado a toda prisa antes de que iniciara el sábado, y sus seguidores se retiraron para lamerse las heridas.

En la mañana del siguiente domingo, pasó algo incomprensible: el Señor crucificado se levantó de los muertos y se mostró a sus amigos. De súbito se renovaron sus esperanzas. Tal vez, después de todo, el reino de Dios aparecería en este tiempo. Ellos comenzaron a anticipar la gloriosa transición de ser una pequeña y oprimida nación del vasto Imperio Romano, a ser la gloria resplandeciente de Dios, el centro de la tierra y la envidia de las naciones. Desaparecería el corrupto y cruel reinado edomita de los Herodes, y en su lugar estaría la gloria del reinado del príncipe davídico. La justicia y la paz fluirían desde el nuevo Sion y la tierra se convertiría nuevamente en el jardín del Edén.

Cuando el Jesús resucitado había estado con sus discípulos algunos días sin que llegara el reino, entre ellos hubo una entendible discusión al respecto. Por fin, un día que estaban con Jesús, le preguntaron: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?” (Hechos 1:6). ¿Qué había pasado con “el día del Señor” que el Antiguo Testamento había descrito tanto? ¡Así que aún tenían dificultad de entender y tenían una mente obtusa! El día que resucitó, Jesús reprendió a dos de ellos por no creer el otro mensaje menos aceptable de los profetas -que el Cristo tenía que sufrir antes de entrar en su gloria (Lucas 24:26). Pero ahora habían aceptado el aspecto del sufrimiento, que había quedado impreso en sus mentes por los acontecimientos del viernes santo. ¿No podían esperar ver a Jesús como el Príncipe de Paz en el trono de David? “Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?”

La respuesta de Jesús es decisiva: “No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre -les contestó Jesús. Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1:7-8). Algunos argumentan que como Jesús dijo “no les toca a ustedes conocer la hora”, daba por sentado que la expectativa de sus discípulos acerca de la naturaleza del reino y su venida era correcta. Sólo estaba fuera de lugar su impaciente deseo de saber ‘cuándo’. En esta perspectiva, la promesa del Espíritu es más una distracción que una parte esencial de la respuesta a la pregunta. Deberíamos entonces esperar que la futura enseñanza de los apóstoles distinga claramente dos cosas: la venida del reino en términos exactos (si eso fuera posible) de los profetas del Antiguo Testamento, y la

predicación del evangelio llena del Espíritu Santo como una clase de actividad interina hasta que el reino llegue. De hecho, esto es lo que *no* pasó.

En primer lugar, notamos que una vez que el Espíritu fue dado en el Pentecostés, la pregunta acerca del reino dejó de tener relevancia, pues ya se conocía la respuesta. Los apóstoles predicaron el evangelio a los judíos porque era el cumplimiento de todas las esperanzas de Israel, de todas las promesas de los profetas. Era verdad que Cristo había entrado en gloria por medio de su resurrección y ascensión. No es de admirarse que los cristianos llegaran a referirse al día de la resurrección, el primer día de la semana, como “el día del Señor”.

En segundo lugar, cuando el Espíritu fue dado, Pedro declaró que esto era el cumplimiento de la profecía de Joel respecto al día del Señor (Hechos 2:15-21). No le preocupa que Joel también se haya referido a señales tales como el oscurecimiento del sol y el enrojecimiento de la luna. Apunta a la hermosa seguridad de Joel, de que “todo el que invoque el nombre del Señor escapará con vida”. Luego, sin más preámbulo, predica el evangelio de Cristo y llama a sus oyentes a que se arrepientan y bauticen. Es verdad que este es el día del Señor y el Príncipe Davídico reina gloriosamente en Sion:

Era profeta y sabía que Dios le había prometido bajo juramento poner en el trono a uno de sus descendientes. Fue así como previo lo que iba a suceder. Refiriéndose a la resurrección del Mesías, afirmó que Dios no dejaría que su vida terminara en el sepulcro, ni que su fin fuera la corrupción. (Hechos 2:30-31)

Compare estas palabras con las de Pablo en su primer sermón en Antioquía:

Nosotros les anunciamos a ustedes las buenas nuevas respecto a la promesa hecha a nuestros antepasados. Dios nos la ha cumplido plenamente a nosotros, los descendientes de ellos, al resucitar a Jesús. Como está escrito en el segundo salmo: “Tú eres mi hijo; hoy mismo te he engendrado”. (Hechos 13:32-33)

No encontramos ninguna desviación de esta convicción en el resto del Nuevo Testamento. A una voz los autores proclaman la muerte y resurrección de Jesús como el punto en el cual todas las promesas de Dios se cumplen. Este es en verdad el día del Señor.

En tercer lugar, notamos que, junto con la predicación del evangelio, está la seguridad de que Cristo no sólo reina ahora, sino de que regresará a manifestar su reinado a todos los principados y potestades. El derramamiento del Espíritu, junto con la ascensión de Jesús, es lo que

estructura el cumplimiento del día del Señor en el Nuevo Testamento. La tarea del Espíritu es iluminar a los creyentes con la verdad del evangelio, para que lo puedan predicar por todas las edades. El Espíritu hace real a la humanidad el significado del evangelio como el medio que Dios utiliza para establecer su reino. Puesto que Cristo ascendió antes de manifestar la gloria de su reino, el Espíritu Santo viene a capacitar a la iglesia para que predique el evangelio. Es sólo por este medio que el reino viene al mundo, pero viene. Finalmente, Cristo “aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno, sino para traer salvación a quienes lo esperan” (Hebreos 9:28).

En esta breve descripción vemos que el Espíritu Santo ha aplicado el evangelio a las mentes de los apóstoles de tal manera que demanda una modificación de la perspectiva del Antiguo Testamento. Las semillas de esta modificación ya estaban en el Antiguo Testamento, no sólo en el tema del siervo sufriente como Jesús les recordó a dos de sus discípulos (Lucas 24:26), sino en la estructura misma de la verdad revelada. Israel ya había recibido una pista en el hecho de que la salvación era algo a lo que miraban hacia el pasado (en la pascua y el éxodo), la salvación ya era una realidad en marcha en la vida cotidiana, pero también era una expectativa para el futuro (el día del Señor). Lo que les hacía reducir el día del Señor a un suceso meramente futuro e indiferenciado fue en parte su obtusidad y en parte su enfoque literal a las promesas.

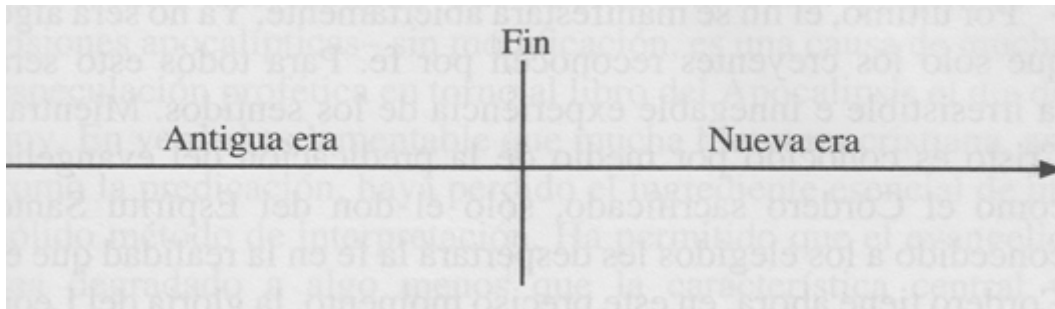
¿Cuál fue, entonces, el efecto del evangelio para los apóstoles luego que el Espíritu Santo lo hizo claro a la mente de los apóstoles? El principal ajuste fue que vieron que el día del Señor cubría el pasado, el presente y el futuro. En el pasado, el día del Señor era un acontecimiento histórico decisivo de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Él encarnaba en su persona la perfección de todas las relaciones de pacto entre Dios y el hombre. En ese sentido, era el reino de Dios POR NOSOTROS. El día del Señor vino cuando la ira de Dios se derramó sobre nuestro sustituto que pendía de la cruz. El día del Señor vino cuando el pueblo de Dios resucitó de la tumba en la persona de su sustituto y ascendió para sentarse con él, a la diestra de Dios (Romanos 6:1-10; Efesios 2:4-6; Colosenses 3:1-3). Véase Figura 4 a continuación.

#### ***Figura 4:***

### **DOS PERSPECTIVAS DEL FIN**

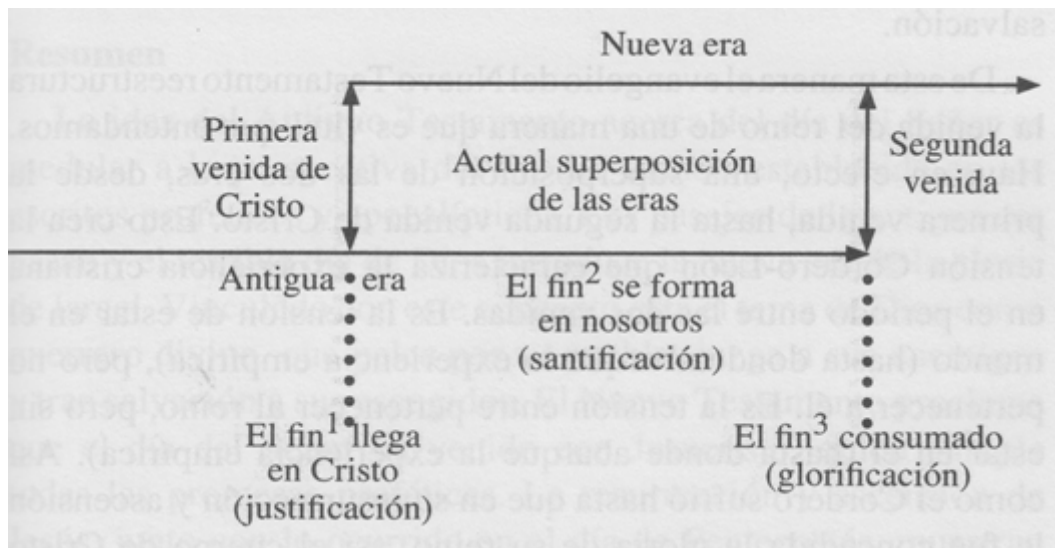
**La perspectiva del Antiguo Testamento:**

*UNA MANIFESTACIÓN DEL FIN*



**La perspectiva del Nuevo Testamento:**

**TRES MANIFESTACIONES DEL FIN**



Este diagrama está basado en el de Geerhardus Vos, *The Pauline Eschatology* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1972), p. 38, y se usa con permiso.

El Espíritu es dado a causa de esta decisiva obra de Dios en Cristo para nuestra justificación. La venida del Espíritu, una venida continua desde el día del Pentecostés, es la venida del día del Señor. El Espíritu viene a causa de los méritos de Cristo a nuestro favor (Hechos 2:33). Por medio de la predicación del evangelio, el Espíritu Santo hace real el reino a los que creen. El fin definitivo de la era en el Cristo histórico, también se aplica al creyente que por medio de la fe se hace partícipe de esto en Cristo. Pero al hacer esto, el Espíritu trae el día del Señor al presente. La santificación es el fin de esta era aplicada a nuestra existencia.

Por último, el fin se manifestará abiertamente. Ya no será algo que sólo los creyentes reconocen por fe. Para todos esto será la irresistible e innegable experiencia de los sentidos. Mientras Cristo es conocido por medio de la predicación del evangelio como el Cordero sacrificado, sólo el

don del Espíritu Santo concedido a los elegidos les despertará la fe en la realidad que el Cordero tiene ahora, en este preciso momento, la gloria del León a la diestra de Dios. Pero cuando Cristo regrese en gloria para juzgar, aunque eternamente sea el Cordero, será revelado con la gloria del León, tanto para juzgar como para consumir nuestra salvación.

De esta manera el evangelio del Nuevo Testamento reestructura la venida del reino de una manera que es vital que entendamos. Hay, en efecto, una superposición de las dos eras, desde la primera venida, hasta la segunda venida de Cristo. Esto crea la tensión Cordero-León que caracteriza la experiencia cristiana en el período entre las dos venidas. Es la tensión de estar en el mundo (hasta donde abarque la experiencia empírica), pero no pertenecer a él. Es la tensión entre pertenecer al reino, pero sin estar en él (hasta donde abarque la experiencia empírica). Así como el Cordero sufrió hasta que en su resurrección y ascensión le fue concedida la gloria de su reino, así el cuerpo de Cristo debe sufrir hasta que nosotros también (de hecho en nosotros mismos) seamos resucitados y transformados a la gloria de la imagen de Cristo.

Una tesis de este libro es que en el Apocalipsis Juan hace un considerable uso del material profético y apocalíptico en el cual se mantiene la perspectiva típica y tradicional del Antiguo Testamento sobre el *fin* o el día del Señor. La perspectiva del Nuevo Testamento es proporcionada por la naturaleza del evangelio, el cual, como hemos visto, satura el libro por todos lados. Así, a menos que estemos conscientes de esta necesaria modificación de la perspectiva del Antiguo Testamento por el evangelio, haremos probablemente una mala interpretación de la naturaleza de las visiones del Apocalipsis. En mi opinión, considero que este error fundamental de no admitir que Juan usa formas del Antiguo Testamento - oráculos proféticos y visiones apocalípticas- sin modificación, es una causa de mucha especulación profética en tomo al libro del Apocalipsis el día de hoy. En verdad es lamentable que mucha literatura cristiana, así como la predicación, haya perdido el ingrediente esencial de un sólido método de interpretación. Ha permitido que el evangelio sea degradado a algo menos que la característica central y preeminente que interpreta el significado total de la Biblia. Yo me esforzaré en aplicar esta interpretación de la centralidad del evangelio en el libro del Apocalipsis.

## **Resumen**

La idea del Antiguo Testamento acerca del día del Señor es medular a la perspectiva del fin del mundo establecida en los escritos proféticos y apocalípticos. Los pasajes de la antigua era pasan y el terrible día de Dios introduce la nueva era de la gloria de Israel. Vinculado con este concepto

está el tema de Dios como guerrero divino, que pelea por su pueblo, juzga a sus enemigos y trae salvación a sus escogidos. El Nuevo Testamento proclama que el día del Señor ha venido con Jesucristo, quien cumple todas las promesas proféticas. La resurrección y ascensión de Jesús, junto con lo ocurrido en el día de Pentecostés, muestran que el evangelio modifica la perspectiva del Antiguo Testamento en que la antigua y la nueva era se ven como una superposición temporal. Juan usa formas literarias del Antiguo Testamento, en particular la visión apocalíptica en gran medida, mayormente sin modificarla. Por eso el Apocalipsis contiene muchas secciones que hablan del día del Señor en términos del Antiguo Testamento.

## TESIS

*La perspectiva del Antiguo Testamento acerca del día del Señor, contenida en las visiones apocalípticas de Juan, es modificada por el evangelio. La sucesión lineal de las eras llega a ser una superposición entre la primera y segunda venida de Cristo.*

# 5

## “Al que salga vencedor”

### *Las cartas a las siete iglesias*

Sin embargo, tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor. ¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio. Si no te arrepientes, iré y quitaré de su lugar tu candelabro. Pero tienes a tu favor que aborreces las prácticas de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que salga vencedor le daré derecho a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios. (Apocalipsis 2:4-7)

#### **La función de las siete cartas**

Las cartas a las siete iglesias en Apocalipsis 2-3 están en peligro de ser separadas del resto del libro. La razón no es difícil de encontrar. De todas las diferentes partes del Apocalipsis, las siete breves cartas son las que presentan menos dificultades y las que más fácilmente se pueden entender sin considerar el contexto. El hecho de que están escritas como cartas, y se ocupan de problemas pastorales en congregaciones reales de personas cristianas, las pone en la misma categoría general que las demás epístolas del Nuevo Testamento. A pesar de algunas características distintivas que las destacan de otras epístolas, emplean la técnica familiar de la exhortación. Hay algunos asuntos periféricos de interés, los cuales prefiero dejar a los comentaristas de Apocalipsis, ya que no creo que las respuestas afecten grandemente nuestro entendimiento del libro. Por ejemplo: ¿Cuál es la fuente de información de Juan acerca de estas iglesias y cuál es su relación con ellas, que lo facultan para escribir de la manera en que lo hace?

Es posible que lo que Juan les dice a las siete iglesias en Apocalipsis 1:4: “Juan, escribo a las siete iglesias que están en la provincia de Asia...”, se entienda como prefacio sólo para la sección que termina con la carta a Laodicea. Sin embargo, no creo que tal sea el caso. Eso rompería la unidad del libro y oscurecería la relación entre las siete cartas y el resto del libro. Es muy posible, en vista del repetido uso del siete, que las siete iglesias

representen al número total de iglesias del occidente de Asia Menor. En este caso el Apocalipsis es un tipo de carta general para todos los grupos de perseguidos cristianos con los cuales Juan se podía identificar fácilmente en su propio sufrimiento y exilio.

Al considerar la función de las siete cartas, entonces, no debemos olvidar que la sección preliminar del capítulo 1:4-20 se refiere a las siete iglesias. Arriba, en el capítulo tres, traté el contenido del evangelio en esta sección. Por lo tanto, bastará con destacar que Apocalipsis 1:4-20 es una expresión del evangelio hermosamente construida y vívidamente presentada en relación personal con Juan y con las iglesias en general. Las frecuentes referencias a los pasajes significativos de la presentación de la historia de la salvación del Antiguo Testamento crean una riqueza de matices teológicos que casi quitan el aliento. En un breve espacio de cinco versos (vv. 4-8), Juan resume la doctrina de Dios, la doctrina de la persona de Cristo, la doctrina de la salvación y la doctrina del fin de las cosas. Si bien esto parece excesivo, encontramos que es la persona de Jesús la que mantiene todo en perfecta unidad. Cristo es el único que trae la gracia de Dios, y es el que da testimonio de la verdad, el que resucita de los muertos para gobernar a los reyes de la tierra. Cristo es el que nos ama y nos ha salvado para hacernos hijos del reino y sacerdotes para Dios. Y Cristo, este Cristo muerto y resucitado, es el que aparecerá de nuevo en majestad.

Este resumen de la acción del evangelio lleva a Juan a afirmar que Jesús es el Señor. De la misma forma que Pedro lo hace en el sermón del Pentecostés en Hechos 2, o Pablo en Filipenses 2, Juan describe la exaltación de Cristo como una secuela de Jesús de Nazaret, el siervo sufriente (Apocalipsis 1:9-20). La única referencia de Juan al 'día del Señor', en el verso 10, por lo general se toma para decir que era domingo cuando recibió estas visiones. Si es sostenible que el término se usó para designar el primer día de la semana en el tiempo de Juan, también lo es para no restarle valor a una posibilidad diferente, que Juan se refiere a tal día por sus matices teológicos, más que transferir información trivial acerca de qué día de la semana era. En otras palabras, Juan se estaría refiriendo al hecho de que es domingo porque el asunto central es el día de la salvación y juicio que ha venido en Jesucristo, y del cual el domingo, como día de resurrección, es ahora el memorial perpetuo.

Cuando Juan está postrado por la visión de la gloria de Cristo, es tiernamente consolado con las palabras: "No tengas miedo" (v. 17). La similitud entre este pasaje y la 'seguridad de salvación' que algunas veces anuncian los profetas del Antiguo Testamento es notable, por ejemplo:

No temas, que yo te he redimido;

te he llamado por tu nombre;  
Tú eres mío. (Isaías 43:1)

La fuerza de la seguridad de la salvación descansa en el recordatorio de lo que Dios ha hecho para salvar a su pueblo. Esto se dice simple y poderosamente por medio de Juan con las palabras: “Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos...” (v. 18). Así, el evangelio se resume en la muerte y resurrección del Cristo que ahora reina.

Ahora debemos observar que las palabras de Cristo a Juan, que comienzan en el verso 17, llevan a las siete cartas. No hay ninguna pausa. La visión del Cristo en gloria y la seguridad de la salvación son el preámbulo de los siete mensajes. Estos mensajes no se dan como las palabras de Juan a las iglesias, sino más bien como palabras textuales de Cristo que Juan tiene que comunicar a las iglesias. Tales mensajes son las epístolas de Jesucristo, quien tiene a las iglesias en su mano (Apocalipsis 1:16, 20; 2:1). Cada uno de los siete mensajes comienza con una referencia al Cristo retratado en la visión precedente.<sup>[22]</sup> Además, cada una de estas referencias tiene una contraparte en la consumación del reino, descrita en Apocalipsis 21 y 22. Eso que Juan recibe por revelación es lo que pertenece a toda la iglesia por medio de lo que Dios ha revelado en Jesucristo. El Cristo en gloria sigue siendo conocido como el Cristo sufriente del evangelio. Pero las cosas que pertenecen a su gloria presente son los tesoros en el cielo que el evangelio consigue para nosotros y asegura para todos los que creen. Lo que ahora conocemos por fe será la experiencia de nuestros sentidos en la consumación.

Por lo tanto, los siete mensajes sirven para recordarnos que el drama de la redención tiene efectos continuos en el mundo. El hecho de que Cristo haya conquistado, pero desee extender su conquista a las vidas de los hombres y mujeres por medio de la predicación del evangelio, pone a la iglesia en medio de la guerra apocalíptica. Además, esta guerra no es meramente externa, pues ocurre dentro de cada individuo al mismo tiempo que la vieja naturaleza lucha con la nueva y la carne contra el espíritu. Sería una perspectiva enormemente deformada si viéramos la guerra espiritual solamente fuera de nosotros. Los siete mensajes trasladan la guerra cósmica y espiritual al presente de la existencia humana del pueblo de Dios. El conflicto es fuerte y el sufrimiento grande. Pero siempre, la visión del Cristo en gloria está por encima de cualquier consideración de nuestro predicamento humano. En el acontecimiento del evangelio él venció definitivamente. Como Óscar Cullmann lo expresa, la victoria definitiva de Cristo en el Calvario y la resurrección han determinado de una vez por todas el resultado.<sup>[23]</sup> En la iglesia, la lucha por la santificación se puede comparar

con las operaciones de limpieza. Sin los siete mensajes el libro del Apocalipsis perdería el valioso punto de contacto con nuestra actual existencia humana. Parecería remoto y separado de nuestra lucha. Mientras la apocalíptica judía se veía en peligro de perder la punzante demanda profética del arrepentimiento y la fidelidad al pacto, Juan restaura este énfasis antes de pasar a las visiones de la realidad celestial.

Al observar la estructura de estos siete mensajes vemos que hay una marcada uniformidad. Podemos resumirla así.<sup>[24]</sup>

1. Mensaje al ángel de la iglesia.
2. Descripción del autor, Cristo.
3. Referencia a las obras, seguida de una alabanza o crítica.
4. Advertencia de las consecuencias de la falta de fe.
5. Exhortación a la perseverancia.
6. Promesa a todos los que vencen.

¿Qué podríamos aprender de este claro énfasis en las cartas?

Primero, el que se dirige a las iglesias es Cristo, su Señor y Salvador resucitado, quien las sostiene en sus manos. Él ha ganado para todo su pueblo el premio que se les da a los que perseveran. Por lo tanto, no es un Señor tirano, sino uno amoroso, cuyos planes son compartir su reino con aquellos por los cuales ha dado su vida en su propia servidumbre y humillación. La soberanía de Cristo es tal, que no podemos debilitarla. El hincapié de la literatura apocalíptica es que nadie puede impedir el propósito de Dios, ni resistirse a su voluntad. Hay muchos misterios ligados a la soberana voluntad de Dios, y en nuestros engreídos intentos de resolverlos a menudo caemos en el terrible error de diluir la soberanía divina hasta el punto de convertirla en una grotesca falsificación. El peligro surge particularmente cuando queremos apelar a la responsabilidad humana en la vida cristiana. Uno escucha a los predicadores y maestros hablar de Dios como si el éxito de su plan redentor dependiera por completo de nosotros. Se presenta a Dios como si fuera incapaz de cumplir su propósito, a menos que nosotros hagamos algo primero. Dicen que Dios no puede utilizarnos hasta que no nos hayamos quitado cada pecado conocido. Y que Dios no puede darnos el don del Espíritu Santo hasta que no estemos completamente comprometidos con él. Y la lista continúa así, con Dios reducido efectivamente a ser el arquitecto de una buena idea, ¡pero que no tiene poder para llevarla a cabo sin nuestra ayuda!

Cristo no dice nada parecido en su revelación a Juan. Los tres primeros capítulos del Apocalipsis presentan la aparente paradoja de la soberanía del Señor de la iglesia y la responsabilidad humana de su pueblo. A menudo

esto ha sido un problema para los cristianos. ¿Cómo puede ser Dios absolutamente soberano al mismo tiempo que el hombre es absolutamente responsable? ¿No es evidente que ambas ideas se contradigan? Los intentos de resolver la paradoja, ya sea restándole poder a la soberanía de Dios, o reduciendo la responsabilidad humana, son intentos de la mente del hombre, llena de pecado, por imponer la verdad acerca de Dios a base de la razón humana. El evangelio le da a la mente cristiana la información y la renovación que necesita, si bien los cristianos siguen utilizando formas de pensamiento no cristianas para resolver las dificultades de la Biblia. La verdad del asunto, como siempre, está en el evangelio. El problema de la soberanía y la responsabilidad es el problema de cómo un Dios verdaderamente soberano puede seguir siendo verdaderamente soberano mientras se relaciona con el hombre verdaderamente responsable. El evangelio no resuelve el problema en el sentido de decirnos *cómo*, de una manera fácil de entender para la mente humana. En vez de ello, nos muestra que el misterio es una característica de Dios mismo. Pues en el evangelio vemos que lo incomprensible ha ocurrido: el Dios verdaderamente soberano y el hombre verdaderamente responsable se han unido en una persona, Jesucristo. En la historia de la iglesia primitiva podemos ver cómo los cristianos trataron de resolver este misterio. Pero cada vez que intentaron resolver el misterio al reducir la deidad de Dios para acomodarla lógicamente con su humanidad, o viceversa, el resultado fue la destrucción del evangelio mismo. El cristianismo ortodoxo aprendió a vivir con el misterio e incluso a gloriarse en él. Jesucristo era Dios verdadero en unión con hombre verdadero, de tal forma que ninguna naturaleza disminuía a la otra, ni se confundían entre sí.<sup>[25]</sup>

Así, el evangelio nos señala y confirma esta perspectiva, la cual forma parte de todo el Nuevo Testamento. Aquí, en el Apocalipsis, Juan dibuja la gloria del Cristo reinante, quien sostiene a las iglesias en sus manos. Su soberanía es una realidad ahora. Pero, como siempre, el soberano Señor expresa su soberanía, no pasando por alto nuestras mentes y voluntades, sino trabajando por medio de ellas. Para la mente que desconoce el evangelio esto es una contradicción. Muchos cristianos demuestran que no han logrado llevar el evangelio a su pensamiento cuando rechazan, por ejemplo, la soberana predestinación de Dios como si fuera incompatible con la responsabilidad humana. La unión de Dios y el hombre en Jesucristo muestra que esto no es así. De hecho, lejos de ser incompatibles, la soberanía y la responsabilidad se ven como los mejores amigos. Jesucristo fue la más perfecta expresión de humanidad. Él fue una personalidad perfectamente integrada que mostró todas las virtudes humanas y ningún pecado. Quizá no haya sido convencional, pues a menudo ofendió a sus

enemigos y a veces incluso a sus amigos. Pero fue el modelo perfecto de la relación de Dios con la humanidad. Él fue la interpretación viviente de la doctrina de la creación y de la naturaleza del hombre creado a la imagen de Dios. Él fue y es el verdadero Dios soberano y el verdadero hombre responsable.

Segundo, al traer esta perspectiva al mensaje de los siete mensajes de Apocalipsis 2-3, vemos que el soberano Señor les habla a iglesias formadas por personas responsables, que pueden responder por sus actos. Estas cartas muestran claramente que el esfuerzo humano, las buenas obras y el ser considerado responsable de nuestras obras, no son de ninguna manera incompatibles con la soberanía divina. Además, están en perfecta armonía con la doctrina del evangelio, de la justificación por la fe sola, a base de los méritos de Cristo solo. Las buenas obras y las recompensas son parte de la enseñanza del Nuevo Testamento y no se deben considerar como algo que contradiga la justificación como un regalo gratuito. La contribución distintiva de los siete mensajes en Apocalipsis muestra que las buenas obras del pueblo de Dios son parte de la lucha apocalíptica entre el Cristo reinante y los poderes de las tinieblas. De esta manera se destaca la rendición de cuentas de los cristianos. La importancia de las buenas obras va más allá de ser amables con nuestros vecinos y de apoyar la obra misionera. La lucha de las iglesias locales por vivir el evangelio, resistir el impacto de valores e ideas no cristianos, y permanecer fieles a la verdadera revelación de Dios en Jesucristo, todo forma parte de la conquista del mundo por medio del evangelio. Detrás de estas escenas, la conquista misma se está llevando a cabo en el reino de Cristo en los cielos. En el mundo la iglesia debe estar contenta de seguir el ejemplo del Cordero en sus sufrimientos, pues se asegura que los sufrimientos del Cordero son la clave de la conquista del León.

### **El asunto de las recompensas**

A primera vista las recompensas en el Nuevo Testamento parecen contradecir la enseñanza de que los cristianos son justificados sólo por la fe. La justificación significa que Dios nos acepta por lo que Cristo ha hecho en nuestro lugar. Puesto que él ha hecho lo mismo por cada creyente, deberíamos asumir que cada creyente recibirá la misma herencia en el reino de Dios. Así que, ¿dónde quedan las recompensas? ¿Van a ser de moradas *clase 'A' y 'B'* en el cielo? De hecho, se habla menos de ese problema en las siete cartas que en otras partes del Nuevo Testamento, como veremos más tarde. Pero primero consideremos el asunto en general.<sup>[26]</sup>

Para comenzar, consideremos el argumento de Calvino, que todas las buenas obras deben verse como un regalo de Dios y, por lo tanto, no

pueden constituirse dignas de mérito. Es la gracia de Dios la que produce las buenas obras en nosotros. Son fruto de los méritos de Cristo. No contradice el referirse a ellas como fruto del Espíritu, ya que es por los méritos de Cristo que se ganó el don del Espíritu para todo el pueblo de Dios. El resultado de esto es la glorificación final del creyente, cuya herencia completa es la 'recompensa', el reino de Dios. El proceso completo de la salvación comienza con la elección y llamado de Dios, involucra nuestra justificación sobre la base de los méritos de Cristo, nuestra santificación por medio del Espíritu (también a base de los méritos de Cristo) y nuestra herencia final de gloria.

La santificación del cristiano es, por lo tanto, en un sentido, automática. Es el Espíritu Santo quien nos da el poder para creer en Cristo para nuestra justificación. Es el mismo Espíritu Santo que capacita al creyente para creer en el evangelio que también produce en nosotros el fruto de la santificación. En otro sentido la santificación, en la cual el Espíritu opera por medio de nuestras mentes y voluntades, no es automática. Dios nos involucra en la obra santificadora del Espíritu por medio de las admoniciones y exhortaciones de la Biblia. Ser humano es ser responsable. Ser humano cristiano, es responder con nuestra mente y voluntad al evangelio con buenas obras.

La magnífica descripción de Pablo sobre Cristo, el siervo sufriente que se convierte en el Señor que reina (Filipenses 2:6-11), va seguida de inmediato por su exhortación, en la cual señala lo que implica el hecho de que 'Jesucristo es el Señor'.

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. (Filipenses 2:12-13)

Aquí vemos la soberanía y la responsabilidad entrelazadas de tal manera que la obra de la salvación, día a día (las buenas obras), es de inmediato el resultado del esfuerzo humano; pero es, a fin de cuentas, la obra de Dios en nosotros.

Escuchemos a Calvino:

¿Cuál es, pues, la razón de que seamos justificados por la fe? Sencillamente porque mediante ella alcanzamos la justicia de Cristo, por la cual únicamente somos reconciliados con Dios. Mas no podemos alcanzar esta justicia sin que juntamente con

ella alcancemos también la santificación. Porque “él nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”. (1 Corintios 1:30)

Por lo tanto, Cristo no justifica a nadie sin que a la vez lo santifique. Porque estas gracias van siempre unidas, y no se pueden separar ni dividir, de tal manera que a quienes Él ilumina con su sabiduría, los redime; a los que redime, los justifica; y a los que justifica, los santifica.

De esta manera se ve claramente cuán grande verdad es que no somos justificados sin obras, y no obstante, no somos justificados por las obras; porque en la participación de Cristo, en la cual consiste toda nuestra justicia, no menos se contiene la santificación que la justicia. (Institución, III. 16.1)

Calvino continúa indicando que la referencia a las recompensas no implica, por lo tanto, que las obras son la causa de la salvación. Sin embargo, debido a la íntima conexión entre ellas y al hecho de que las buenas obras siguen a la justificación y también preceden a la glorificación final, se puede hablar de la herencia de los santos como recompensa. A fin de cuentas, no hay distinción entre la herencia, que es un don de la gracia, y una recompensa. Pero ya que el propósito de Dios es llevarnos a nuestra herencia por el camino de las buenas obras, el término recompensa subraya acertadamente nuestra responsabilidad humana en el camino.

Nuevamente Calvino comenta:

El Señor remunera las obras de sus fieles con los mismos beneficios y mercedes que les tenía prometidos mucho antes de que ni siquiera pensasen en hacer lo que hicieron y cuando el Señor no tenía otro motivo para hacerles favores que su sola misericordia.

(Institución, III. 18.2)

## **Vencer por la Fe**

En su inicio, cada una de las siete cartas del Apocalipsis le atribuye a Cristo su autoría y luego empiezan: “Conozco tus obras”. En el caso de Esmirna es: “Conozco tus sufrimientos”, y en el de Pérgamo: “Sé dónde vives”. Cada iglesia recibe elogios, excepto Laodicea, sin embargo, cada elogio -excepto el de Esmirna- es modificado con una frase como: “Tengo en tu contra”. Se exhorta a cada una según su situación, al arrepentimiento, a la resistencia o a la perseverancia. Cada carta termina con la promesa “al que salga vencedor”. Aunque mayormente se refiere al desempeño de estas iglesias

como obras, la relación que existe entre éstas y la fe en Cristo o fidelidad a la palabra del evangelio, es bastante evidente en todos los pasajes. Además, la fe que se manifiesta en buenas obras ante la tribulación y los ataques de los falsos maestros y los profetas mundanos resulta vencedora cuando se ejercita hasta el fin. La persona que ejercita esta fe victoriosa es la que tiene oído para oír lo que el Espíritu tiene que decir a las iglesias, esto es, la palabra del evangelio.

El resultado de esta victoria mediante la fe y la perseverancia es la recompensa, aunque estas cartas no la llamen específicamente recompensa.<sup>[27]</sup> Cada recompensa descrita es un aspecto de la herencia expresada en términos propios del estilo literario de Apocalipsis, que usa imágenes evocadas del Antiguo Testamento: el árbol de la vida, la liberación de la muerte, el maná escondido y un nuevo nombre, el gobierno sobre las naciones, el libro de la vida, el templo de Dios, el trono. Vencer significa perseverar en la fe, y perseverar en la fe es hacer buenas obras en respuesta al amor que Dios nos muestra en el evangelio.

Para resumir la función de los siete mensajes, vemos que éstos vinculan la existencia diaria de cada hijo de Dios -nunca de forma aislada, sino siempre en el contexto de la congregación local- con la lucha cósmica entre Cristo y Satanás. Esta lucha, en perspectiva de la victoria decisiva de Cristo en su vida, muerte y resurrección, puede tener un solo resultado. Sin embargo, la lucha continúa hasta la consumación del retorno de Cristo. Puesto que el tiempo de esta lucha dura desde la ascensión de Cristo hasta su regreso, los problemas específicos de las siete iglesias sirven como ejemplos representativos de la lucha diaria de los cristianos de todas las épocas. Podríamos, por supuesto, ver el mensaje como advertencias para buscar vivir más fielmente en el mundo. Pero, como hemos indicado antes, la unidad de las siete cartas con las visiones apocalípticas, y así con la última batalla y la victoria del reino de Dios, reúne el significado de los dos escenarios de guerra juntos. Es imposible considerar las siete cartas como un simple precedente de las visitaciones apocalípticas en el tiempo. Hacer esto es trivializar la lucha de cada hijo de Dios. Más bien debemos ver un gran misterio aquí. La campaña que dirige Cristo para acabar con todo vestigio de Satanás, en efecto se lleva a cabo en las trincheras frontales del evangelismo, el cuidado pastoral, la enseñanza y la predicación de la iglesia local. Se ha estado llevando a cabo en los hogares cristianos al instruir a los hijos en los privilegios del pacto y se les ha enseñado sobre el significado de la fe en la obra y muerte de Cristo. Dios utiliza verdaderamente lo que es insensato a los ojos del mundo para avergonzar a lo sabio, y utiliza lo que es débil para avergonzar a lo poderoso (1 Corintios 1:27). Quienes codician la clase de poder que el mundo respeta, y buscan establecer ante los ojos de

los hombres una imagen triunfal de la iglesia y de la existencia cristiana, rechazan la victoria del Cordero en el contexto del diario vivir, y declaran sentirse ofendidos por su sufrimiento, tal como lo estuvieron los judíos que no pudieron tolerar a un rey-mesías que muere. El patrón que proporciona el evangelio de la existencia diaria del cristiano es de una lucha confiada. Cuando el Espíritu de Dios escribe en las mentes y en los corazones de los cristianos la verdad de que la victoria de Dios, su gloria y su majestad, están todas envueltas en el sufrimiento del Cordero, Él dignifica nuestra lucha dándole una importancia que eclipsa las notables hazañas a las cuales el mundo les atribuye fama e importancia.

## **Resumen**

Las siete cartas a las iglesias sirven para introducir los temas principales de Apocalipsis al tratarlas de inicio en el contexto terrenal del diario vivir de las congregaciones locales. Así, se nos muestra que el drama de la redención tiene efectos que aún perduran en el mundo de la existencia humana. Los cristianos no son sólo espectadores mientras se libra una rabiosa guerra cósmica en las dimensiones espirituales, sino que participan en ella. Las cartas evitan que las descripciones apocalípticas de esta lucha espiritual se desliguen de nuestra lucha. El Cristo resucitado y glorificado llama a las iglesias a ser fieles a su evangelio y a perseverar en las buenas obras. Durante este período en que se superponen las eras, el señorío de Cristo en el mundo se expresa por medio de la iglesia, la cual está compuesta por seres humanos responsables. Las buenas obras que se nos demandan son parte de la lucha apocalíptica contra los poderes de las tinieblas. Ya que la herencia final de los cristianos sigue a una vida caracterizada por las buenas obras, se puede hablar de una recompensa, aunque no sobre la base de esas obras, sino sobre los méritos de Cristo.

## **TESIS**

*Los siete mensajes a las iglesias estructuran la existencia cristiana durante la superposición de las eras como una tensión creativa entre la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre.*

## 6

### “Vi que del mar subía una bestia”

#### *Los pasajes apocalípticos y proféticos*

Entonces vi que del mar subía una bestia, la cual tenía diez cuernos y siete cabezas. En cada cuerno tenía una diadema, y en cada cabeza un nombre blasfemo contra Dios. La bestia parecía un leopardo, pero tenía patas como de oso y fauces como de león. El dragón le confirió a la bestia su poder, su trono y gran autoridad. Una de las cabezas de la bestia parecía haber sufrido una herida mortal, pero esa herida ya había sido sanada. El mundo entero, fascinado, iba tras la bestia.

A la bestia la adorarán todos los habitantes de la tierra, aquellos cuyos nombres no han sido escritos en el libro de la vida, el libro del Cordero que fue sacrificado desde la creación del mundo. (Apocalipsis 13:1-3, 8)

En un libro de formas literarias tan diversas como Apocalipsis, cabe preguntar por qué el autor cambia de un estilo a otro. ¿Por qué Juan empieza con una introducción tan cargada de imágenes del Antiguo Testamento y de la literatura apocalíptica? ¿Por qué después cambia al género epistolar (cartas) en los mensajes a las iglesias y en seguida regresa a las visiones celestiales? ¿Por qué las secciones de visiones apocalípticas están entrelazadas con secciones que, aunque son visionarias, no contienen tanta riqueza de simbolismo apocalíptico? ¿Podemos detectar alguna razón especial que haga al género apocalíptico particularmente apropiado para el propósito del libro?

En el capítulo 4 analicé la manera en la que la apocalíptica ilustra el día del Señor o el día de la venida del reino. Vimos que el material apocalíptico y profético comparte la misma perspectiva general. Ambas describen la era presente llegando a su fin y a la nueva era comenzando de inmediato con toda la revelación de la gloria del reino eterno de Dios. Las diferencias entre las visiones proféticas y apocalípticas del fin se basan en el énfasis respectivo que le dan al alcance de la acción y sus detalles. Ambas tienen esencialmente la misma perspectiva sobre la relación de la edad presente

con la nueva. En cuanto a las diferencias en estilo literario, éstas son en su mayoría, fáciles de ver, aunque algunos oráculos proféticos presentan características apocalípticas. Puesto que la profecía y la apocalíptica difieren principalmente en estilo, forma y énfasis, es posible combinar las dos, o mezclar secciones de cada una, sin afectar la perspectiva general. Lo que es importante para que entendamos cómo funcionan en Apocalipsis las expresiones idiomáticas apocalípticas y proféticas, es que su perspectiva es una progresión lineal que va de la vieja era hacia la nueva. Según mi opinión, es esta perspectiva la que se mantiene en las secciones apocalíptico-proféticas del Apocalipsis.

¿Cuáles son entonces las secciones apocalípticas y cómo están relacionadas entre sí?

### **La visión de Cristo (1:12-20)**

Juan comienza el libro con las palabras “la revelación de Jesucristo”. Dice que da testimonio de todo lo que vio, a saber, de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. En su saludo a las siete iglesias identifica a Cristo y le da gloria como origen de bendición. Pero al describir lo que se le dijo que escribiera y enviara a las siete iglesias, las expresiones cambian dramáticamente. Ahora es posible identificar a quien se dirige a él como Jesucristo sólo por inferencia y gracias a la sección introductoria anterior, pues se nos dice que Juan ve a uno “semejante al Hijo del hombre”. Por supuesto este título nos es familiar porque se le dio a Jesús en los evangelios. El origen del título y su significado se debe buscar en el contexto del Antiguo Testamento en relación con el ministerio de Jesús.<sup>[28]</sup> Las referencias al Hijo del hombre ‘que viene en las nubes’, muestran el vínculo entre Jesucristo descrito en Apocalipsis 1:7 y 1:13.

¡Miren que viene en las nubes! Y todos lo verán con sus propios ojos, incluso quienes lo traspasaron. (Apocalipsis 1:7)

En medio de los candelabros estaba alguien “semejante al Hijo del hombre”.

(Apocalipsis 1:13)

Con esto comparamos un pasaje típico de los evangelios:

Verán entonces al Hijo del hombre venir en las nubes con gran poder y

gloria.

(Marcos 13:26)

La consideración más razonable es que estas referencias utilizan un concepto basado en la visión apocalíptica de Daniel 7. Daniel, uno de los judíos exiliados en Babilonia durante el siglo sexto a.C., tuvo una visión:<sup>[29]</sup>

Del mar salían cuatro bestias enormes, cada una diferente de la otra. La primera de ellas se parecía a un león, pero sus alas eran las de un águila. Mientras yo la observaba, le arrancaron las alas, la levantaron del suelo, y la obligaron a pararse sobre sus patas traseras, como si fuera un hombre. Y se le dio un corazón humano.

(Daniel 7:3-4)

Luego Daniel describe a dos bestias más, una que parece oso, otra como leopardo y después una cuarta, de apariencia más temible. Tiene diez cuernos y otro que salía entre ellos con los ojos de un hombre y una boca jactanciosa. Entonces Daniel dice:

Mientras yo observaba esto, se colocaron unos tronos, y tomó asiento un venerable Anciano. Su ropa era blanca como la nieve, y su cabello, blanco como la lana. Su trono con sus ruedas que centelleaban como el fuego. De su presencia brotaba un torrente de fuego.

Miles y millares le servían, centenares de miles lo atendían. Al iniciarse el juicio, los libros fueron abiertos.

Yo me quedé mirando por causa de las grandes insolencias que profería el cuerno. Seguí mirando hasta que a esta bestia la mataron, la descuartizaron y echaron los pedazos al fuego ardiente. A las otras bestias les quitaron el poder, aunque las dejaron vivir por algún tiempo. En esa visión nocturna, vi que alguien con aspecto humano venía entre las nubes del cielo. Se acercó al venerable Anciano y fue llevado a su presencia, y se le dio autoridad, poder y majestad. ¡Todos los pueblos, naciones y lenguas lo adoraron! ¡Su dominio es un dominio eterno, que no pasará, y su reino jamás será destruido! (Daniel 7:9-14)

Alguien que está cerca de Daniel le da una interpretación en buen estilo apocalíptico.

Las cuatro grandes bestias son cuatro reinos que se levantarán en la tierra, pero los santos del Altísimo recibirán el reino, y será

suyo para siempre, ¡para siempre  
jamás!  
(Daniel 7:17-18)

El significado general de la visión de Daniel se aclara por las interpretaciones que le dan (Daniel 7:16-27). Las bestias son poderes impíos de las naciones de la tierra. En contraste con las bestias, una figura humana rodeada de nubes se acerca a Dios y recibe el dominio que les fue quitado a las bestias. La interpretación puede identificar a la figura humana con el pueblo de Dios, o bien implicar que recibe el dominio como su representante. Esta no es la única visión en que se identifican a las bestias con los impíos del mundo. Por ejemplo, el Salmo 22 se refiere obviamente a hombres malvados que persiguen al demandante justo.

Como perros de presa, me han rodeado;  
me ha cercado una banda de malvados;  
me han traspasado las manos y los pies.  
Libra mi vida de la espada,  
mi preciosa vida del poder de esos perros.  
Rescátame de la boca de los leones;  
sálvame de los cuernos de los toros.  
(Salmo 22:16,20-21)

Es posible que este enfoque refleje la caída del hombre cuando el dominio del hombre sobre las bestias (Génesis 1:26) fue desafiado a causa del pecado de Adán. Como sea, la visión de Daniel habla de la inversión de las estructuras de poder de esta era maligna. Es importante que se involucre una figura humana. Al respecto recordemos que ‘Hijo de hombre’, en hebreo y arameo (el lenguaje de Daniel 7), no significaba nada más que ‘ser humano’, y que aquí contrasta con las bestias.

¿Quién es entonces el hombre que hace tratos en los lugares celestiales para recibir el reino para el pueblo de Dios? El Nuevo Testamento declara que es Jesús, nuestro representante y sustituto. La visión de Juan habla de uno que parece Hijo de hombre, que tiene todo el poder y asume la apariencia de la visión que Daniel tuvo de Dios. Además, se identifica a sí mismo como “el primero y el último”, que es la auto-descripción del Dios de Israel en Isaías 44:6, a fin de dejar claro el hecho de que ‘fuera de mí no hay otro dios’. El Hijo del hombre es Cristo Jesús, que también es el Dios verdadero.

Hasta aquí llega nuestro análisis de los antecedentes de la primera visión de Juan. Sin embargo, también hay otro rasgo notable. La frase ‘Hijo del hombre’ está completamente basada en la apocalíptica del Antiguo

Testamento. De hecho, en esta visión no hay nada que no esté descrito en el estilo del Antiguo Testamento, excepto quizás las referencias a las iglesias (en plural) en el verso 20. Luego, cuando leemos los siete mensajes de este Hijo del hombre, el autor sigue siendo identificado en estos términos apocalípticos de la visión introductoria. De nuevo, las 'iglesias' siguen siendo la única expresión cristiana distintiva en las siete cartas.

### **La visión del cielo (capítulos 4-5)**

Este prelude de los siete sellos comienza con una visión del trono de Dios en el cielo. Nos hace recordar Ezequiel 1, donde el profeta mira las visiones extrañas, incluyendo algo semejante a las cuatro criaturas vivientes de Apocalipsis 4:6-8. El mensaje de alabanza de los veinticuatro ancianos es que se ve a Dios como Señor porque él ha creado todas las cosas. En seguida viene el drama de los sellos en el cual sólo el León, revelado como el Cordero sacrificado, es digno de abrirlos. Aquí Juan no se aparta de la expresión apocalíptica y describe a Cristo como el León y como el Cordero mediante imágenes del Antiguo Testamento.

### **Los siete sellos (capítulo 6)**

En esta sección la apertura de los sellos es, con una excepción, la señal de la manifestación de la ira de Dios. Comenzando con los 'cuatro jinetes del Apocalipsis' la serie pasa a describir el catastrófico día de la ira. Los cuatro jinetes (sellos 1-4) evocan, con algunas diferencias significativas, los pasajes apocalípticos del profeta postexílico Zacarías (capítulo 1:7-17). De nuevo, cabe hacer notar que se podría sacar esta sección de su contexto en el Nuevo Testamento y no habría modo de saber que proviene de un libro cristiano. Sólo la referencia final a la ira del Cordero puede dejar a un judío precristiano ligeramente confundido.

### **El sellado de las multitudes (capítulo 7)**

La primera parte de esta visión tampoco tiene ninguna relación obvia con el mensaje cristiano. El número perfecto de las doce tribus de Israel es sellado contra el juicio inminente. El único misterio para nuestro judío precristiano sería la omisión de la tribu de Dan y la inclusión de José junto con la media tribu de Manasés.<sup>[30]</sup> Se preguntaría si el escritor desconocía la historia de Israel, pero no discerniría en el texto la mano de un cristiano.

La segunda parte de esta visión, en la que Juan ve reunida una gran multitud de cada nación, tribu y lengua, no es evidentemente más cristiana en su vocabulario que la primera parte. Hace algunas referencias al Cordero, pero no usa el nombre de Cristo ni se refiere a su ministerio en los términos del Nuevo Testamento. La descripción final de los redimidos (Apocalipsis

7:15-17) está saturada de imágenes tomadas del Antiguo Testamento, de los profetas y los Salmos. Sin embargo, la sección de los himnos proporciona una perspectiva basada en el evangelio, como veremos en el capítulo siguiente.

### **Las siete trompetas (capítulos 8-9)**

El toque de trompetas desencadena una serie de juicios fieros sobre la tierra y la humanidad. Esta sección es típicamente apocalíptica. En los dos capítulos no hay una frase que identifique el material como cristiano.

### **El mensaje del ángel (capítulos 10-11)**

Esta sección se introduce entre la sexta y séptima trompeta como prelude para esta última. El ángel habla al sonido de siete truenos y anuncia que ya no hay más demora, que “en los días en que hable el séptimo ángel, cuando comience a tocar su trompeta, se cumplirá el designio secreto de Dios, tal y como lo anunció a sus siervos los profetas” (Apocalipsis 10:7). Luego sigue una serie de alusiones a sucesos del Antiguo Testamento. De forma similar a la experiencia de Ezequiel, a Juan se le dice que se coma el rollo (Ezequiel 2:8; 3:3). Después se le dice que mida el templo, como al hombre de la visión de Ezequiel. (Ezequiel 40:3). Ve un candelabro y dos olivos, a semejanza de la visión de Zacarías (Zacarías 4:11-14). Son identificados como los dos testigos de Dios que tienen el poder de obrar las señales y prodigios que Elías y Moisés hicieron. Finalmente, los testigos son asesinados por la bestia, pero luego resucitan y son llevados al cielo. De nuevo, excepto por la referencia a la crucifixión del verso 8, esta sección es netamente del Antiguo Testamento. Sólo cuando suena la séptima trompeta escuchamos una voz en los cielos hablando del hecho de que el reino de Cristo ha llegado (Apocalipsis 11:15-18).

### **Las visiones de las bestias (capítulos 12-14)**

Primero, Juan ve la guerra entre el dragón y la mujer que lleva al niño. El dragón, que es Satanás, es derrotado y luego una voz declara que el reino de Dios y la autoridad de Cristo han venido. Segundo, Juan ve una bestia surgiendo del mar. Toda la descripción es muy similar a la visión de Daniel 7, excepto que hay solamente una bestia. Esta bestia parece prevalecer sobre los santos y ganar la lealtad de aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero. Aparece una segunda bestia, que se le une para conquistar al mundo. A todos los hombres traídos al dominio de la bestia se les pone su marca.

Entonces Juan ve al Cordero en el monte Sion con los 144,000, marcados con el nombre del Padre. Tres ángeles emergen con severas advertencias de juicio. Una voz anuncia la bendición de aquellos que mueren en el Señor. El Hijo del hombre se sienta coronado sobre una nube, con una hoz en su mano. El tiempo de la cosecha de las uvas de la ira ha llegado.

En esta magnífica procesión de imágenes apocalípticas Juan introduce sólo una referencia al reino de Cristo, pero está profundamente inmersa en términos del Antiguo Testamento.

### **Las siete copas de la ira (capítulo 16)**

El derramamiento de las siete copas de la ira trae terribles plagas sobre la tierra. Éstas son parecidas a las visitaciones de las plagas que ya hemos testificado. A fin de mantener la tendencia apocalíptica de Apocalipsis, esta sección no contiene ninguna terminología claramente cristiana.

### **El juicio sobre Babilonia (capítulos 17-18)**

La primera parte de esta sección mantiene el estilo apocalíptico. A Juan se le muestra Babilonia, la gran ramera. Está ebria con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús (Apocalipsis 17:6). Se sienta sobre una bestia de siete cabezas con diez cuernos. El ángel le dice a Juan que los cuernos son reyes que hacen guerra contra el Cordero, pero que son vencidos por él. La segunda parte de esta sección tiene un notable cambio a un ciclo de oráculos proféticos que anuncian calamidades sobre Babilonia. El hecho de que la ciudad histórica de Babilonia figure en la profecía del Antiguo Testamento como la ciudad maligna de la cautividad del pueblo de Dios, hace que el estilo de aquellos profetas encaje bien en esta sección. Al considerar todo, sólo la única referencia a los mártires de Jesús interrumpe el estilo y contenido del Antiguo Testamento.

### **Las visiones finales (capítulos 19-22)**

Sólo en el último grupo de visiones sobresalen algunos temas del Nuevo Testamento. Pero aun aquí están tratados en términos apocalípticos y de esa manera hacen muy poco por añadir una perspectiva evangélica a este panorama veterotestamentario. La primera visión del grupo (Apocalipsis 19:11-16) presenta otro jinete apocalíptico. Esta vez su identidad se aclara por su descripción y, sobre todo, por el nombre que se le da: El Verbo de Dios. Lidera un ejército celestial al aparecer cabalgando para ejecutar su juicio lleno de ira sobre el mundo.

A continuación, Juan ve a un ángel convocar a las aves a un festín de carne de valientes hombres de guerra. Entonces la bestia y los ejércitos de los hombres se preparan para pelear contra el jinete. Pero la bestia es capturada junto con el falso profeta y son echados al lago de fuego. Los ejércitos de los hombres son destruidos. La escena cambia (Apocalipsis 20:1-3). Un ángel captura al dragón, Satanás, lo ata y luego lo arroja al abismo por mil años. Luego los mártires de Cristo son restaurados a la vida y reinan con él por mil años. Cuando este período termina, Satanás es soltado del abismo. Reúne a sus ejércitos para una batalla en contra de los santos, pero no hay conflicto. En vez de ello, el fuego de los cielos los consume para siempre y el diablo es arrojado al lago de fuego para siempre. Nuevamente la escena cambia a un gran trono blanco de juicio (Apocalipsis 20:11-15). Los muertos están ante el trono para ser juzgados y aquellos cuyos nombres no están en el libro de la vida sufren el mismo destino que la bestia, el falso profeta y el dragón.

Finalmente, Juan tiene una visión del cielo nuevo y la tierra nueva. Describe la ciudad santa, la nueva Jerusalén, como el lugar donde reside Dios en medio de su pueblo en la tierra nueva que ellos han heredado. Es un lugar en el que se juntan todas las bendiciones previamente descritas como propias del Edén y de la tierra prometida. El conflicto ha terminado y el pueblo de Dios experimenta únicamente la presencia de Dios y el Cordero.

### **La función de las secciones apocalípticas**

¿Qué hemos aprendido de este resumen de las secciones apocalípticas del Apocalipsis? Primero, hemos visto que la apocalíptica ha sido insertada en un marco de escatología neotestamentaria. Aunque se hacen algunas referencias ocasionales a Cristo y su reino, no hacen más que identificar al sujeto que, por otra parte, es enteramente veterotestamentario tanto de forma como de contexto. Al reino de Cristo se le describe como viniendo junto con el día de la ira del Señor. La presente era maligna termina ese día. Juan nos muestra desde diferentes ángulos vívidas imágenes del terrible juicio del día del Señor. Es una horrenda serie de imágenes, cada una de las cuales desafía la mera reproducción visual. No hay secuencias cronológicas estrictamente observadas dentro, o entre las diversas series de visiones. Una sola descripción o visión apocalíptica no puede hacer justicia a la plena actividad de Dios mientras que termina con la rebelión cósmica y salva a su pueblo. Cada aspecto del orden creado, desde los poderes espirituales hasta el polvo de la tierra y los planetas inhabitados, es capturado por la convulsión de ese día.

Segundo, hemos aprendido que la amenaza de destrucción bajo el peso del juicio de la ira de Dios no es para aterrorizar a los redimidos. Están

sellados y protegidos de ese día, que no trae destrucción para ellos, sino resurrección y glorificación. Ningún poder en el cielo o la tierra puede tocar al pueblo de Dios. A los ojos de Dios ellos constituyen un número perfecto, que no permitirá que disminuya por la desgracia, la casualidad o el ataque del diablo. Lo que es más significativo es que la ira de Dios ya los ha visitado en la persona de su sustituto, el Cordero, que fue sacrificado. Ellos, unidos al Cordero por la fe, viven ahora en Él y al igual que Él reciben la misma aprobación incondicional del Padre.

El efecto global es describir la tribulación del día del Señor, el cual se hizo un tema destacado en las profecías y la apocalíptica del Antiguo Testamento. Los jinetes apocalípticos, las trompetas que anuncian una destrucción sin precedente, las copas de la ira del juicio, las bestias y los falsos profetas echados fuera, los santos sellados y asegurados (aunque atormentados por un tiempo por persecuciones y martirios), todo esto crea el escenario para el día del Señor. Por un lado, la batalla continúa en la iglesia, y por el otro se presenta en términos apocalípticos como una lucha que trasciende el orden terrenal, pero que aún continúa librándose en la tierra. La bestia y el dragón, en una asquerosa alianza de maldad espiritual, manifiestan su odio frenético al reino de Dios en la historia del mundo. El falso profeta, y todos los acusadores y causantes de problemas de la iglesia sufriente de Cristo, reúnen a toda la impía humanidad para una lucha, llamada Armagedón. Tales imágenes aterradoras podrían fácilmente sobrecoger al cristiano tímido y apocado de corazón, que lucha por sobrevivir. Pero el asunto no queda así. La ira se pone en la perspectiva del sellado de los santos. Armagedón se pone en la perspectiva del milenio.

Finalmente, supongamos que algunos lectores de Juan, de ahora y de aquel tiempo, preguntaran: “¿Cuándo sucederán estas cosas?” No hay duda de que para mucha gente la pregunta candente del libro del Apocalipsis se relaciona con el tiempo en que la tribulación habrá de ocurrir, y cuándo y dónde se luchará el Armagedón, y cuándo tendrá lugar el milenio. A menudo, en labios de lectores modernos, estas preguntas expresan su fracaso en cuanto a comprender la literatura apocalíptica y la forma en que opera. Por el mero uso de la apocalíptica Juan ha contestado todas esas preguntas: “Estas cosas sucederán en el fin, estos son eventos del día del Señor”. Sólo el evangelio, incorporado cuidadosamente por Juan en el libro, y con el cual rodea las secciones apocalípticas, nos salvará de la exasperación de la respuesta a nuestra pregunta.

## **Resumen**

Las secciones apocalípticas del Apocalipsis mantienen la perspectiva del día del Señor que pertenece a la apocalíptica del Antiguo Testamento y a los

escritos proféticos. Al seguir las visiones del Apocalipsis vemos que Juan no ha encontrado ninguna razón para desviarse de la descripción de la sucesión lineal de las dos eras. Además, un mínimo de terminología cristiana distintiva tiene lugar en las visiones. Se ha dicho suficiente para mostrar que Jesús es la figura central en el gran conflicto entre el reino de Dios y los poderes de las tinieblas que tiene lugar en el día del Señor. La perspectiva del Nuevo Testamento acerca de la superposición de las eras no es evidente en las visiones apocalípticas. Aunque sigue siendo la victoria de Cristo. Las visiones no presentan una secuencia cronológica de los eventos relacionados con el fin del mundo. En vez de ello muestran una variedad de aspectos del suceso final, de tal manera que indican diferentes dimensiones que van, desde las luchas personales del cristiano, hasta la batalla cósmica en la cual Satanás y todos sus aliados son derrotados. La apocalíptica también provee un fuerte sentido de la soberanía de Dios en nuestra salvación para que cada creyente permanezca confiado en el conocimiento de que ha sido sellado en contra del día de la ira.

## TESIS

*La perspectiva veterotestamentaria del día del Señor se mantiene en las secciones apocalípticas. Todos los sucesos del fin, que están estructurados en el Nuevo Testamento por las eras que se superponen, están descritas como si ocurriesen en un solo día no diferenciado.*

# 7

## “Digno es el Cordero que ha sido sacrificado”

### *Los pasajes de los himnos*

Cantaban con todas sus fuerzas: “¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza”!

¡Aleluya!

Ya ha comenzado a reinar el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. ¡Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria! Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero. Su novia se ha preparado. (Apocalipsis 5:12; 19:6-7)

### **La llegada del fin**

En el capítulo anterior intenté, sin entrar en muchos detalles, mostrar el énfasis de las visiones apocalípticas, y su perspectiva acerca del fin. A la pregunta “¿cuándo sucederán estas cosas?”, propuse que la respuesta de Juan es ‘en el fin’. Ahora debemos intentar aclarar la respuesta. Nuestra dificultad yace particularmente en el hecho de que las expresiones idiomáticas del Antiguo Testamento empleadas por Juan describen el fin como un simple punto no especificado en el tiempo, que marca el fin de la antigua era y el inicio de la nueva. Muchos cristianos aún luchan con la pregunta de los discípulos de Hechos 1:6: “¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?” Luchan con ella porque fracasan en ver que la respuesta de Jesús apunta al derramamiento del Espíritu Santo en el Pentecostés, e indica que la predicación del evangelio es la forma en que el reino vendría entre el período de la ascensión de Jesús y su segunda venida.

El asunto principal por el cual he estado abogando en este libro es que el evangelio era el cumplimiento de las promesas relacionadas con el reino de Dios. El evangelio es el que reestructura la perspectiva del Antiguo Testamento, como lo vimos antes, en el capítulo 4. En mi opinión, la pérdida

de la perspectiva del evangelio es lo que ha llevado a tanta confusión sobre el libro del Apocalipsis. Cuando se separa al evangelio del tema del cumplimiento de las promesas a Israel, queda un vacío. Jesucristo nos obliga a aceptar la necesidad de interpretar el Antiguo Testamento, y todas las expresiones y formas literarias, a la luz del Nuevo Testamento. Pero cuando el evangelio y la era presente de la 'iglesia' se interpretan como intromisiones entre las promesas a Israel y su cumplimiento literal y futuro, entonces interpretamos al Nuevo Testamento con la óptica del Antiguo, subordinando el evangelio al Antiguo Testamento. Y esto no puede ser.

La pregunta de los discípulos acerca de la restauración del reino mostró dos cosas, una correcta y otra que necesitaba corrección. La percepción correcta de estos hombres era que la resurrección de Jesús, que restauró su confianza en él como el redentor prometido, indicaba que el día del Señor había llegado. Estaban ahora en el *fin*. Su percepción incorrecta se debía a que aún mantenían el marco mental del Antiguo Testamento, el cual veía que la transición de una era a la otra ocurría en un solo y completo momento singular. No debemos ser demasiado críticos de su equivocada percepción, ya que se requerirían los acontecimientos de la ascensión y el derramamiento del Espíritu Santo para aclararles a los discípulos de qué manera el evangelio, como cumplimiento, modifica la forma de las promesas.

La naturaleza de cómo modifica el evangelio esta perspectiva del Antiguo Testamento ha sido estudiada en el capítulo 4; sólo basta que recordemos cuán extremadamente importante es el nuevo entendimiento del fin que nos proporciona el acontecimiento de Cristo. Es vital para poder percibir las realidades de la existencia cristiana, en particular porque ésta se caracteriza por la presencia de una tensión dentro de nosotros entre la nueva era, venida en Cristo, y la antigua, que aún existe dentro y alrededor de nosotros.

El tema de este capítulo es la forma en que Juan vence las desventajas agregadas a su uso del género apocalíptico y otras formas literarias del Antiguo Testamento que preservan la perspectiva simple y lineal de las dos eras. Mi sugerencia es que el Apocalipsis contiene un marco cuyo material está explícitamente orientado por el evangelio, el cual le impide ser meramente una obra apocalíptica judía en cuanto a la percepción del fin. Este marco consiste principalmente de las secciones de los himnos o intermedios que preceden a las visiones del día de. Señor. Podemos agregar a esto la introducción y la última de las visiones con su naturaleza claramente final.

Todo por lo que he abogado en los tres primeros capítulos tiene que ver con esta dimensión del Apocalipsis. Aunque la cantidad de las visiones apocalípticas sobrepasa el resto del material, Juan no deja duda alguna de

que el evangelio es el corazón de todo lo que él quiere decir. Así, el como Juan lo ve, es primordialmente el fin que llega con los acontecimientos históricos de Jesús de Nazaret. El *fin* vino para nosotros en la persona de nuestro sustituto, quien estuvo de acuerdo en convertirse en el Cordero sufriente y sacrificado. Suya fue la gran tribulación, suya fue la gran victoria de Armagedón en el Calvario y Él ató a Satanás. Este fue *el* acontecimiento que aseguró el reino de Dios como herencia para todos los santos. Sobre esta base se forma el patrón de nuestra existencia. El carácter de la iglesia es modelado en su Señor. Lo que vino con él y logró él para nosotros, da forma al proceso de alcanzar el fin en nosotros al tiempo que el Espíritu Santo crea y santifica la iglesia.

Pero no es simplemente que la iglesia como la congregación de los santos sea el lugar en el cual cada cristiano individual es sostenido en su lucha personal rumbo a su objetivo, ser como Cristo en su presente gloria. Es también, como hemos visto, que hasta que el Cordero sea revelado como el León, el cuerpo de Cristo debe identificarse con su cabeza en su carácter de Cordero. Así, la iglesia sufre. Pero aun así el Cordero es victorioso. Así que la iglesia, en medio de sus sufrimientos, puede saber qué es o que hay que conquistar.

Sólo cuando Cristo sea revelado con la gloria del León nosotros seremos glorificados. Hasta ese momento el día del Señor permanecerá oculto tras el sufrimiento del Cordero y mientras tanto sólo será posible percibirlo mediante la fe que el evangelio genera en el pueblo de Dios. Pero ese día es real, como afirmará todo aquel que verdaderamente cree en el evangelio. El problema de la vida cristiana es que fácilmente permitimos que la tribulación que experimentamos en la iglesia sufriente oscurezca la gloria que ya es nuestra mediante la fe en Cristo. Este es el problema que el Apocalipsis se propone rectificar. Si sólo ese objetivo y meta se tuvieran en mente podríamos ahorrarnos mucha interpretación especulativa. El principal interés de Juan no es ministrar a profetas de algún tiempo lejano, acomodados en sus sillones, sino a los guerreros de su propio tiempo que luchan por reconciliar el hecho de su sufrimiento con el hecho de la victoria de Cristo sobre el pecado, Satanás y la muerte. En ese interés él es también nuestro contemporáneo.

### **El marco del evangelio**

La introducción ya ha sido estudiada con cierta extensión, así que sólo necesitamos, por el momento, recordarnos a nosotros mismos la preeminencia que Juan le da al evangelio histórico en Apocalipsis 1 (véase capítulo 3 de este libro). Nunca debemos perder de vista el primer capítulo de Juan, especialmente cuando llegamos a la sucesión de visiones

apocalípticas. El elemento temporal que Juan emplea al principio es importante. Note lo siguiente:

Pasado:

Jesucristo, que fue el primero en resucitar, nos ha librado de nuestros pecados derramando su sangre (v. 5). Al que ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de Dios su Padre... (v. 6).

Presente:

Jesucristo es ahora soberano de los reyes de la tierra (v. 5). Es ahora pastor, guardián y gobernante de las iglesias (vv. 16, 20). Ahora está vivo y vivirá para siempre (v. 18). Tiene las llaves de la muerte y del infierno (v. 18).

Futuro:

Jesucristo aún habrá de venir con las nubes de tal manera que todo ojo lo verá (v. 7). Su venida traerá consternación a todos los pueblos de la tierra (v. 7).

No es un asunto menor lo que Juan describe con gran detalle al principio, que es la realidad presente. La visión de Apocalipsis 1:12-20 es la visión del Cristo que ya reina. La existencia cristiana es tema del tiempo presente. Por supuesto que no vivimos el presente pasando por alto el pasado o el futuro. Pero debemos vivir en el presente. Juan escribe para el presente a la luz de la pasada victoria de Cristo, el presente gobierno de Cristo, y la futura consumación del gobierno de Cristo. Y si Cristo gobierna ahora, eso significa que, en los acontecimientos pasados de su vida, muerte y resurrección, ha vencido definitivamente a sus enemigos.

Un elemento central del evangelio, como la clave de la interpretación bíblica, es que el pasado acontecimiento de la obra terminada de Cristo determine absolutamente la naturaleza del presente y del futuro. Por eso he dicho que no podemos interpretar el Nuevo Testamento, en particular el libro de Apocalipsis, a base de la perspectiva del Antiguo Testamento. Es lógico que, ya que el evangelio da cumplimiento y revela el pleno significado del Antiguo Testamento, debamos permitir que el evangelio determine el significado del Antiguo Testamento.

En términos de la estructura del Apocalipsis, observamos que el marco del evangelio se establece por los intermedios de las secciones apocalípticas. La sección introductoria es el prelude de las siete cartas. La visión celestial de los capítulos 4 y 5 es el prelude de los siete sellos. En el primer capítulo nos enfocamos en la visión de Apocalipsis 5. El Cordero sacrificado es el único digno de revelar la verdad del reino. El canto de los

ancianos hace eco de esta verdad y atribuye este mérito a los actos salvíficos de Cristo.

Digno eres de recibir el rollo escrito y de romper sus sellos, porque fuiste sacrificado, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación. De ellos hiciste un reino; los hiciste sacerdotes al servicio de nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra. (Apocalipsis 5:9-10)

Después los ángeles, las criaturas y los ancianos cantan:

¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza! (Apocalipsis 5:12)

Nótese el énfasis en el pasado acontecimiento de la muerte de Cristo como lo que crea la realidad presente del reino de sacerdotes, que es la iglesia. Se dice que los redimidos “reinarán sobre la tierra”, pero este tiempo futuro no sólo implica un tiempo remoto futuro, sino más bien un reinado en curso desde el tiempo de la redención. Ellos ya son un reino (Apocalipsis 1:6, 5:10). Pero esto no excluye el futuro remoto, porque la perspectiva del Nuevo Testamento, acerca de lo que llamamos ‘cielo’ o ‘vida eterna’, es de una existencia terrenal. Por supuesto que la tierra será renovada, pero será tierra, a pesar de todo. Algunas nociones populares del cielo tienden a ser más paganas que cristianas pues eliminan el entorno terrenal, así como la realidad corporal de los redimidos.

El siguiente intermedio ocurre al contar a la multitud sellada antes de las visiones de las siete trompetas. Son los que han sido guardados del juicio que ha caído sobre la tierra. Son los santos justificados que claman a voz en cuello:

¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!

(Apocalipsis 7:10)

Esto va seguido de otro breve himno, dándole gloria a Dios (v. 12). El anciano que le interpreta a Juan le dice que la multitud está compuesta de “los que están saliendo de la gran tribulación”

(Juan utiliza el tiempo presente aquí). La descripción posterior (tipo salmo) deja en claro que estos santos redimidos no escaparon de la tribulación, sino que pasaron por ella. El Cordero (que para Juan siempre es el Cordero que

fue sacrificado) ha forjado la salvación. La tribulación viene, pero no acaba con los santos que han lavado sus túnicas en la sangre del Cordero. La relación de esta visión con el tiempo de la vida de Juan no es lo más importante. Lo que aquí se describe son las tres fases de la salvación: justificación, santificación (incluyendo el sufrimiento) y la glorificación final. Esta perspectiva de la seguridad de los redimidos no difiere de la perspectiva de Pablo de la cadena irrompible del proceso de salvación:

A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó. (Romanos 8:30)

En el siguiente pasaje Juan describe la glorificación de los santos como la liberación final del sufrimiento.

Por eso, están delante del trono de Dios, y día y noche le sirven en su templo; y el que está sentado en el trono les dará refugio en su santuario.

Ya no sufrirán hambre ni sed.

No los abatará el sol ni ningún calor abrasador.

Porque el Cordero que está en el trono los pastoreará y los guiará a fuentes de agua viva; y Dios les enjugará toda lágrima de sus ojos. (Apocalipsis 7:15-17)

La pregunta sobre si esta glorificación debe ser entendida como algo que ocurre ahora o sólo después de la resurrección, no es el interés de este pasaje. El propósito de esta visión es asegurarles a los santos sufrientes que el acontecimiento que llevó al Cordero al trono a través de su sufrimiento, muerte y resurrección ha sellado definitivamente su destino de estar siempre con el Cordero en su gloria.

El siguiente intermedio, entre las siete trompetas y la serie de visiones de la bestia (Apocalipsis 10-11) incluye la descripción de los dos testigos de Dios cuyo testimonio evoca un temible ataque de la bestia. El sonido de la séptima trompeta (Apocalipsis 11:15) nos lleva a otra sección de himnos, como preludio de la siguiente serie de visiones. En el cielo se oye un clamor de grandes voces que dicen:

El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 11:15)

En seguida los veinticuatro ancianos adoran a Dios diciendo:

Señor, Dios Todopoderoso, que eres y que eras, te damos gracias porque has asumido tu gran poder y has comenzado a reinar. Las naciones se han enfurecido; pero ha llegado tu castigo, el momento de juzgar a los muertos, y de recompensar a tus siervos los profetas, a tus santos y a los que temen tu nombre, sean grandes o pequeños, y de destruir a los que destruyen la tierra.

(Apocalipsis 11:17-18)

El entendimiento más lógico de estos himnos es que se refieren a la gloria final del reino de Cristo y al juicio final. Es verdad que si los vinculamos con la descripción previa de los dos testigos, este parece ser el caso. Así, una vez más Juan describe la misión de la iglesia bajo ataque, pero victoriosa. Como vimos en el capítulo previo, la visión de los 'dos testigos' casi no tiene terminología específicamente cristiana. A los testigos se les describe como profetas del Antiguo Testamento. Sólo la referencia al lugar "donde también fue crucificado su Señor" (v. 8) los muestra como testigos del evangelio. Se les quita la vida al igual que a su Señor y, como Él, son resucitados y llevados al cielo. A continuación, se anuncia el reino de Cristo. Los dos testigos son una descripción de la presente era de la iglesia, caracterizada por el conflicto y la persecución. El interés de Juan por los mártires nace de la realidad de su tiempo. Por lo tanto, la muerte de los testigos no significa la destrucción de la iglesia en algún punto de la historia del mundo. Juan les vuelve a asegurar a sus lectores que ni el martirio puede contra el poder que resucitó a Jesús. La descripción que nos entrega Juan nos recuerda demasiado al sufrimiento, muerte, resurrección y ascensión de Cristo, como para ser accidental. Una vez más se le recuerda a la iglesia que su carácter y experiencia debe reflejar el carácter y experiencia de su Señor. La mención del martirio no quita este pasaje de la esfera de toda experiencia cristiana. Una vez más encontramos una afinidad con el texto de Romanos 8:

Así está escrito:

"Por tu causa nos vemos amenazados de muerte todo el día; nos tratan como a ovejas destinadas al matadero." Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

(Romanos 8:36-37)<sup>[31]</sup>

El prelude de las siete copas de la ira incluye un canto de los santos que vencieron a la bestia (Apocalipsis 15). Antes de que se anuncie las últimas plagas se ve a estos santos al lado del mar como de vidrio mezclado con fuego. La siguiente referencia a su canto, como el himno de Moisés y del Cordero, quizá sugiera que el mar representa (tal como Moisés guió a Israel

a través del Mar Rojo) la prueba por la cual han pasado. Ahí Israel presencié los actos salvíficos de Dios en juicios de ira sobre sus enemigos. Moisés entonó un canto, alabando el triunfo del SEÑOR, el divino guerrero. Ahora, en la visión de Juan, los santos entonan el himno de Moisés, y el himno del Cordero:

Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios Todopoderoso. Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones.

¿Quién no te temerá, oh Señor? ¿Quién no glorificará tu nombre? Sólo tú eres santo. Todas las naciones vendrán y te adorarán, porque han salido a la luz las obras de tu justicia. (Apo

calipsis 15:3b-4)

Aun cuando es llamado “El himno de Moisés”, este himno tiene poca similitud verbal con el cántico de Moisés en Éxodo 15. excepto tal vez en la frase:

¿Quién se te compara en grandeza y santidad?

Tú, hacedor de maravillas,

nos impresionas con tus portentos. (Éxodo 15:11b)

Las principales similitudes yacen en la perspectiva de la salvación. El himno de Moisés evoca los actos objetivos de Dios en la historia por medio de los cuales salvó a Israel. Ese acontecimiento prefiguró el verdadero éxodo espiritual logrado por el Cordero, el mediador del nuevo pacto. Las grandes y maravillosas obras de las cuales cantan los santos de la visión de Juan, son los acontecimientos históricos objetivos del evangelio. El día del Señor vino en la persona y obra de Jesucristo.

Después se nos dice que quienes entonan este canto son los que vencieron a la bestia. De acuerdo con los siete mensajes a las iglesias, esta es la victoria de la vida de fe y perseverancia, pero hecha posible solamente por la victoria de Cristo. Así, el día del Señor viene también en y por medio de la vida de la iglesia en el mundo mientras da a conocer el evangelio. Los santos de esta visión han terminado su lucha y han entrado en su recompensa. El que esto sea descrito antes de las plagas no debe preocuparnos. El patrón de la literatura apocalíptica en general, y del Apocalipsis en particular, no requiere una estricta secuencia cronológica. Es del todo apropiado que Juan describa a los santos en una gloria consumada antes de describir la tribulación final de la ira. En primer lugar, el Apocalipsis no está claramente en un estricto orden cronológico; hay repeticiones. Y, además, la naturaleza del fin, como el evangelio lo define, dificulta

determinar de los pasajes apocalípticos cualquier referencia a un sólo aspecto de la venida del fin. El hecho de que Juan se refiera a las siete plagas no significa que han de ocurrir específicamente en el momento del regreso de Cristo.

Después de vaciar las siete copas de la ira, el intermedio incluye una descripción apocalíptica de Babilonia, la ciudad ramera (Apocalipsis 17) y el oráculo profético de la caída de Babilonia (Apocalipsis 18). Luego viene el himno de la gran multitud en el cielo:

¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, pues sus juicios son verdaderos y justos: ha condenado a la famosa prostituta que con sus adulterios corrompía la tierra; ha vindicado la sangre de los siervos de Dios derramada por ella. (Apocalipsis 19:1-2)

Después Juan escucha otra vez la voz de la gran multitud:

¡Aleluya! Ya ha comenzado a reinar el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. ¡Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria! Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero. Su novia se ha preparado, y se le ha concedido vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente. (Apocalipsis 19:6-8)

Habiendo enfatizado muchas veces que la tribulación de los últimos días no puede vencer a los santos, Juan habla también del hecho de que los enemigos del reino de Dios, los malvados poderes del mundo, son condenados a sufrir una destrucción total. Una vez más se incluye una perspectiva global. Babilonia ha sido la que persigue al pueblo de Dios. La lucha apocalíptica siempre ha caracterizado a este día y era de gracia. La historia de la verdadera iglesia ha sido abundantemente rociada con la sangre de los mártires. La justicia de Dios puede parecer un sueño imposible para los oprimidos y perseguidos, pero es real. “Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Romanos 12:19). Cuando al final esta venganza sea llevada a cabo sobre los malvados, habrá comenzado la cena de las bodas del Cordero. La era del evangelio dará lugar, inexorablemente, a la destrucción final de Babilonia, la cual anuncia la consumación del reino.

Antes de llegar al epílogo (Apocalipsis 22:6-21) debemos notar algunos rasgos distintivos del último grupo de visiones. En muchos aspectos este grupo (Apocalipsis 19:11-22:5) comparte las mismas características de todas las demás visiones apocalípticas. Como vimos en el capítulo 6, la forma y estilo continúan siendo predominantemente veterotestamentarias. Cristo,

más que el Cordero, es específicamente mencionado con respecto al reino milenial (Apocalipsis 20:4-6), pero la perspectiva permanece sin cambio. Sin embargo, cuando llegamos a la visión del gran trono blanco (Apocalipsis 20:11-15) y la visión de la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:1-22:5) hay un sentido creciente de la consumación del fin. Se describe al lago de fuego como la segunda muerte, y la muerte y el hades son arrojados en él. Esta consumación ha estado anticipada en el lanzamiento de Satanás al lago de fuego para siempre (Apocalipsis 20:10). De aquí en adelante la descripción no es de un fin singular, no dividido, sino de la consumación. En muchos aspectos esta finalidad debe ser inferida del hecho que Juan no da más lugar al sufrimiento o a los ataques violentos del diablo. Las promesas y propósitos de Dios se han cumplido:

¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! El acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. El les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir.  
(Apocalipsis 21:3-4)

En el capítulo 9 consideraremos con más detalle esta visión final. Notemos aquí que, si aun Juan continúa con el estilo apocalíptico, como tan claramente lo hace, hemos de esperar alguna indicación de que la consumación es una realidad a la cual todas las cosas inexorablemente llegarán.

Finalmente, el epílogo nos regresa al presente. No hay más visiones apocalípticas aquí, sólo la realidad de la experiencia cristiana aquí y ahora. Hay un llamado urgente a encarar la realidad de que el fin es *ahora*. Al escritor se le dijo, en el antiguo estilo apocalíptico, que sellara en un libro lo que le fue revelado. Y que así debería permanecer hasta el tiempo designado del *APOCALIPSIS*, la *revelación*. Los sellos serían rotos, y se revelarían los secretos de las visiones. Este sería el tiempo del fin. Pero el ángel le dice a Juan: “No guardes en secreto las palabras del mensaje profético de este libro, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca” (Apocalipsis 22:10). No hay tiempo para sellarlo y dejarlo a un lado para el futuro. Al escribir Juan las visiones que se le ha concedido ver, en el mismo momento, el fin pende sobre el mundo. Además, mientras la tribulación del fin puede durar años, la consumación para cada ser humano está a la vuelta de la esquina. En el momento menos pensado el hombre malvado puede ser atrapado cometiendo malas obras, y el justo sorprendido practicando su justicia (v. 11). Así, independientemente de los siglos, incluso los milenios, que pasarán antes de que el universo sea consumido, cada uno encontrará

que no hay más tiempo. Para cada uno de nosotros la venida de Cristo está tan cerca, como el momento de nuestra muerte. "Dichosos los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para poder entrar por las puertas de la ciudad" (Apocalipsis 22:14).

## **Resumen**

Mientras que las secciones apocalípticas hablan del fin de esta era al estilo del Antiguo Testamento, Juan las acomoda en un marco de pasajes que imprimen en nuestras mentes la perspectiva del evangelio. El fin es el fin tal como vino a nosotros en la persona de Jesucristo. El fin es el fin que sigue viniendo en la iglesia. Y el fin es el fin que vendrá en la consumación con el regreso de Jesucristo. Esta perspectiva la proporcionan principalmente los intermedios de himnos presentados en medio de las visiones apocalípticas. Sólo en la última sección de visiones apocalípticas está reforzada la perspectiva del evangelio de los intermedios. Aquí Juan resuelve explícitamente las ambigüedades de las otras secciones apocalípticas. Esto es, él deja bien en claro que ya no hay más superposiciones de eras. Por fin el diablo es quitado para siempre y la nueva era emerge sola, a la cual finalmente los santos se adaptan.

## **TESIS**

*La perspectiva del Antiguo Testamento, que permanece sin modificación en la mayoría de las secciones apocalípticas, es modificada por el marco del evangelio en la introducción, intermedios (sección de himnos) y el epílogo.*

## 8

# “Se desató una guerra en el cielo”

## *El conflicto y Armagedón*

Se desató entonces una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron al dragón; éste y sus ángeles, a su vez, les hicieron frente, pero no pudieron vencer, y ya no hubo lugar para ellos en el cielo. Así fue expulsado el gran dragón, aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, y que engaña al mundo entero. Junto con sus ángeles, fue arrojado a la tierra. (Apocalipsis 12:7-9)

### **El conflicto es ineludible**

En el capítulo dos consideramos la realidad del sufrimiento como algo propio de la experiencia cristiana en este mundo. Vimos que lo que Jesús dijo acerca del asunto es muy pertinente con el tema del Apocalipsis: “En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). Ahora deseo dar una vista de conjunto del uso que le da Juan al tema del conflicto en el Apocalipsis. El conflicto y la tribulación están estrechamente relacionados dentro del panorama bíblico de la venida del reino de Dios. En el Antiguo Testamento las causas directas del sufrimiento y caos están a menudo declaradas sin analizar el panorama global del origen del mal en el mundo. Pero si estamos preparados para admitir la unidad esencial de la Biblia, podemos organizar la evidencia de modo de obtener un panorama general de la situación. El Apocalipsis sigue el tipo de dualismo desarrollado en la apocalíptica del Antiguo Testamento. Esto es, observamos un conflicto entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal, Dios y Satanás. Se puede considerar que tal conflicto sólo ocurre en la esfera espiritual o en los lugares celestiales, pero que repercute en los asuntos del hombre en la tierra. Una implicación inmediata y emocionante de esto es el hecho que lo que sucede en la iglesia en el mundo tiene efectos cósmicos. Tendemos a considerar nuestra lucha personal, y la de la iglesia, como residuo de la plaga del pecado. Sin embargo, Pablo, por ejemplo, nos recuerda que la lucha es contra poderes espirituales (Efesios 6:12).

No sería cierto decir que el conflicto ocurre sólo porque Dios se ha negado a permitir el desafío de Satanás. Los deístas creían en un dios que se retira del mundo y no se interesa más en él. Tal retiro no podría prevenir el conflicto, ya que la creación puede estar en armonía sólo cuando está relacionada con Dios. Algo del conflicto es entonces efecto directo del pecado, que destruye las relaciones apropiadas y armónicas dentro de la creación. El Dios de la Biblia no es el dios de los deístas. Él no ha dejado al mundo a su propia suerte. Tampoco ha dejado que Satanás despoje al mundo. En vez de ello ha desafiado el reclamo de Satanás, y ha invadido su usurpado reino en la persona de Jesucristo. Cada acto salvífico de Dios es una reprensión directa al diablo. El acto salvador de Dios fue la vida y muerte de Jesucristo. La experiencia del Cordero sacrificado fue el conflicto definitivo por el cual la redención viene a todo el pueblo de Dios.

Al entrar Cristo en la realidad humana, en nuestra existencia humana, por medio de su encarnación, entró también en el ámbito de nuestra esclavitud a Satanás. Él debía conquistar o someterse. En su propio ser Él constituyó el reino de Dios, pues era Dios y hombre, relacionándose en perfecta armonía. Es inadmisibles pensar que Cristo se hubiera podido someter a Satanás, pues equivaldría a decir que Dios pudo abdicar de su trono en el cielo y dejar a Satanás tomar su lugar como gobernante del universo. La encarnación de Cristo fue la condición preliminar necesaria para la salvación. Fue el centro del área de la acción de Dios en la existencia humana. Aquí fue donde había comenzado. Ya que el hombre había sido creado como el pináculo de toda la creación. Satanás atacó al reino de Dios en ese punto. Él había decidido atacar a Dios por medio del hombre. La tentación de Eva y el pecado subsiguiente de nuestros padres fue, en apariencia, la victoria de Satanás sobre el reino de Dios. El pecado y la muerte vinieron por medio del hombre, y de igual manera la justicia y la vida deben venir por medio del hombre:

Por tanto, así como una sola transgresión causó la condenación de todos, también un solo acto de justicia produjo la justificación que da vida a todos.

(Romanos 5:18)

De hecho, ya que la muerte vino por medio de un hombre, también por medio de un hombre viene la resurrección de los muertos. (1 Corintios 15:21)

Lo que a menudo olvidamos es que, así como el pecado de Adán tuvo consecuencias cósmicas, también la salvación de Cristo tiene consecuencias cósmicas. Toda la creación está involucrada en ambas situaciones. En otras palabras, tal como el pecado del hombre afectó

seriamente a todo el universo, de igual manera la justicia de Cristo lleva a la restauración de todo el universo. Y esto no sucede sin involucramos. El sufrimiento redentor de Cristo ocurre en el campo del conflicto entre Dios y Satanás. La muerte de Cristo en la cruz fue, de hecho, su victoria sobre Satanás; su victoria sobre todos los poderes demoníacos que nos esclavizan. Los milagros que ejecuta Jesús y en los cuales echa fuera demonios, son indicaciones de que la misión mesiánica debe incluir la victoria sobre esa dimensión de la realidad.

El conflicto entre Dios y Satanás tiene varias dimensiones que pertenecen a la naturaleza de las cosas, tal como la Biblia lo revela. El uso de Pablo de la analogía entre Cristo y Adán es muy importante. Romanos 5 es el pasaje principal que expone dicha relación. La mayoría de las personas puede entender la idea de que Adán fue el hombre que trajo el pecado a la existencia humana y que Cristo fue el hombre que solucionó dicho problema. Adán fue tentado y pecó, sacando así a la humanidad del paraíso al desierto. Cristo vino al desierto, fue tentado y resistió al diablo, abriendo así el camino de regreso al paraíso. El argumento de Pablo, sin embargo, es un poco más complicado que eso. Él dice que Adán representó a toda la humanidad, de tal manera que su pecado fue nuestro pecado. De forma similar, Cristo representa la totalidad de la nueva humanidad de tal manera que su rectitud es nuestra rectitud.

Llevemos este argumento a otro nivel. Debido a que todos nosotros, en virtud de nuestra unión con Adán, compartimos su culpa, entonces expresamos este pecado original viviendo una vida pecaminosa. Así también, en virtud de nuestra unión por fe con Cristo somos considerados justos como él lo es y así expresamos dicha rectitud en nuestras vidas. Por supuesto que no la expresamos perfectamente debido al pecado que permanecerá en nosotros hasta que seamos completamente redimidos. El meollo es que la vida del hombre es un reflejo de lo que él es en su cabeza representativa. Si somos de Adán, entonces expresamos la naturaleza de Adán. Si somos de Cristo, entonces expresamos la naturaleza de Cristo. Se ha hecho énfasis constantemente en este estudio en que el Cordero imprime su carácter sobre el cuerpo de los que se unen a él por la fe. Esto es, la iglesia asume el carácter de su cabeza. El conflicto del Cordero con Satanás también es un acto sufriente y un acto redentor. Esa es la razón por la cual la iglesia seguirá sufriendo hasta que el Cordero sea revelado en toda su gloria de León.

Una implicación más de esto es que el sufrimiento del Cordero como nuestro representante y sustituto, el cual es el conflicto con Satanás, continúa reflejándose en su pueblo. El sufrimiento de la iglesia y el conflicto con Satanás reflejan la gran batalla que llegó a su punto máximo en el

Calvario. Lo que fue hecho por nosotros en la persona de nuestra cabeza representativa, se refleja en nuestras vidas hasta la consumación, cuando llegue el golpe final y el mal sea echado fuera para siempre.

### **El conflicto para nuestra justificación**

El tema del conflicto, como los demás aspectos de los actos salvíficos de Dios, pertenece a las tres dimensiones de la salvación: justificación, santificación, y glorificación. Al respecto, el Nuevo Testamento muestra que los ataques contra los poderes demoníacos y su expulsión dependen de la primera de estas dimensiones, la cual es el evangelio. La victoria de Jesús sobre los demonios, como se registra en los Evangelios, es el tema central del conflicto. Por ejemplo, en Lucas 11:14-23 tenemos el relato de la expulsión de un demonio, lo que provoca que los oponentes de Jesús argumentan ilógicamente que está en alianza con el diablo: “Éste expulsa a los demonios por medio de Beelzebú, príncipe de los demonios”. Obviamente Satanás no intentó arruinar su propio dominio. Pero, dice Jesús, “si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Reina Valera 60). Es probable que Jesús haya usado esta inusual metáfora del poder de Dios (*mano* y *brazo* se usan con mayor frecuencia para denotar poder) para evocar el suceso cuando los magos del faraón fueron forzados a admitir su derrota ante el poder superior del Dios de Israel (véase Éxodo 8:19).

El tema del conflicto en los Evangelios nos muestra también el inquietante hecho de que todo el género humano está atrapado en la guerra entre Cristo y Satanás. En el exorcismo que acabamos de mencionar, Jesús sigue diciendo: “El que no está de mi parte, está contra mí; y el que conmigo no recoge, espalice” (Lucas 11:23). Estas palabras están dirigidas a los que estaban allí que lo acusaban de usar poderes demoníacos para echar fuera demonios. En el relato de Marcos, la acusación está ligada con la blasfemia contra el Espíritu Santo (Marcos 3:29-30). En otro lugar, Jesús les dice a sus oponentes: “Ustedes son de su padre, el diablo, cuyos deseos quieren cumplir” (Juan 8:44). Este dominio demoníaco sobre el género humano se destaca más que en cualquier otro lugar en la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo (Mateo 16:13-23). Pedro confiesa: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Jesús responde: “Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo”. Sólo Dios podía darle ojos a un hombre pecador para reconocer a su Cristo. Pero este mismo hombre aún es capaz de pensar como un hombre lleno de pecado. El Cristo de Dios debe morir para redimirnos. “¡Esto no te suceda jamás!” dice Pedro. La reprensión de Jesús debe haberlo herido en lo vivo: “¡Aléjate de mí, Satanás! Quieres hacerme tropezar: no piensas en las cosas

de Dios, sino en las de los hombres" Aquí yace la desagradable verdad: cuando un hombre reconoce a Cristo lo hace por la gracia de Dios; cuando piensa como hombre es un emisario de Satanás.

Así se desarrolla el patrón. Jesús trae la redención y el reino de Dios y lo hace sólo mediante el pago con su propio sufrimiento y muerte. Echa fuera demonios solamente porque ha desviado las flechas de la tentación de Satanás en el desierto, y está determinado a seguir el rumbo de la obediencia total a la voluntad de su Padre. El misterio de la iniquidad es tal que no podemos entender por qué Satanás trata, por un lado, de desviar a Jesús de su sufrimiento redentor, y por otro de seguir siendo el agente que causa dicho sufrimiento (véase Hechos 2:23). Sí sabemos que el conflicto fue decidido por el acto redentor de Cristo: "y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Colosenses 2:15, RV 60). De su muerte venidera Jesús dijo: "El juicio de este mundo ha llegado ya, y el príncipe de este mundo va a ser expulsado. Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo" (Juan 12:31-32). El evangelio es el poder de Dios para vencer los poderes del mal. Los discípulos recibieron una muestra de esto cuando los setenta fueron enviados a predicar la buena noticia de que "El reino de Dios ya está cerca de ustedes" (Lucas 10:8-18). Cuando regresaron regocijándose de que incluso los demonios se les sometían, Jesús les dijo "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo".

### **El conflicto en nuestra santificación**

Ya hemos establecido que Satanás ganó su dominio sobre el universo por medio de su entrada en la arena de la existencia humana. El acto redentor de Dios, como un bisturí de cirujano atacando a un cáncer maligno, debe tener lugar en la misma arena. La obra justificadora de Cristo, en su vida y muerte, incluyó la victoria sobre el poder de Satanás en el mundo. En capítulos anteriores ya hemos discutido la estructura de salvación, la cual se aplica ahora al área de la victoria de Cristo sobre Satanás. Lo que Cristo hizo por nosotros tiene sus efectos en todos los creyentes en la forma de la santificación. Lo que ya somos en Cristo (victoriosos sobre Satanás) comienza a tomar forma en nuestra experiencia mientras el Espíritu Santo nos conforma cada vez más a la realidad que es en Cristo. La lucha cristiana es contra el mundo, la carne y el diablo.

Cuando Pablo concluye la carta a los Efesios y pasa de los aspectos prácticos de la vida (Efesios 5:1-6:9) al tema de la guerra espiritual (Efesios 6:10-18), no aborda ningún tema nuevo. Los aspectos prácticos de la vida diaria en un mundo hostil son la guerra espiritual contra los principados y potestades. Al instarnos a ponernos toda la armadura de Dios, Pablo no se

aparta con ello de su propia perspectiva, es decir, al permanecer firmes y asirnos a la verdad de nuestra justificación, vivimos la vida de santificación. El evangelio obrando en el creyente, en las congregaciones de creyentes, es la demostración a todos los poderes espirituales de que Cristo ha triunfado (Efesios 3:10-13).

### **El conflicto de la glorificación**

La pregunta de por qué la derrota definitiva de Satanás en la cruz no fue su destrucción final es la misma pregunta de Hechos 1:6 acerca de Cristo restaurando el reino (véase el capítulo 7). A Dios le ha placido, en su sabiduría, traer muchos hijas e hijos a la gloria por medio de la predicación del evangelio en la era presente. Pedro describe esto como la paciencia de Dios dando oportunidad de que la gente se arrepienta. “Pero”, dice él, “el día del Señor vendrá como un ladrón” (2 Pedro 3:8-13). En este contexto el día del Señor se refiere a la consumación del reino. La consumación de la victoria de Cristo será la abolición y destrucción total y completa de Satanás, pero esto puede ser sólo gracias a que Cristo ha ganado ya la victoria sobre Satanás en la cruz. La expulsión final no es una nueva obra redentora de Dios. Es la manifestación de la victoria de la cruz en todo el universo al tiempo que Dios hace todas las cosas nuevas. Cuando Satanás sea arrojado al lago de fuego (Apocalipsis 20:10), todo conflicto, sufrimiento y muerte, terminan por siempre y para siempre.

### **El conflicto en el Apocalipsis**

Con este panorama general de la guerra espiritual, ¿qué debemos hacer con el tema del conflicto en el libro del Apocalipsis? Hagamos primero un resumen del conflicto tal como ocurre a través del Apocalipsis.

#### *La iglesia en el mundo descrita en los siete mensajes (Apocalipsis 2-3)*

Cada uno de los mensajes describe algunos aspectos de la lucha. No es un sufrimiento pasivo, sino un producto del conflicto que surge de proclamarnos a favor de Cristo. La persecución es la obra del diablo:

No renegaste de tu fe en mí, ni siquiera en los días en que Antipas, mi testigo fiel, sufrió la muerte en esa ciudad donde vive Satanás. (Apocalipsis 2:13b)

Ahora, al resto de los que están en Tiatira, es decir, a ustedes que no siguen esa enseñanza ni han aprendido los mal llamados ‘profundos secretos de Satanás’. Eso sí, retengan con firmeza lo que ya tienen, hasta que yo venga. (Apocalipsis 2:24-25)

Voy a hacer que los de la sinagoga de Satanás, que dicen ser judíos pero que en realidad mienten, vayan y se postren a tus

pies, y reconozcan que yo te he amado. (Apocalipsis 3:9)

Otros luchan contra su enemigo interno, contra la inmoralidad, la falsa doctrina y contra el letargo y la complacencia en la iglesia. Pero a todos se les da la promesa de que la bendición final es para el que vence, que conquista en esta constante guerra contra el mundo, la carne, y el diablo.

#### *Dios en conflicto con un mundo lleno de pecado (Apocalipsis 6-7)*

La apertura de los sellos lleva a juicios terribles sobre el orden creado. Esta es la última manifestación de la maldición de Génesis 3. Pero los santos están sellados en contra de este juicio por la obra redentora de Jesucristo. De no ser así, quedarían atrapados en la destrucción.

El mismo tipo de conflicto se encuentra en las visiones de las trompetas (Apocalipsis 7-8). El horror desatado aquí es aquello a lo que la humanidad se ha sometido en su rebelión contra su creador. El diablo no tiene puestas las miras en ser un gobernante benefactor, sino sólo en destruir. Hay una ironía divina en el hecho de que los poderes de las tinieblas realmente sirven al propósito de Dios al atraer sobre ellos su propia destrucción.

#### *La bestia emerge como el adversario de la iglesia (Apocalipsis 11)*

La predicación del evangelio por los dos testigos tiene una poderosa oposición por la bestia del abismo sin fondo. Los testigos sufren un golpe fatal y entonces hay regocijo en la tierra por la aparente derrota del pueblo de Dios. Pero la resurrección de los testigos va acompañada por una terrible retribución sobre sus enemigos. Los coros celestiales cantan alabanzas a Dios, porque su reino ha vencido a los poderes del mundo.

#### *La guerra en el cielo y en la tierra (Apocalipsis 12-14)*

La descripción apocalíptica del dragón persiguiendo a la mujer con el niño (Apocalipsis 12:1-6) muestra la interrelación de los poderes espirituales en los lugares celestiales y los conflictos terrenales que involucran al pueblo de Dios. Lo que ocurre en el cielo está entrelazado de manera inseparable con lo que sucede en la tierra. Luego se desata la guerra entre Miguel y el dragón. Satanás, el dragón, es vencido y arrojado a la tierra. Está claro a partir de la interpretación dada por la voz celestial que su caída se debe a la obra redentora de Cristo y no a una primitiva caída cuando era siervo de Dios:

Han llegado ya la salvación y el poder y el reino de nuestro Dios; ha llegado ya la autoridad de su Cristo. Porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y por el mensaje del

cual dieron testimonio; no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte. (Apocalipsis 12:10-11)

Así, la batalla angelical y celestial corresponde a la derrota de Satanás por los victoriosos santos que vencieron por medio de la conquista de su salvador y sustituto, Cristo.

Enseguida Juan ve una visión de dos bestias que representan al dragón, del cual ejercen su autoridad para engañar a las personas y hacer que adoren a las bestias. A los que no adoren a las bestias se les quita la vida. A todos los seguidores de la bestia los marcan con un número humano: 666. Pero luego hay una gloriosa visión del Cordero sobre el monte Sión con todos los que le pertenecen, los que tienen la marca del nombre del Padre. Dos ángeles que vuelan en medio del cielo llaman a los habitantes de la tierra con el mensaje de gracia y el mensaje de juicio. Un tercer ángel da una advertencia de las terribles consecuencias de adorar a la bestia. “En esto” dice Juan, “consiste la perseverancia de los santos, los cuales obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles a Jesús” (Apocalipsis 14:12). Después la escena cambia y ya no es el Cordero, sino las visiones del Hijo del hombre, de Daniel 7, quien comienza la cosecha de las uvas de la ira.

#### *Las copas de la ira (Apocalipsis 16)*

Nuevamente vemos el conflicto entre Dios y su creación rebelde. La tierra se ha convertido en el dominio de la bestia, el archienemigo de Dios. Como en las visiones previas de los sellos y de las trompetas, la maldición de Dios sobre la creación se extiende en los terribles actos de juicio que alcanzarán a los hijos de Adán que escogieron convertirse en hijos del diablo. La conexión entre el diablo y un mundo pecaminoso es clara desde el derramamiento de la quinta copa sobre el trono de la bestia, así que los hombres se muerden la lengua en agonía y maldicen al Dios de los cielos (Apocalipsis 16:10).

Una vez más vemos a los poderes de las tinieblas apresurándose a traer sobre sí mismos su propia caída. La sexta copa de la ira agita a los espíritus demoníacos para reunir a los malvados poderes del mundo para la batalla del gran día del Dios todopoderoso. Esto es Armagedón. La última copa de la ira es derramada sobre Babilonia, símbolo de todas las fortalezas de Satanás entre los hombres.

#### *La muerte de Babilonia (Apocalipsis 17-18)*

La séptima copa es el prelude de una descripción mas detallada de la destrucción de Babilonia. Babilonia es ‘la gran prostituta’ (la imagen bíblica de la idolatría y apostasía). Ella está ebria de la sangre de los santos. Los

poderes del mundo hacen guerra contra el Cordero, pero son vencidos por éste. Entonces la lógica del mal surge nuevamente al tiempo que la bestia hace guerra contra la prostituta (Apocalipsis 17:16-17). El mal no puede preservar el orden sino sólo acabar con él. Es el juicio de Dios el que condena al mal a su autodestrucción.

### *El guerrero divino del día del Señor (Apocalipsis 19-20)*

La visión de Juan del jinete montando un caballo blanco es magnífica y terrible. Viene a golpear a las naciones con la espada de su boca y a gobernarlas con vara de hierro. Este señorío universal se revela en su nombre: Rey de Reyes y Señor de Señores. Nuevamente se manifiesta el conflicto espiritual en la tierra. La bestia reúne las fuerzas de los reyes de la tierra para hacer guerra contra el guerrero divino. Hay una matanza terrible y la bestia y el falso profeta son arrojados al lago de fuego. Ahora viene el controversial pasaje del milenio (Apocalipsis 20). Juan ve que un ángel toma a Satanás y lo ata en el abismo por mil años. Los santos martirizados resucitan y reinan con Cristo por mil años. Luego Satanás es soltado del abismo para reunir a sus fuerzas contra los santos. Pero no hay confrontación, porque fuego del cielo consume al enemigo. Entonces el diablo es lanzado, finalmente y para siempre, al lago de fuego. El conflicto ha terminado. Sólo queda el juicio del gran trono blanco, que separa a los redimidos de los perdidos. El cielo y la tierra pasan y el día eterno despunta en nuevos cielos y nueva tierra, lugar donde moran Dios, el Cordero y la multitud de los redimidos.

### **Conflicto en el Apocalipsis y el evangelio**

Ahora debemos tratar de poner algún orden en estas series de expresiones del conflicto espiritual. Debemos permitir que el evangelio sea la clave de nuestro entendimiento. No hay razón para suponer que Juan tenga una perspectiva del conflicto muy diferente a la de los demás escritores del Nuevo Testamento. En realidad, hemos observado que sigue la misma senda de un pensamiento centrado en el evangelio. En este punto es crucial admitir la perspectiva apocalíptica del libro del Apocalipsis. En otras palabras, la venida del día del Señor está descrita por las grandes luchas apocalípticas que implican al dragón, la serpiente, el falso profeta, y los reyes de la tierra contra Cristo y sus santos. Los grupos de visiones repiten el mismo tema una y otra vez, pero de diversos aspectos. Debo repetir que la pregunta acerca de cuándo sucederá esto sólo puede ser contestada por la referencia al fin. Deberíamos de tratar siempre de ponernos los zapatos del judío nutrido en el Antiguo Testamento cuando leemos las visiones apocalípticas. Para él, el fin era un evento simple. Todas las diferentes

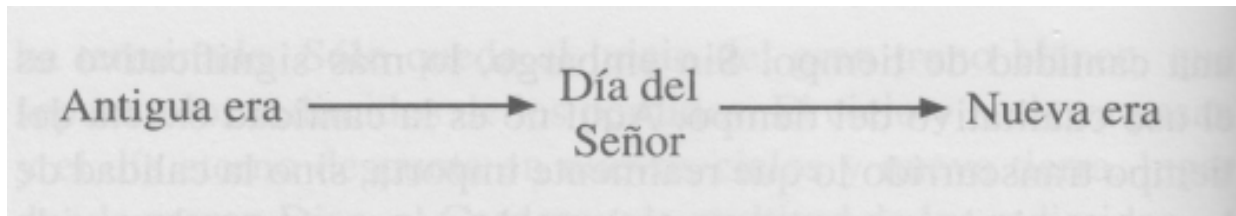
facetas del terrible conflicto y la victoria espectacular del guerrero divino pertenecen a ese día.

Además, cometemos una injusticia contra la forma apocalíptica de pensar y computar el tiempo, cuando le aplicamos nuestra moderna y científica cronología. En nuestra discusión del día del Señor notamos que la Biblia trata el tiempo en términos tanto de cantidad como de calidad.<sup>[32]</sup> Estamos acostumbrados a cronometrar de una manera exacta años y meses. Pero con nuestra tendencia científica hacia la exactitud podemos impacientarnos fácilmente con la aparente falta de detalles de la Biblia. La constante repetición de números redondos -cuarenta años en el desierto, cuarenta días de tentación, setenta años de exilio y así sucesivamente- sugiere más bien un diferente acercamiento a una cantidad de tiempo. Sin embargo, lo más significativo es el uso cualitativo del tiempo. Aquí no es la cantidad exacta del tiempo transcurrido lo que realmente importa, sino la calidad de los acontecimientos que caracterizan el tiempo: por eso la venida de Cristo puede vincularse a una serie de sucesos históricos y personas identificables (Lucas 3:1-2), y por lo tanto relacionarse con un tiempo cuantitativo, o puede describírsele como el suceso que le da significado al tiempo (Gálatas 4:4). En el rechazo de Pedro de la relevancia del tiempo cuantitativo también se puede ver el aspecto cualitativo con respecto al período entre la primera y la segunda venidas (2 Pedro 3:8-10) “para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”.

La apocalíptica lleva el concepto del tiempo cualitativo a su punto más alto mediante el uso simbólico de números para expresar, no cantidades literales de tiempo en días, meses, y años, sino la calidad del tiempo. La calidad de tiempo la determina el significado de la acción de Dios en el tiempo para salvar o juzgar. El no haber tenido esto en cuenta fortaleció a los escarnecedores que se burlaban de los primeros cristianos por su expectativa del inminente regreso de Cristo (2 Pedro 3:3-4). “¿Qué hubo de esa promesa de su venida?”, preguntaban. Si Dios había prometido un ‘día de Dios’ en el cual habrían de suceder todas las palabras proféticas acerca del reino, ¿cómo es que él aún no se presenta en su gloria reinante? (Y si este era el problema en la *primera* generación de la iglesia, ¿cuánto más ahora en el siglo veinte?) Pedro nos muestra en ese contexto que *el día* del Señor no está confinado a la cantidad que podemos discernir como muchos días o años o aun milenios. Pero todavía es el día de la acción de Dios para traer el reino. Pablo dice de esta nueva era, que se ha introducido en la antigua mediante la venida de Cristo: “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Corintios 6:2, RV 60).

La invasión de la nueva era en la antigua es la causa del conflicto apocalíptico. Pero dejemos bien en claro cuál es la perspectiva que le da a

esto el evangelio. Como hemos visto, el Antiguo Testamento ve las dos eras consecutivamente:



El Nuevo Testamento modifica esto al mostrar que todos los ingredientes del fin están en el evangelio. El pecado del hombre es juzgado en la persona de Cristo en la cruz. La nueva humanidad resucita en Cristo y asciende a la diestra de Dios. Satanás es confundido y echado fuera. Su poder es quitado por el dedo de Dios. El conflicto decisivo ha tomado lugar y el reino de Cristo vence. La antigua era sigue, pero nunca volverá a ser la misma. Toda la historia subsiguiente a la muerte y resurrección de Cristo es historia del fin.

Toda historia "d.C." está en crisis porque el Espíritu Santo constantemente re replica la victoria decisiva del Calvario y la tumba vacía por medio de la predicación de la palabra del evangelio. Goliat es vencido y ahora el pueblo de Dios, armado con la victoria de su rey, el hijo más grande del gran David, atormenta a las ciudades de los filisteos con el arma invencible de la predicación del evangelio. Y no es sólo el evangelismo lo que saquea las fortalezas de Satanás, sino la batalla continua de llevar todo pensamiento cautivo a obedecer a Cristo (2 Corintios 10:3-6). El conflicto se da en la lucha de la santificación precisamente porque esta lucha es la nueva era tomándonos a nosotros, que antes éramos hijos de la antigua.

La consumación significará la remoción de los últimos vestigios de la antigua era. Si ha de haber algún gran conflicto final, será el preludio de la revelación universal de la nueva era en toda su gloria. La consumación significará que lo que realmente somos en nosotros mismos al final coincidirá con lo que somos en la persona de nuestro sustituto y representante a la diestra de Dios.

Por lo tanto, lo que la apocalíptica del Antiguo Testamento describió como un solo suceso del día del Señor, las visiones del Apocalipsis lo describen desde varios ángulos. Ningún lenguaje visual por sí solo podría ser suficiente para transmitir la totalidad de la brillantez y esplendor, la gloria y el horror, la alegría y la consternación del día del Señor. Cada serie de visiones sirve como base para la siguiente, hasta que se logra el efecto deseado. Déjeme subrayar nuevamente que el Apocalipsis no fue escrito para profetas sentados cómodamente en su sillón, con sus gráficas de los acontecimientos históricos del siglo veinte y sus intrincados diagramas del fin de la era, sino para los cristianos hostilizados del primer siglo de la

provincia del Asia Menor, que vivían a nivel de subsistencia. Fue escrito para darles advertencia y seguridad, para animarlos en su lucha y liberarlos del miedo del enemigo interno y externo. Con un genio para la composición que en ninguna parte es superado en la literatura bíblica, la mente inspirada de Juan no deja secreto sin descubrir, pero evita innecesarios y oscuros detalles que muchos de los lectores modernos desean atribuirle. El mensaje viene a nosotros en un ropaje desconocido, aspecto que no debería tomarse como algo increíblemente complejo.

Para los cristianos del primer siglo el conflicto era real hasta el punto de amenazar sus propias vidas. Esto no implica que la persecución y el martirio pertenecían sólo al primer siglo. La curiosa perspectiva de que la mayor parte del Apocalipsis es realmente significativa sólo para los que vivían inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo, carece de sentido en relación con la preocupación de Juan por sus contemporáneos, y para la importancia eterna del mensaje para toda esta era d.C., en la cual el pueblo de Dios lucha contra el enemigo y aguarda con anhelo la venida de su Señor.

Así que, ¿cuándo ocurre Armagedón? ¿Cuándo ocurren los grandes conflictos y los juicios de las visiones de Juan? Nuevamente nuestra respuesta es: 'en el fin'. Ésos son sucesos del día del Señor. El día del Señor ha pasado, porque Cristo ha muerto y resucitado. El día del Señor es presente, porque Cristo mismo establece su reino en esta tierra por medio de la predicación del evangelio. El día del Señor es futuro porque Cristo vendrá otra vez. Armagedón es el Calvario. Armagedón es toda conquista del evangelio que brilla en un mundo en tinieblas. Armagedón será la derrota final de esta malvada era y de su amo engañoso. Y mientras contemplamos la posibilidad del horror de una tercera guerra mundial, deberíamos reconocer que su potencial para la autodestrucción de nuestra civilización es sólo una forma más drástica de la confusión del mal por el cual éste acaba consigo mismo. A esa confusión ya le ha sido dada su forma definitiva en la Cruz, donde los malvados fueron instrumentos de la ruina de Satanás.

## **El milenio**

El denominado "milenio" de Apocalipsis 20 es parte del paquete en el cual Juan trata el tema del conflicto. Desde el principio debe expresar mis dudas sobre la tentativa de tomar este simbólico pasaje y hacer una descripción literal de un acontecimiento futuro. En esto estoy mucho más de acuerdo con la perspectiva conocida como "amilenialismo".<sup>[33]</sup> Es muy improbable, por decir lo menos, que algo tan dramáticamente significativo como un reinado de mil años de Cristo reaparecido en la tierra antes de final de esta era no se hubiera mencionado en ninguna otra parte del Nuevo Testamento.

Los argumentos a su favor dependen casi enteramente de hacer aplicaciones de forma literal de las profecías del Antiguo Testamento de tal forma que el evangelio sea reinterpretado por el Antiguo Testamento en vez de tener a Antiguo Testamento interpretado por el evangelio.

No puede pasarse por alto que el pasaje sobre el milenio (Apocalipsis 20:1-10) es uno de una serie de visiones apocalípticas. Incluso los exponentes de las interpretaciones más literales admiten que contiene elementos simbólicos. Este es uno de los pasajes que claman por ser interpretados. Al interpretar dicho pasaje debemos permitir que el simbolismo apocalíptico sea lo que es. Además, no podemos establecer un gran sistema doctrinal sobre un solo pasaje simbólico. Esto es, debemos interpretar los pasajes más oscuros de la Escritura a la luz de los más claros. Sobre todo, el evangelio debe ser nuestra clave interpretativa: la vida, muerte y resurrección de Jesucristo y todo lo que logró para nosotros. La posición literal de la perspectiva premilenial es, de hecho, mayormente gobernada por la perspectiva del Antiguo Testamento en cuanto a una sucesión lineal de las dos eras. Debo destacar que hay mucho de la perspectiva del Antiguo Testamento que el premilenialismo no percibe y como resultado mantiene su adhesión al principio imposible del literalismo. Por ejemplo, el patrón de la promesa y el cumplimiento en el Antiguo Testamento nunca es estrictamente literal. El cumplimiento de las promesas siempre va más allá de la expresión de la promesa original. Debemos recordar que el Antiguo Testamento ha preparado el camino para la perspectiva del Nuevo Testamento.

Cualquier otra cosa que digamos del reinado de mil años de Cristo en Apocalipsis 20 debe ser mantenida como parte del escenario del día del Señor. Sólo si nos olvidamos de que el concepto del milenio es aplicable a la victoria de Cristo en la cruz y en su resurrección es posible establecer el programa terrenal que los premilenialistas postulan para el futuro. La idea de que los santos resucitados y un Cristo glorificado deben regresar a la tierra (aunque todavía no glorificada) a gobernar entre su pueblo que siguen ligados a cuerpos no resucitados no tiene apoyo alguno en ninguna parte de la Escritura. Este milenio terrenal es un intento por conciliar el problema provocado por el propio hombre de dos distintas esperanzas futuras. La primera es el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento en todos sus términos israelitas, y la segunda es la consumación del evangelio. El intento de combinar ambas esperanzas destruye el principio mismo que hizo necesaria esta improbable unión. Esto es, el literalismo no puede sobrevivir porque los profetas no prometieron un futuro que involucrara tanto la literal restauración de Israel y el evangelio.

La solución literal para el problema del milenio no es ni literal ni representa el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento. No es literal en el sentido de que debe ajustar las expresiones israelitas de las profecías del Antiguo Testamento para que éstas incluyan al evangelio. La restauración involucra tanto a cristianos como a judíos, tanto a Cristo como David. El literalismo se preserva sólo a nivel externo: tierra, templo etc. No es literal en que la culminación viene en una época de tecnología moderna y no en el mundo primitivo de la profecía bíblica. Decir que los profetas escribieron a la luz de su propia era es abandonar el juego. ¡Ese es precisamente el meollo! Porque si se permite que la tecnología moderna modifique el literalismo de la profecía bíblica, ¿por qué no puede hacer lo mismo un acontecimiento más trascendente aun en la historia del mundo? Qué extraño es que se pueda acomodar la tecnología humana a la interpretación literal de la profecía, pero no así el acontecimiento más importante de toda la historia: el evangelio.

La perspectiva literal del milenio no es cumplimiento porque sus exponentes perciben correctamente que no va suficientemente lejos. La restauración terrenal no satisface las nociones cristianas milenialistas. Por eso deben tener un así llamado cumplimiento literal, el cual es sólo temporal y da lugar a la consumación permanente del evangelio. Los profetas predijeron una restauración terrenal que dura para siempre, pero el premilenialista se ve obligado a acortarla a fin de permitir que venga un reino aun más perfecto. Los mil años de Apocalipsis 20 se entienden ansiosamente como una descripción de un cumplimiento terrenal. Esto ignora el hecho de que los profetas dijeron 'para siempre', y no mil años. También ignora el hecho de que Apocalipsis 20 dice 'mil años', pero no dice nada de una presencia corporal de Cristo en la tierra durante este período.

Concluyo que la solución premilenial de Apocalipsis 20 anula casi todos los principios de la sana interpretación. Si se acepta tal postura será necesario olvidarnos inmediatamente de toda la estructuración del fin basada en el evangelio, lo cual es el fundamento del Apocalipsis (y el resto del Nuevo Testamento). Cuando damos lugar a que el concepto más claro del evangelio guíe nuestra interpretación, se nos recuerda que la vida, muerte y resurrección de Cristo establece el patrón de todos los actos salvíficos. Lo que vaya a pasar final y perfectamente en la venida de Cristo ha comenzado ya con la predicación del evangelio. Aun más importante es que la segunda venida significará la manifestación universal de lo que ya ha sucedido para nosotros en el acontecimiento del evangelio.

De acuerdo con este pasaje, el milenio es el día del Señor, el día en que Satanás es atado. Es el día de la victoria de Cristo y su reino. En un sentido, aquí es donde nosotros entramos, ya que Juan comenzó este libro con la

visión de Cristo reinando en gloria. Este es un recordatorio de que el conflicto presente no es fatal, sino una expresión de que todos los que han sido hechos un reino de sacerdotes reinan con Cristo (Apocalipsis 1:6, cf. Apocalipsis 20:6). Los mil años son, como cantidad, un período desconocido, pero un perfecto período de tiempo. En cuanto a calidad, es la exaltación de Cristo en su glorioso gobierno. Es el privilegio del cristiano que lucha por conocer que esta misma participación en la lucha y el conflicto es participar en el reinado de Cristo. Una vez más Juan anima a los santos a separar su existencia del dominio de lo meramente rutinario, lo monótono y lo insensato, como también del campo del sufrimiento sin sentido y la derrota. Apunta al hecho de que aquí-y-ahora cada cristiano puede saber que él, como individuo, tiene significado; que su identidad personal se define por el evangelio. Incluso la historia del mundo no nos puede abrumar, pues el evangelio traslada el ahora al día de la derrota de Satanás. El que se ate a Satanás no implica que ya no haya maldad ni conflicto. En vez de ello se afirma que el reino de Dios ha llegado en Jesucristo y ahora permea al mundo por medio de la iglesia cuando ésta predica el evangelio y vive por él.

## **Resumen**

El Apocalipsis les muestra a los miembros de la iglesia de todas las épocas que sus sufrimientos y su lucha contra el mundo, la carne y el diablo no son una cosa trivial ni un asunto privado. El tema del conflicto, que Juan ondea por todas partes, arrastra a todos los santos a la arena en la cual se logra la victoria de Cristo. Así como el evangelio estructura el tema del día del Señor, así muestra que hay sólo un conflicto en el que todos estamos envueltos. Inicialmente el conflicto fue completamente terminado en la vida, muerte y resurrección de Jesús. Satanás fue vencido definitivamente en la cruz. La victoria de Cristo fue por nosotros, así que todos los creyentes son considerados victoriosos en él. Luego, el mismo conflicto se manifiesta en la vida de la iglesia cuando Cristo, por medio del evangelio aplicado por el Espíritu, obra para conformar a los miembros de su cuerpo a su semejanza. Finalmente, el conflicto se resuelve en la consumación. El milenio, como una expresión de la victoria de Cristo, no puede ser restringido a la consumación o a un período previo a ésta.

## **TESIS**

*El conflicto del día del Señor se estructura por el evangelio de modo que caracteriza las tres dimensiones de la salvación: la justificación, la santificación y la glorificación. Todo el conflicto tiene que ver con estas tres dimensiones.*

## 9

# “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva”

## *La separación final*

Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar. Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido. Oí una potente voz que provenía del trono y decía: “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! El acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios”.

(Apocalipsis 21:1-3)

### **El fin de Satanás**

Hasta ahora hemos estado describiendo la situación durante el período de la superposición de las eras. Es un período de tensión, sufrimiento y conflicto. Es un tiempo de tener y no tener. Es un tiempo de caminar por fe, en el cual el creyente sabe por fe que posee todas las riquezas de Cristo, y que en la persona de su Hombre sustituto ya ha llegado a su destino, la diestra de Dios. Por otro lado, es un tiempo de seguir adelante hacia el objetivo final, de vivir en la esperanza del bendito día cuando realmente experimentaremos el objetivo con toda la claridad de percepción de que será capaz nuestro ser resucitado.

Pero una esperanza sin tiempo de cumplimiento es una desilusión. La esperanza cristiana no desilusiona, ya que sus primeros frutos fueron revelados en la historia hace dos mil años en la resurrección de Cristo. Un día ya no habrá superposición de eras, ya que la vieja era perecerá en el fuego. Todo lo que pertenece a la vieja era perecerá en la peor y más terrible de las muertes y el gran engañador será lanzado al lago de fuego. ¿Cómo podría presentarse esta transición final de las eras mediante imágenes apocalípticas que normalmente no han sido adaptadas a la perspectiva de la superposición? Si hasta ahora ha prevalecido la perspectiva apocalíptica general de la sucesión lineal de las eras en el uso que hace Juan de esta forma literaria, ¿puede ahora dársele el sentido inequívoco de la

consumación del reino de Dios? Debemos decir que sí puede: Juan lo ha hecho en Apocalipsis 20-22. Lo ha hecho quitando simplemente la ambigüedad de la imagen del fin. Sus series de conflictos y juicios que van antes han sido lo suficientemente ambiguos para ser aplicados al fin tridimensional demandado por el evangelio. Ahora con intención la ambigüedad es eliminada y se describe la consumación, “el fin del fin”.

Primero vemos cómo Juan describe la continuación del milenio. Satanás es soltado del abismo y sale para engañar a las naciones y a reunir las para la batalla (Apocalipsis 20:7-10). Su objetivo es atacar al pueblo de Dios, pero antes de que esto ocurra son destruidos por fuego del cielo. No se describe ningún sufrimiento nuevo o extraordinario de los santos. Tampoco los santos están involucrados en la remoción final de las fuerzas del mal. Algunas interpretaciones sufren por la necesidad de proyectar un nuevo orden de tribulación para los santos inmediatamente antes del retorno de Cristo. Esto tampoco lo requiere el texto, y debemos añadir, ¿no sería ninguna consolación para los ya atribulados santos que Juan quiere alentar! Este ‘algún tiempo’ en el que Satanás es soltado debe servir para otro propósito. Primero, expresa la paradoja de que Satanás, aunque derrotado y expulsado, continúa siendo el adversario que ronda como león rugiente buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8). Segundo, establece el escenario para el desenlace final. Si pudiéramos desarrollar la ilustración de Oscar Cullman de la batalla decisiva y del día victorioso, esta sería la batalla de Berlín.<sup>[34]</sup> O nuevamente, para cambiar la analogía, esto es una especie de enfrentamiento cumbre, en el cual se hace finalmente efectiva y pública la derrota del enemigo. La superposición de las eras ya es un suceso pasado.

Con un colorido final Juan describe lo indescriptible. Por última vez el genio apocalíptico encuentra su plena justificación. Entretejiendo las imágenes evocadoras del Antiguo Testamento con los elementos distintivos del evangelio, Juan crea una tapicería de brillantez increíble. Se representa al jardín del Edén, Canaán, Jerusalén y Jesucristo como el nuevo templo, con una maestría que va más allá de las meras palabras. Nunca le fue dado a ningún otro escritor del Nuevo Testamento recrear para nosotros tan vívidamente la riqueza que poseemos en Cristo.

### **El significado del cielo**

Es significativo que Juan haga uso del concepto de Isaías en cuanto a la regeneración. Muy a menudo el cielo es considerado como una realidad indefinida, aunque feliz, donde se experimenta una existencia espiritual sin forma. Podríamos reírnos de la representación común y caricaturesca que muestra personas con halos, alas en sus espaldas, arpas en sus manos y de rodillas en las nubes. Desafortunadamente esta es una concepción

demasiada cercana a la que los cristianos tienen del cielo. Se le considera como una especie de no creación, en la cual somos finalmente despojados de las cosas materiales, especialmente de los terrones que llamamos nuestros cuerpos. Podríamos estar tentados a pensar que Juan usa imágenes terrenales del Antiguo Testamento, asumiendo que sabremos cómo espiritualizarlas. Pero tal aproximación pagana es verdaderamente impensable. El Nuevo Testamento simplemente no nos permite abolir del todo lo que podríamos llamar -controversialmente quizá- la perspectiva del cielo del Antiguo Testamento, y la razón es que Jesucristo tomó sobre sí nuestra humanidad, incluyendo su lado físico, para siempre.

La encarnación de Dios en Jesucristo, y su resurrección y ascensión corpórea, establecen un aspecto importante de la perspectiva del Antiguo Testamento con respecto al reino de Dios. Me refiero a la creación física. En el principio Dios creó los cielos y la tierra, es decir, la tierra con el cielo que la rodea. Esta creación de todo lo que existe es vista por Dios como 'buena'. Está destinada a la corrupción por medio del pecado y, finalmente, a la destrucción por medio de fuego. Pero como los actos salvíficos de Dios en el tiempo y la historia dentro de este universo físico proyectan la realidad del reino de Dios, así el universo por sí mismo está destinado, por medio de la renovación, a ser parte de ese reino. Este es el marco de la doctrina bíblica de la regeneración.

Veámoslo de otra manera. Cuando Dios creó los cielos y la tierra y puso al hombre en el Edén, la naturaleza del hombre era vivir en relación con Dios, como su compañero, con los animales y con la creación física. El pecado afectó gravemente esas relaciones de tal manera que lo que Dios había generado (creado) se degeneró. La muerte se asentó sobre la creación. El evangelio, sin embargo, estaba en la mente de Dios aun antes de la creación del universo, como el medio por el cual todas las cosas serían regeneradas o re-creadas. Todas las imágenes del Antiguo Testamento de la salvación del pueblo de Dios involucran el restablecimiento de la relación original entre Dios, el género humano y el resto de la creación. El hombre fue creado como un ser físico en un ambiente físico. Esto de ninguna manera quita mérito a la verdad de que también había sido creado como un ser espiritual en un ambiente espiritual, esto es, en relación con Dios.

Así, cada imagen de la salvación en el Antiguo Testamento incluyó tanto la regeneración de lo físico como de lo espiritual. Para Noé fue la dura realidad de un pequeño mundo totalmente encerrado en el arca. Para Abraham y sus descendientes israelitas, la fructífera tierra de Canaán era como el nuevo jardín del Edén para el pueblo de Dios. En los profetas se proyecta el mismo entorno israelita como un logro futuro en el cual estará toda la gloria del reino de Dios, pero en un ambiente físico. La salvación

significa *toda* relación restaurada, lo cual incluye no sólo la regeneración moral, sino física y mental. Ya no habrá enfermedad, y la pena y el sufrimiento desaparecerán. La rectitud gobernará a la gente. El lobo vivirá con el cordero. El desierto florecerá como la rosa.<sup>[35]</sup>

No solamente se perpetúa la imagen del fructífero Edén, sino que las estructuras político-religiosas de Israel se establecen como modelo del futuro reino de Dios. Así como David fue ungido como rey y a su hijo se le prometió el trono para siempre (2 Samuel 7:11-14), así será el nuevo David que gobernará en el reino de Dios. El templo se convierte en el punto focal de este gobierno porque representa la habitación de Dios entre su pueblo, igual como lo fue el tabernáculo anteriormente. El reino de Dios se centrará en el restaurado y glorificado templo en el monte Sión. En Apocalipsis 22 Juan recrea la bella imagen de Ezequiel. Aquí (Ezequiel 47) vemos el templo como la fuente de toda vida. De la habitación de Dios fluye el río de vida que de manera sobrenatural crece a medida que avanza. Convierte la desolada región del Arabá -el valle del Mar Muerto- en un nuevo jardín del Edén.

Ninguna concepción del cielo está completa sin esta regeneración total de los cielos y la tierra. Vemos que realmente la palabra cielo tiene un doble significado. Es la palabra para firmamento y, tal vez, el lejano universo. Como tal, este es simplemente la cubierta indispensable para el mundo físico donde vivimos. Se usa en este sentido en Génesis 1:1, Isaías 65:17 y Apocalipsis 21:1. Pero el hombre del Antiguo Testamento también llegó a reconocer que puesto que Dios era más grande que la tierra creada por él, él debía morar más allá del firmamento. Así, el cielo llega a significar el lugar 'de afuera', donde Dios reside. "El cielo es mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies" (Isaías 66:1).

Esta trascendente perspectiva de 'afuera, y totalmente otro', con respecto a Dios, no debe quedarse sin ser modificada. Porque desde el principio, en la relación entre Dios y el hombre hay intimidad, así como asombro por lo trascendente. Adán y Eva, "Cuando el día comenzó a refrescar, oyeron '...que Dios andaba recorriendo el jardín'" (Génesis 3:8).<sup>[36]</sup> Dios nunca deja de ser el Dios que habita en el cielo de 'afuera' (Salmo 20:6; Deuteronomio 4:39; Job 22:12; Salmo 14:2, 33:13, 57:3, 80:14, 102:19). Pero también es el Dios que está 'aquí abajo'. Este no es el Dios inmanente del panteísmo, que no distingue entre Dios y la creación. Por medio de un acto salvífico Dios llega a nuestra existencia pecaminosa para establecer otra vez la verdadera relación entre Dios y el hombre, lo cual se indica al establecer el tabernáculo en medio de Israel como la tienda donde mora Dios (Éxodo 25:8; 29:45-46). En la historia posterior de Israel, el tabernáculo portátil da lugar al templo en Jerusalén. Debido a que el templo representa la relación entre Dios y el

hombre, no es de sorprenderse que haya tenido tanta importancia en la perspectiva profética de la venida del reino de Dios.

Como señal de 'Dios con nosotros', el templo se relaciona íntimamente con el agente humano del gobierno de Dios. El hijo de David construirá el templo, dice el profeta Natán (2 Samuel 7:12-13). El mismo príncipe Davídico es llamado 'hijo de Dios' (v. 14) -título que lo identifica principalmente como el verdadero representante de Israel (Éxodo 4:22-23; Oseas 11:1). Pero el príncipe real también es 'Emanuel' -Dios con nosotros (Isaías 7:14; 9:6-7). No sorprende, entonces, que el Nuevo Testamento combine todas esas imágenes en la persona de Jesucristo. Él es el verdadero templo (Juan 1:14, <sup>[37]</sup> 2:19-22); es el Hijo de David y también el Hijo de Dios (Lucas 3:22-38).

Regresemos ahora al tema del significado del cielo. El hecho de que Jesucristo esté ahora a la diestra del Padre en el cielo, y de que ha ido a preparar una morada para nosotros en la casa del Padre, no significa que nuestro destino final vaya a estar separado de un universo físico. Jesús llevó su propio cuerpo al cielo, y es a este hecho al que le debemos la redención y renovación del universo físico. De acuerdo con la perspectiva bíblica Juan ve el nuevo cielo y la nueva tierra y la nueva Jerusalén descendiendo del cielo y de Dios; una visión que no se debe tomar en sentido literal pues representa el toque final de la obra regeneradora de Dios. Se establece el reino que no es de este mundo. La patria celestial que anhelaba Abraham (Hebreos 11:16) no es una tierra ubicada en el cielo, sino un lugar en el que habitarán los redimidos y donde el pueblo de Dios se relacionará verdaderamente con Dios, la humanidad y el mundo. Es una habitación de Dios, una ciudad del cielo. Pero cuando se establezca en el centro de la tierra regenerada, significará que la habitación de Dios es con los hombres. Así es como la historia comenzó en el paraíso del Edén, y así es como terminará en el paraíso recuperado del reino de Dios.

Es necesario destacar un último punto al respecto. En lo personal me asombra en cuanto a lo radical que puede ser para algunos cristianos la idea de la resurrección. Incluso muchos de mi denominación (anglicana), y quienes semana tras semana recitan el Credo los Apóstoles o el Credo de Nicea, que explícitamente declaran nuestra creencia en la resurrección del cuerpo, parecen no haber entendido lo que esto implica. Por un lado, confiesan la resurrección del cuerpo y por otro parecen desenvolverse en la noción griega y pagana de la inmortalidad del alma, en un destino de eternidad sin tiempo y sin materia, en un estado espiritual etéreo. El hecho que a menudo se pasa por alto, es que la resurrección de Cristo, en cuerpo, apunta a la nuestra, y lleva con ella la garantía de la redención de todo el universo físico.

## Dios y el Cordero

En el transcurso de este estudio me he referido de vez en cuando al tema del Cordero y el León de Apocalipsis 5. Este pasaje nos proporciona una representación simbólica del mensaje de todo el libro del Apocalipsis. La paradoja de la majestad del León revelada en el sufrimiento del Cordero es la paradoja de la conquista de Dios por medio de Cristo, nuestro Salvador. Esta es la paradoja de la iglesia por medio de la cual Cristo conquista el mundo, una iglesia que puede ser el agente de esta conquista sólo por reflejar la naturaleza de su cabeza, el Cordero sufriente. Es una paradoja de la existencia cristiana individual y corporativa en tanto que cada creyente libra una lucha a muerte contra el mundo, la carne y el diablo, mientras al mismo tiempo se regocija por el hecho de que ya hemos vencido en Cristo. Es la paradoja de la superposición de las eras en la cual el reino de Dios, que ya ha irrumpido en esta era mediante Cristo, está siendo formado en nosotros y, sin embargo, sigue siendo un acontecimiento futuro. Es la paradoja del gobierno de Cristo durante mil años y el 'algún tiempo' en que Satanás es soltado.

¿Se resuelve alguna vez esta paradoja? La respuesta debe ser 'sí', y 'no'; ¡otra paradoja! Es verdad, como hemos visto, que al final la vieja era perecerá junto con Satanás y con todas las cosas que le pertenecen. La superposición de las eras desaparecerá, y la tensión de la existencia cristiana será resuelta. La iglesia dejará de ser el siervo sufriente y será la iglesia triunfante. Pero hay algunas paradojas que nunca serán resueltas. Vemos, en particular, que la Trinidad es una paradoja. Tres en uno no es algo expresable por la lógica humana. Son la similitud (unidad) y la diferencia (distinción) que caracterizan a Dios y las que siempre lo caracterizarán en nuestra relación con Él.

Juan puede expresar esta paradoja sólo en lenguaje humano. Lo que dice de Dios lo dice también de Cristo. "Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin" (Apocalipsis 1:8, 21:6, ver 22:13, 1:17-18). A las imágenes apocalípticas, que tan fácilmente han descrito a Jesucristo, o al Cordero, como si tuviera una identidad separada, no se les permite destruir la paradoja central de la fe cristiana: Dios es uno y tres. El Cordero es uno con el Padre y el Espíritu. Pero el Cordero no es el Padre, ni tampoco el Espíritu. Cuando nosotros, como pueblo de Dios, seamos llevados al fin a esta gloriosa consumación seremos perfectos, pero seguiremos siendo humanos. Y dado que aún seremos humanos, no hay razón para suponer que conoceremos a Dios como Él se conoce a sí mismo. La paradoja del ser de Dios es un misterio eterno y verdadero, no solamente una reflexión de nuestra naturaleza caída. En el reino no comprenderemos el misterio de la Trinidad. Nuestra humanidad perfeccionada será precisamente eso,

humanidad, no deidad. La humanidad perfecta se manifestará en la manera en que adoraremos delante del trono de Dios y del Cordero. El misterio seguirá siendo una eterna fuente de alabanza.

Queda una paradoja más. El constante tema de este estudio ha sido la tensión entre la gloria del León y el sufrimiento del Cordero. De hecho, he sugerido que esta tensión caracteriza al libro del Apocalipsis. Por lo tanto, se nos debe perdonar por suponer que la consumación sí revelaría a Cristo, finalmente, como el León. Sin embargo, cuando llegamos a las escenas finales de las visiones de Juan, a la plenitud del reino de los cielos, es al Cordero a quien encontramos en el trono. ¿Por qué debe ser así? Y aún más, ¿acaso este hecho no destruye la tesis de este estudio?

Recordémonos a nosotros mismos de dónde hemos venido. A Juan se le dijo que el León de la tribu de Judá había vencido y podía abrir la revelación de los misterios del reino (Apocalipsis 5:5). El León no es otro que el glorioso y exaltado Cristo, cuya visión hizo que Juan se desmayara (Apocalipsis 1:17). Sin embargo, cuando Juan voltea para ver al León, es confrontado por el “Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado”. Ahora llegamos al momento en que esperaríamos ver al León, seguimos viendo al Cordero. Obviamente debemos recordar que estamos tratando con imágenes. Juan nos da una serie de imágenes por medio de las cuales transmite la verdad de la existencia cristiana. Es lo verdaderamente asombroso del evangelio, que el gobierno del reino de Dios, representado por el León, venga por medio del sufrimiento de Cristo, representado por el Cordero. Ninguna imagen por sí sola puede representar adecuadamente estas verdades. Por eso Juan nos da una serie de imágenes que nos muestran la realidad de la venida del reino desde una variedad de puntos de vista.

Sin duda alguna, por las visiones de Juan del juicio y derrocamiento de Satanás, es verdad que el Cordero gobierna con todo el poder del León. De vez en cuando vemos a Cristo exaltado y como juez. Pero Juan nunca nos deja perder de vista la verdadera fuente de este poderoso gobierno, el sufrimiento del Cordero. Así, en la consumación, el reino mismo y la gloria de Dios revelarán la majestad de Cristo, el León de Judá. Pero el pueblo de Dios irá por la eternidad adorándolo a él como el Cordero que fue sacrificado. Ya que el reino vino mediante su sufrimiento, no es posible que el Cordero sacrificado desde la fundación del mundo pueda ser hecho a un lado, y ser olvidado. De hecho, Cristo tiene autoridad, poder y majestad para reinar por virtud de ser verdaderamente Dios por toda la eternidad. Pero Dios, en su sabiduría oculta, ha determinado que el gobierno de Cristo en su reino lo sea por virtud de su amor redentor. Nuestro destino es estar sujetos a Cristo, no solamente porque somos sus criaturas formadas por el poder de

su palabra dada en el principio, sino particularmente porque somos sus hijos, redimidos por su vida, muerte y resurrección como Dios-hombre, quien fue y es por nosotros.

### **Justificación hasta el mismísimo final**

Es necesario hacer un comentario más acerca de la forma en que Juan expresa la justificación del pecador. En Apocalipsis 14:6-12 describe los mensajes de los tres ángeles. El primero tiene un evangelio eterno para todos los pueblos a la luz del juicio inevitable. El segundo dice que el juicio ya ha caído sobre Babilonia. El tercero advierte que los aliados de la bestia sufrirán su destino. Los comentaristas difieren en cuanto a la naturaleza exacta del evangelio del primer ángel. Lo significativo es que su contexto es el juicio final. Esto está íntimamente relacionado con el continuo uso de Juan de la figura del Cordero hasta el mismísimo final. Si la justificación no estuviese relacionada con el día del juicio final, sería de verdad una cosa vana. Por una parte, al creyente se le considera justo y liberado del juicio de *todos* sus pecados, sean pasados, presentes o futuros. Por otra parte, el creyente es constantemente exhortado a resistir y perseverar hasta el final.

La presencia del Cordero en la consumación del reino es un oportuno recordatorio del importante hecho de nuestra justificación. Qué triste es cuando se tuerce la enseñanza bíblica sobre la justificación, como muy a menudo se hace, en una justificación parcial. Muchos han enseñado y aceptado una justificación que sólo perdona los pecados pasados. Han malentendido la naturaleza de la santificación. Debido a las exhortaciones del Nuevo Testamento a la vida santa, y las advertencias para no caer, suponen que nuestra justificación final se basa en la propia justicia de nuestra vida cristiana. Tener limpia la pizarra cuando nos convertimos es realmente una pequeña ganancia si entonces depende de nosotros proporcionar el nivel satisfactorio de justicia para ser aprobados el día del juicio. Además, poco importa el hecho de que en general se considera esta justicia como el resultado de la gracia de Dios que opera en nosotros. Porque a menos que lleguemos al día del juicio final con la perfección que la santidad de Dios demanda, nuestras vidas santificadas no cuentan para nada en cuanto a la justificación se refiere. El resultado de esta perspectiva truncada de la justificación solamente de los pecados pasados, es en verdad seria. Entre los protestantes lleva al perfeccionismo (una desilusión), o al legalismo que reduce la rectitud de Dios al nivel de nuestra habilidad para conseguirla. En la iglesia de Roma está ligada con el rechazo de la seguridad de la salvación y la doctrina del purgatorio.

Contemplemos entonces, con la visión de Juan, al Cordero eternamente entronizado. Gloriémonos en el hecho de que nuestra justificación, por los

méritos de Cristo, permanecerá firme ante el gran trono blanco en el día final. ¡Demos gracias y alabemos continuamente a nuestro Dios porque Cristo nos salvó hasta lo sumo! Lo más triste de contemplar dentro de la iglesia cristiana es que hay personas, jóvenes y adultos, cuya verdadera conversión es innegable, pero que todavía viven atormentadas de incertidumbre y falta de seguridad. Han perdido de vista el hecho de que la justificación abarca el pasado, el presente y el futuro (si es que alguna vez supieron tal verdad). Cuán fácilmente los pastores pueden robarle a su pueblo una rica porción de su herencia, es decir, su confianza en Dios en su diario vivir, al fallar en instruirlos cuidadosamente en la distinción entre justificación y santificación. Satanás ha hecho un gran engaño en el pueblo de Dios al oscurecer esta distinción, de tal manera que muchos creen en el evangelio para su salvación inicial, y luego comienzan a confiar en sí mismos para su propia santificación o salvación final. Dejemos que el Cordero en el cielo nos recuerde que viviremos cada día y entraremos finalmente al reino de Dios vestidos de su perfecta justicia -o no lo haremos en absoluto.

### **La cena de las bodas del Cordero**

La Biblia contiene varias metáforas del matrimonio que tienen que ver con el reino de Dios. Parece razonable sugerir que las que ocurren en el Nuevo Testamento se basan en la idea del Antiguo Testamento de que El SEÑOR, el Dios de Israel, ha tomado a Israel para que sea su novia. La relación matrimonial se describe por la unión de pacto que Dios estableció con Israel (Ezequiel 16:8-14).<sup>[38]</sup> El trato más sostenido de este tema se da en Oseas 1-3 (vea específicamente Oseas 2:19-20). Podemos no tratar el matrimonio del SEÑOR con Israel como una mera metáfora, ya que de acuerdo con Pablo el matrimonio del esposo y la esposa representa la relación de Cristo con su iglesia (Efesios 5:31-32). Esto es, el matrimonio humano apunta a y recibe significado de la relación de Cristo con la iglesia. Jesús usa varias veces la idea de la cena de bodas como celebración del reino de Dios, aunque hace énfasis en la alegría de haber sido invitado al banquete (Mateo 22:1-14, 25:1-13, véase también Mateo 9:14-15). En la parábola de la gran fiesta, Jesús hace un prefacio: "Dichoso el que coma en el banquete del reino de Dios". El énfasis aquí es sobre la fiesta como una celebración del reino, no como fiesta matrimonial (Lucas 14:15-24).

Así que ahora tenemos dos metáforas que apuntan a la realidad del reino. Primero, el matrimonio de Dios y su pueblo Israel indica la relación de pacto que, a pesar de las constantes muestras de infidelidad de Israel, un día será establecida perfectamente por medio de la redención y renovación del pueblo. Segundo, el compañerismo de la comida expresa la unión de

Dios con su pueblo en el reino y también celebra el gozo del reino. Aunque la última cena fue dispuesta como la pascua judía y apuntaba a su cumplimiento en la muerte de Cristo, también era una importante referencia a la bendición final del reino de Dios. Jesús les había dicho a sus discípulos: “Les digo que no beberé de este fruto de la vid desde ahora en adelante, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre” (Mateo 26:29). Debemos permitir que todas esas imágenes sean fluidas, es decir, que sean capaces de ser adaptadas y cambiadas a fin de ajustarse al énfasis requerido. La parábola de la fiesta de bodas (Mateo 22:1-4) y la de las diez vírgenes (Mateo 25:1-13) no mencionan a la novia. El pueblo de Dios está representado por los invitados. De hecho, este es el énfasis en la referencia de Juan en Apocalipsis 19:9: “¡Dichosos los que han sido convidados a la cena de las bodas del Cordero!” Pero aquí los invitados seguramente no son diferentes de la novia mencionada dos versos antes “Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero. Su novia se ha preparado”.

¡Así que el pueblo de Dios es la novia y los convidados! Todo esto significa que ninguna imagen por sí misma es suficiente para describir la relación de los cristianos con su Señor. Al mismo tiempo es el amado socio de pacto y el honorable invitado a la celebración. Ambos énfasis tienen un papel a desempeñar en nuestro entendimiento de lo que significa ser el pueblo de Dios. A esas debemos añadir una imagen más, la de Apocalipsis 21. Aquí Juan ve un cielo nuevo y una tierra nueva y la nueva Jerusalén: “que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:2). Nuevamente un ángel le dice a Juan:

Ven, que te voy a presentar a la novia, la esposa del Cordero.  
(Apocalipsis 21:9)

A Juan se le muestra la nueva Jerusalén, y describe su belleza y magnitud: ¡un cubo que mide de base unos 2200 kilómetros! Jerusalén, la ciudad de Dios, es la gente. Para redondearlo de otra forma: el pueblo de Dios está donde Dios habita. Esto cumple más perfectamente todo lo que el pacto con Israel debía significar. Es una relación que puede existir porque Jesucristo mismo era el nuevo templo, la habitación de Dios con nosotros. Como Dios y hombre, era Dios y el verdadero Israel.

Así, mientras Juan ve descender a la nueva Jerusalén, la voz declara:

¡He aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios!  
Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo;  
Dios mismo estará con ellos y será su Dios.

(Apocalipsis 21:3)

Se podría decir que este versículo resume y contiene el mensaje completo de la Biblia. Toda la historia del pacto y la redención están detrás de esta gloriosa afirmación. Cada aspecto de la esperanza de Israel: el pacto, la redención, la tierra prometida, el templo, Sion, el príncipe davídico, el nuevo Edén, está entrelazado en esta simple pero profunda declaración: *entre los seres humanos está la morada de Dios*. De manera indirecta Juan utilizó el tema del matrimonio para expresar esta relación. Jerusalén, no una ciudad de ladrillos y cemento, sino una ciudad de personas redimidas por la sangre de Cristo, es la morada de Dios. Todo aquel que venza es hijo de Dios en esta ciudad y hereda todas las riquezas del reino (Apocalipsis 21:7). El uso simbólico del número 12, representando las doce tribus de Israel, los doce apóstoles, y sus múltiples en la ciudad cúbica, apuntan a la misma perfección y estado completo que vimos en los 144,000 de los redimidos de Apocalipsis 7.

La personificación de Jerusalén como novia del Cordero es totalmente consistente con la personificación de otras imágenes de la esperanza del Antiguo Testamento, en particular la del templo que, sobre todo, significaba la presencia de Dios. Pero, como ya hemos visto, el templo se cumple en el nuevo templo que es Cristo mismo. Jesús de Nazaret era Dios y hombre y, como tal, era el tabernáculo de Dios en el hombre (Juan 1:14). Él declaró que su cuerpo era el nuevo templo (Juan 2:19-21). Ahora crea el templo mediante su Espíritu al habitar dentro de los redimidos (Efesios 2:19-22; 1 Pedro 2:4-10).<sup>6</sup> El pueblo que pertenece a Cristo es el que puede ser llamado el templo, ya que Cristo mora en medio de ellos por su Espíritu. Así, en la nueva Jerusalén de Juan ninguna estructura simbólica puede desplazar la gloria visible de Dios morando ahí (Apocalipsis 21:22). Dios mismo y el Cordero están ahí y ellos son el templo. Por eso el río de vida debe fluir del trono de Dios y del Cordero, en vez del umbral del templo, como originalmente Ezequiel lo describió (Apocalipsis 22:1-2; ver Ezequiel 47). Incluso la detallada descripción de Ezequiel lleva matices del Edén, regado por cuatro ríos y conteniendo el árbol de la vida. Fue en el Edén donde originalmente Dios estableció su relación con la humanidad.

## **Resumen**

Los nuevos cielos y la nueva tierra que Juan describe en Apocalipsis 21:1-22:5 son la resolución de todo conflicto, sufrimiento, y falta de significado en la vida. Ya no habrá deficiencia alguna en la relación entre Dios, el hombre y el orden creado. La superposición de las eras termina cuando este orden del mundo presente en el cual vivimos desaparece junto con todo el mal que lo caracteriza. Por medio de la resurrección y la glorificación el creyente es llevado totalmente a la regeneración de todas las cosas. La nueva era, sólo

ella, se convierte en la realidad de su existencia. Esta es la realidad donde los efectos de la vida y muerte de Cristo se perciben y experimentan en toda su plenitud. Ya que al presente la percibimos sólo por fe y vivimos en ella por nuestro representante Jesucristo, no es posible comprenderla en nuestras formas de pensamiento y lenguaje. Así que Juan, con el genio de la inspiración divina, compone un mosaico de imágenes veterotestamentarias a fin de presentar la realidad última.<sup>[39]</sup> La interrogante respecto a qué proporción de esta sección es verdaderamente apocalíptica y qué proporción es profética es, en cierta forma, una interrogante académica. En esta coyuntura y de manera apropiada, tenemos una síntesis de ambas clases de escrituras junto con el gran entendimiento que Juan tiene del evangelio. Es obvio que esto continúa la tradición del simbolismo apocalíptico, pero en este caso Juan ha creado una mezcla única de formas e imágenes de la literatura bíblica. Cada imagen evoca escenarios plenos de esperanza y expectativa profética del Antiguo Testamento. Pero el nuevo mensaje es que la realidad ha reemplazado la esperanza o la expectativa. Lo que el evangelio define como realidad habrá de serlo para todo creyente. Tal esperanza, inscrita en el corazón y mente por el Espíritu de Dios, a través de épocas ha fortalecido la determinación de innumerables personas insignificantes, ordinarias, de hombres y mujeres poco notables (como el mundo los considera), para seguir mirando a Jesús, el Alfa y la Omega, autor y consumidor de nuestra fe.

## TESIS

*Finalmente, Juan resuelve la tensión de la superposición de las eras al describir sin ambigüedades la consumación del fin como aquello que ocurre después de la derrota de Satanás y de todo lo que pertenece a la antigua era.*

# 10

## “Ven, Señor Jesús”

### *Viviendo en esperanza para el futuro*

¡Miren que vengo pronto! Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin. El que da testimonio de estas cosas, dice: “Sí, vengo pronto”.

Amén. ¡Ven, Señor Jesús! (Apocalipsis 22:12-13, 20)

La entrada de Juan en la realidad celestial del reino consumado, fácilmente podría permanecer como una perfecta conclusión para esta extraordinaria obra. ¿Qué podría animar más a los santos de todos los tiempos y de todas las condiciones de vida, que leer acerca de su próxima perfección y felicidad? De seguro sería un cristiano lerdo e insensible el que no sintiera algo de fuego en su alma al contemplar las palabras concluyentes de esta visión:

Ya no habrá noche; no necesitarán luz de lámpara ni de sol, porque el Señor Dios los alumbrará. Y reinarán por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 22:5)

Pero en la sabiduría del Espíritu de Dios, ¡a los lectores de Juan se les regresa a la tierra! Respirar el aire no contaminado de la nueva Jerusalén fácilmente nos puede hacer perder el equilibrio, pues la dura realidad de la siempre presente corrupción de nuestra era podría sacarnos de nuestro ensueño con un impacto que bien podría desorientarnos por un tiempo. Después de todo, esta breve visión del cielo nos fue dada para darnos seguridad, consolarnos y motivarnos en medio de esta era maligna. En los primeros capítulos del libro, Juan ha transmitido los mensajes de Cristo a las iglesias que están en dificultades. El Cristo reinante alabó, animó y advirtió a las iglesias para que perseveren hasta el fin. Una vez más nos encontramos con frases de advertencia y aliento, pero ahora con una referencia específica al significado del libro del Apocalipsis como un todo.

Primero se reitera la certeza en cuanto al testimonio de este libro, que es en realidad el testimonio de Jesús mismo (Apocalipsis 22:6, 10, 20). Aquí Juan recapitula las secciones de apertura del libro, en las cuales el Cristo resucitado y glorificado, que gobierna en medio de sus iglesias mediante su palabra y su Espíritu, se presenta como el autor de esta revelación. Observamos que no hay lugar para discursos apologéticos en esta situación. La Biblia no argumenta a favor de aceptar sus afirmaciones, sino que las declara como verdaderas. La razón de esto es que las principales afirmaciones de la Biblia que se refieren a la verdad incluyen la incapacidad de los pecadores para percibirla, porque han rechazado la fuente de tal verdad y también la revelación de ella en la persona de Jesucristo. En tanto al misterio de cómo o por qué la mente impía y rebelde, incapaz de percibir la verdad, responderá a la verdad que es en Cristo, la Biblia lo resuelve en términos del poder del evangelio y la obra regeneradora del Espíritu Santo. En cuanto al misterio de por qué algunos que escuchan el evangelio responden y creen mientras otros rechazan la verdad, la Biblia otorga la decisión final a Dios de acuerdo con su propósito soberano de elección. Los cínicos pueden considerar la afirmación de Apocalipsis 22:6: “Estas palabras son verdaderas y dignas de confianza”, con tanta aceptación como lo haría un estafador con melosas declaraciones como: “¿Señora mía, me cree capaz de mentirle?” Pero el creyente sabe que son las palabras del Señor mismo y las recibe con seguridad bien fundamentada. Son palabras de Jesucristo, el testigo fiel (Apocalipsis 1:5). Todos deben enfrentarse algún día a la interrogante en cuanto a cuál es la verdad absoluta y final. Y a que es la verdad final, no hay verdad mayor o más básica con las que pueda ser puesta a prueba. Si se nos ha de comunicar por sí misma como la verdad, debe autenticarse a sí misma en sus propios términos. La verdad final no necesita apología, simplemente se apodera de nosotros y nos lleva a la sumisión, lo que es una bendición (Apocalipsis 22:7).

En segundo lugar, Juan recapitula las severas advertencias del Apocalipsis: “No guardes en secreto las palabras del mensaje profético de este libro” (Apocalipsis 22:10). Los escritores de literatura apocalíptica antigua utilizaron la técnica literaria de describir un libro cerrado, escrito en una época pasada, pero que era abierto en el tiempo designado, cuando todo sería revelado. Esto es lo que yace detrás del rompimiento de los siete sellos<sup>[40]</sup> (Apocalipsis 5:1 -8:1). Pero ahora ha llegado el día de la revelación. Jesucristo ha venido en carne y nosotros hemos entrado en los últimos días. “El tiempo de su cumplimiento está cerca” significa que la consumación de todas las cosas es el único movimiento pendiente para que Dios complete la obra de salvación. Puesto que el evangelio nos ha traído a los últimos días, ya no hay lugar para la complacencia acerca de la manifestación final de la

gloria de Dios. Puede venir en cualquier momento y por lo tanto, sólo podemos exhortar a la gente a prepararse, respondiendo a la oferta de gracia del evangelio. Podemos estar seguros de que en una hora que no sabemos, el suceso final nos sorprenderá. Sea por nuestra propia muerte o por el regreso de Cristo en gloria, el resultado final es el mismo: todas las oportunidades de arrepentimos y recibir la salvación habrán pasado ya. “Deja que el malo siga haciendo el mal y que el vil siga envileciéndose; deja que el justo siga practicando la justicia y que el santo siga santificándose” (Apocalipsis 22:11), apunta al tiempo en que la oportunidad de arrepentimiento habrá pasado. Juan no está diciendo que el tiempo ya ha llegado, pues aún se invita: “El que tenga sed, venga” (Apocalipsis 22:17).

Pero son una advertencia para quienes desean vivir una vida impía. El evangelio es el gran divisor, tanto como el gran unificador. El conflicto entre Cristo y Satanás, que caracteriza todo el libro del Apocalipsis, aún se manifiesta en la vida diaria de hombres y mujeres. La relación entre las buenas obras y la salvación que estudiamos en el capítulo 5 se evoca en las palabras de Jesús de Apocalipsis 22:12: “le pagaré a cada uno según lo que haya hecho”, no se refiere a las buenas obras como algo para ganar la salvación, sino a las buenas obras como fruto de la salvación por fe.

La advertencia final está al final del capítulo y trata con “este libro de profecía” (Apocalipsis 22:18-19). Una vez más, la razón para tan severa advertencia es que estas son palabras de Jesucristo, Señor de la iglesia y gobernante de los reyes de la tierra. La esencia de tal advertencia no se refiere a los detalles del libro del Apocalipsis como tal. Añadirle o quitarle a esta profecía significa que uno mismo rechaza el testimonio de Jesucristo de sí mismo y de su evangelio. Significa, por lo tanto, rechazar a Jesucristo y sus derechos sobre nosotros como Señor que nos gobierna. Contrario a algunas distorsiones populares del evangelio que buscan que se acepte a Jesucristo como Salvador y como Señor como dos cosas separadas, vemos que creer en Cristo para la salvación significa, entre otras cosas, que lo reconozcamos como Señor.

En tercer lugar, Juan recapitula las bendiciones del reino de Dios. “Dichosos los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para poder entrar por las puertas de la ciudad” (verso 14). El tema de la justificación conduce apropiadamente el libro a su conclusión. Recuerde que Juan le escribe a una minoría perseguida, a los cristianos de Asia Menor. ¿Qué aliento se les puede dar en este momento? El mensaje conmovedor del Apocalipsis tiene que ser destilado de tal forma que los sostenga en ese momento, así como a largo plazo. Necesitan que se les recuerde otra vez que el poder de Dios para la salvación es el evangelio de nuestra justificación gratuita en Cristo. Necesitan ser animados por la verdad de que

su existencia transitoria es sólo una parte de la extensión de la historia humana, y que Jesucristo es Señor sobre toda ella. “Yo Soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin” (v. 13).

Así Juan hace regresar a los lectores al punto donde la fe simplemente reconoce: “Dios reina y yo soy su hijo por los méritos de Jesucristo”. Los hijos del reino esperan con ansiedad su manifestación. Mientras, buscan vivir como verdaderos miembros de ese reino. Tal vida de fe se vive entre el tiempo del Cordero sacrificado, y el tiempo de su venida en la majestad del León. Pero no es sólo, ni siquiera principalmente, el sufrimiento del cristiano lo que le hace anhelar el regreso de su Señor en gloria. Porque, como Saulo de Tarso aprendió, la persecución de los cristianos es la persecución y el rechazo del Señor: “¿por qué me persigues?”. Anhelamos ver que a nuestro Señor ya no se le conocerá más como el humillado Jesús del evangelio, sino como el Señor de gloria. No descansaremos hasta que el nombre de nuestro Señor y Salvador sea vindicado, toda lengua calle y toda rodilla se doble reconociéndolo como tal.

El mundo mira al Cordero sacrificado con lástima, desdén, incluso con aversión. A través del cristal matizado por la vanidad ve su sacrificio como una broma, o como el final natural de una ética pasada de moda, basada en la superstición. Pero el mundo niega su propia interpretación; pues si el Cordero hubiese entregado una vida y muerte tan sin sentido, el remedio habría sido dejarlo solo para que se pudriera y marchitara. En vez de unos cuantos huesos blanqueados y un olor a putrefacción, dejó una tumba vacía y su Espíritu que grabó la verdad del evangelio en los corazones y mentes de su pequeña banda de seguidores, de tal forma que comenzaron a poner al mundo de cabeza. Por esto el mundo no le perdona. Se levanta y le da latigazos al Cordero mientras finge que el Cordero no es real. Lo hace porque aquel cuyo espíritu satura al mundo sabe muy bien que el Cordero sacrificado representa su derrota.

El cristiano mira al Cordero y ve el juicio de Dios sobre su pecado llevado por su sustituto. Pero ve más allá de eso. Ve la gloria del León que no tiene fin. Nunca podrá ver al León sin ver al Cordero, y puede ver al León sólo si contempla al Cordero. Así será por toda la eternidad. En esta vida es solamente la fe que percibe estas realidades, y hay un profundo deseo dentro de cada hijo de Dios de que podamos ver con nuestros ojos lo que hoy vemos mediante la fe. Cuando el evangelio nos cautiva, nos impacientamos más y más ante nuestro fracaso de vivir de acuerdo con la realidad del reino. Nos ofende que el mundo rechace a nuestro Señor. Añoramos ser quitados de la lucha diaria en un mundo donde el olor de muerte pende incluso sobre la más sublime belleza de la creación.

No podemos sino añorar ver todas las cosas nuevas. Por ese final clamamos: “Ven, Señor Jesús”.

## **Apéndice:**

### ***¿Cuál es la marca de la bestia?***

Muchos lectores deben estar familiarizados con una interpretación popular de Apocalipsis 13 que a mi parecer ha recibido más atención de la que merece. La naturaleza crítica de nuestros tiempos, con sus incertidumbres, crisis globales y amenazas de un colapso inminente de nuestra estructura social y sistemas económicos, ha creado una sed por encontrar cualquier cosa que pueda quitar lo incierto del futuro inmediato. Esta ansiedad ha animado la difusión de ciertas perspectivas entre cristianos, las cuales, creo firmemente, son una desviación del mensaje central del Nuevo Testamento.

A veces estas perspectivas se agrupan bajo la etiqueta del ‘futurismo’, dado que comúnmente se supone que el Apocalipsis en particular, así como las profecías del Antiguo Testamento sobre la nueva era del reino, se refieren casi exclusivamente al futuro final de la actual era. En general también se asume que la historia moderna, sobre todo desde el retorno de los judíos y la formación del Estado de Israel en 1948, señala infaliblemente al hecho de que esta era se aproxima rápidamente a su final. El acercamiento literal a la profecía y al Apocalipsis, por lo general se aplica de tal modo que sus exponentes afirman que estamos rodeados de estas evidencias de que la segunda venida de Cristo está muy cerca. A pesar de que Jesús advirtió contra tratar de predecir el tiempo de su regreso, muchos intérpretes del Apocalipsis lo hacen. A menudo estas predicciones se hacen con cierta reserva (‘hacia 1984’ o ‘en esta década’), como si quien las hace tuviera la conciencia apenada por hacer lo que Jesús dijo que no se debía hacer. Otras predicciones se hacen con más confianza, pero el paso del tiempo ha desenmascarado a muchos.

Últimamente ha habido un renovado interés respecto a una parte del Apocalipsis que siempre ha sido un punto controversial. Desde los primeros tiempos la marca de la bestia de Apocalipsis 13:16-18 ha captado la atención de muchos intérpretes que proponen la solución del enigma 666. Y a que tanto los hebreos como los griegos utilizaron letras de sus alfabetos para representar valores numéricos, comúnmente se asume que el número 666 debe ser el total del valor numérico de las letras de un nombre. Las posibilidades son muchas, y si la versión griega de un nombre favorecido, por ejemplo ‘el emperador Nerón’ no suma 666, entonces la conversión a la forma hebrea ha producido a menudo el resultado deseado. En tiempos más

recientes se ha usado un método similar para identificar a la bestia con Mahoma, Martín Lutero, Napoleón o Hitler. Muchos cristianos, por el contrario, han preferido un acercamiento más simbólico en vez de una equivalencia numérica. Si aceptamos que la Biblia con frecuencia usa el número 7 para significar la perfección, entonces 666 se podría ver como representando un repetido fracaso en alcanzar la perfección, o como 'fracaso sobre fracaso sobre fracaso'.

Ahora un nuevo tipo de interpretación recibe mucha publicidad. A diferencia de otras interpretaciones, este acercamiento toma el número 666 completamente literal y, como las interpretaciones de Nerón y Hitler, la relaciona más exactamente con el tiempo presente. Se dice que la marca de la bestia, el número 666, surge en la sociedad moderna de un modo que muestra que estamos al borde de una economía global controlada por Satanás. El crédito computarizado es visto como algo que gradualmente sustituye el uso del dinero a fin de que en un tiempo (probablemente un tiempo relativamente corto) nos convertiremos, a nivel mundial, en ciudadanos de una sociedad que no maneje dinero en efectivo. El poder que estará detrás de esto será el anticristo, quien demandará la sumisión de toda la gente. Ya estamos en ese camino con el uso de tarjetas electrónicas. Los códigos de barra impresos en los artículos de supermercado hacen que los precios se lean y registren electrónicamente, y son una prueba adicional del tiempo aproximado de las compras y las ventas. Llegará el día cuando sólo a quienes tengan la marca de la bestia, un número de identificación personal computarizado, impreso en la mano derecha o en la frente, se les permitirá comprar o vender. Así, los cristianos que se nieguen a adorar a la bestia y recibir su marca, sufrirán una severa persecución.

La intención general de libros que siguen esta línea es impresionar al lector de que el tiempo está cerca y, por consiguiente, es muy urgente responder al evangelio. Tal respuesta, en algunas interpretaciones, no va a quitar la amenaza de esta persecución a los cristianos que, se dice, serán perseguidos durante tres años y medio antes de que Cristo se los lleve de este mundo. Otras interpretaciones ven que este 'rapto' ocurre antes de la tribulación final en cuyo caso hay un incentivo añadido para responder al evangelio y escapar así de la tribulación.

La seriedad con que este asunto puede ser abordado por algunas personas se manifiesta por una pregunta que con respecto a este tema me hicieron en un seminario patrocinado por una iglesia. La pregunta fue la siguiente: "¿Qué pasará si, cuando se haga realidad la profecía de una sociedad que no usará el dinero, algunos cristianos acepten la marca de la bestia sin darse cuenta de lo que están haciendo?" Obviamente, esta persona temía que muchos cristianos desconocieran el significado de

Apocalipsis 13, cayeran en la trampa y se dejaran señalar con la marca de la bestia. Contesté la pregunta indicando primero que se asumía de forma injustificada la certeza de que la sociedad que no maneje dinero en efectivo cumple esta profecía. Además, no había ningún intento de relacionar esta imagen apocalíptica con la clara enseñanza del evangelio. El resultado era un temor innecesario de que algunos cristianos perderán su salvación debido a su falta de una correcta instrucción profética con respecto a Apocalipsis 13.

A la luz de los principios establecidos en este libro, hay una interpretación mucho más satisfactoria que no choca con las enseñanzas de las epístolas de Nuevo Testamento. La visión de la bestia en Apocalipsis 13:11-18 es una de las series de imágenes del conflicto entre la luz y las tinieblas. La bestia es un emisario de Satanás en el conflicto. Engaña a mucha gente para que hagan alianza con ella mientras persigue activamente al pueblo de Dios. La naturaleza de la literatura apocalíptica no exige que se trate de una persecución literal o económica (verso 17). Por otro lado, no es un cumplimiento imposible, pues la opresión política de los regímenes totalitarios se traslada fácilmente al mundo mercantil. Sin embargo, es una equivocación hacer de ella el único cumplimiento basándonos en la aparente correspondencia con los acontecimientos contemporáneos. Tal interpretación es ayudada por un enfoque literal en cuanto a la marca de la bestia (versos 16-17), que supone que un día se requerirá que todos tengamos nuestro número de identificación realmente impreso en nosotros. Por supuesto, como sucede con muchas interpretaciones literales, tiende a caer bajo su propio peso. Porque si consideramos estrictamente las palabras del verso 18, cada individuo será sellado exactamente con la misma señal, seiscientos sesenta y seis, que tiene un valor para identificar sólo a los miembros del grupo, pero no distingue a uno de otro.

Nuevamente los dos principios de interpretación establecidos en la introducción son relevantes. Primero, debemos rechazar cualquier intento de convertir una imagen simbólica apocalíptica en una descripción literal de un suceso totalmente remoto de Juan y sus contemporáneos. El hecho de que Juan se refiera a la marca de Dios en la visión contigua debería ayudarnos. Sugiero que hay un contraste deliberado de las dos situaciones que es parecida a Apocalipsis 7 (véase capítulo 3 de este libro). Tanto Apocalipsis 7 como Apocalipsis 14 se refieren a los 144,000 santos redimidos en contraste con los reprobados que son llevados a juicio. En Apocalipsis 14:1, la marca de Dios significa que están firmemente sellados como posesión del Padre. Nadie supone que por ser un hijo de Dios debemos tener una marca literal en la frente. Simboliza nuestra redención, la cual se recibe por fe, y sellada por el Espíritu de Dios. De igual manera la marca de la bestia debe

simbolizar la incredulidad, y el rechazo de Cristo y su evangelio. Es triste que muchos cristianos estén siendo llevados a pensar que su seguridad eterna no depende de la obra completa de Cristo para ellos, sino de su astucia profética para discernir la supuesta relación entre la bestia y el desarrollo de un nuevo sistema fiscal global. Realmente el evangelio y las verdades gloriosas de nuestra justificación están siendo oscurecidos por esta nueva moda.

En este momento tengo que mencionar una implicancia adicional a la tesis de este libro. El enfoque futurista que da una interpretación literal y edifica sobre ella una predicción acerca del retorno de Cristo este año, el siguiente o cuando sea, ¡por supuesto que algún día será correcta! Pero lo será por razones equivocadas. De la misma forma es posible que muchos de estos sucesos contemporáneos que se ven como cumplimiento de la palabra profética son sólo eso. Si la sociedad que no maneja dinero en efectivo deviene en la forma descrita, bien puede ajustarse al significado de Apocalipsis 13. Esto no es realmente el meollo del asunto. Mi argumento con esta línea de pensamiento es que más bien hace un enfoque forzado para demostrar que las profecías están siendo literalmente cumplidas por estos acontecimientos contemporáneos por primera y única vez.

Aquí hay dos ideas erróneas. Primero, a menudo el concepto de las señales de los tiempos se emplea en relación con la profecía cumplida, o en relación a una profecía que está supuestamente en el proceso de cumplirse. En esta perspectiva se asume que las señales son cumplimientos discernibles de una vez por todas, que indican que el fin está cerca. A menudo sobre esta base se hacen predicciones aproximadas del tiempo del regreso de Cristo. El segundo malentendido está relacionado con el concepto del fin, el cual se aplica exclusivamente a la segunda venida. En este libro he puesto especial cuidado en señalar la triple forma en que el Nuevo Testamento habla acerca del fin. Yo creo que a base de esta perspectiva bíblica debemos llegar a la siguiente conclusión: las señales pertenecen a todo el período completo de los últimos días, desde la primera venida de Cristo hasta su retorno. Su propósito no es el de ayudarnos a predecir, contrario a la advertencia de Jesús, el tiempo de su retorno, sino que es el de caracterizar todo este período como el tiempo final. Desde esta perspectiva el regreso de Cristo parecía tan inminente para los apóstoles como hoy lo es para nosotros. La visión apocalíptica de Juan de la bestia y su marca pertenece también al período completo, y puede tener muchas manifestaciones aisladas o continuas. Por sobre todo no debemos quitar esta profecía del marco de la enseñanza del Nuevo Testamento en general, o del resto del libro del Apocalipsis (por ejemplo, en sus enseñanzas sobre la perseverancia hasta el fin). Hacer lo contrario es agregar al evangelio e

inferir que 'fe sólo' y 'Cristo sólo' son principios que no operarán en los últimos días de esta era. Se nos dice que parece necesario agregar a tales principios, un curso de acción basado en una estrecha interpretación profética. La única manera consistente de abordar Apocalipsis 13 y 14 es ver que la marca de la bestia caracteriza la impiedad y la falta de fe, mientras que la marca de Dios caracteriza el sellado de quienes por medio de la fe en Cristo son salvados por la eternidad.

- [1] Estilo: Forma de hablar y escribir características de una persona o grupo. Puede significar también, como en este caso, una de varias formas aceptadas de comunicar una idea.
- [2] La mayoría de los lectores estarán familiarizados con el Apocalipsis y la abundancia de visiones que se encuentran en este libro. Sin embargo, si no está seguro del significado del término “visión apocalíptica”, le sugiero que lea un par de ellas en Daniel 7 y Apocalipsis 13.
- [3] Los comentarios sobre el Apocalipsis de H.B. Swete y R.H. Charles publicados a principios del siglo 20, se consideraron obras monumentales en la lengua inglesa. En tiempos recientes ha surgido cierto número de libros que tratan el tema de la literatura apocalíptica en general, como el de D.H. Russell, *Apocalyptic: Ancient and Modern* (Philadelphia: Fortress Press, 1978); Leon Morris, *Apocalyptic* (London: IVF, 1972).
- [4] He tratado este tema con más detalle en mi libro *Evangelio y Reino* (Monterrey: Torrentes de vida, 2005).
- [5] Hay mucha literatura sobre este tema para quienes deseen estudiarlo con mayor detención. Como por ejemplo: L. Boettner, *The Millennium* (Philadelphia: The Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1964), R. Clouse, *The Meaning of the Millennium* (Downers Grove: Intervarsity Press, 1977) W.J. Grier, *The Momentous Event* (London: Banner of Truth, 1970.)
- [6] El premilenialismo espera el retorno de Cristo antes de un período literal de un reinado de mil años sobre la tierra. El posmilenialismo interpreta el milenio como un período simbólico en el cual el mundo se cristianiza en su mayor parte luego del cual Cristo regresa. El amilenialismo es similar al posmilenialismo en cuanto a que Cristo regresa después del milenio. El milenio es un símbolo de toda la época actual en la cual el evangelio es predicado. A diferencia del posmilenialismo, el amilenialismo no espera una época dorada de predominio del evangelio como un pre-requisito para el retorno de Cristo. A diferencia del premilenialismo, no espera un reinado literal de Cristo por mil años. (Vea la representación de estos tres puntos de vista en la Figura 1 en la página 20.)
- [7] London: Inter Varsity Press, 1975, del punto de vista amilenial. El lector también encontrará útil la siguiente obra: Leon Morris, *El Apocalipsis*, Tyndale New Testament Commentaries (London: Tyndale Press, 1969).
- [8] *I Saw Heaven Opened* (London: Inter-Varsity Press, 1975) p. 31.
- [9] Austin Farrer, *A Rebirth of Images* (London: A. & C. Black 1949).
- [10] Nota del Editor: El autor escribió esto cuando aún existía la URSS como bloque comunista.
- [11] Por ejemplo, Éxodo 30:19, 40:31; Levítico 8:6, 14:8, 15:5-10 y 19-27, 16:24; Números 19:19.
- [12] Por ejemplo, Levítico 8:14-30, 14:6-8.
- [13] Por ejemplo, Salmos 26:6, 51:1-19; Isaías 1:16-20; Jeremías 2:22, 4:14; Hageo 2:10-19.
- [14] Escatología proviene del griego “*esjatos*”, que significa “*último*”, y es el estudio de las últimas cosas.
- [15] Herman Ridderbos declara: “El hecho de que las epístolas de Pablo no anuncian por primera vez este evangelio sino más bien lo exponen y lo aplican en detalle, no afecta en nada el hecho de que este evangelio es también el único y permanente tema de sus

epístolas. Del mismo modo, el hecho de caracterizar su contenido no sólo como kerygma sino también, por ejemplo, como doctrina y como exhortación, no significa que esta doctrina tenga otro complemento y esta exhortación otro punto de partida y fundamento que la actividad redentora y consumadora de Dios en la venida de Cristo. *Pensamiento del Apóstol Pablo* (Buenos Aires: Ediciones Certeza, 1979), p. 59.

[16] Óp. cit.

[17] Por ejemplo, Apocalipsis 1:10, el día del Señor; 6:17, el gran día de su ira; 16:14, 18:8, en un día.

[18] Isaías 2:2, 13:6, 9, 22:5, 34:8; Jeremías 46:10; Ezequiel 7:10, 13:5, 30:3; Joel 1:15, 2:1, 11, 31; Amos 5:18-20; Sofonías 1:7-8, 14-18 y Zacarías 14:1.

En G. Von Rad, *Teología del Antiguo Testamento* (Edinburgh: Oliver and Boyd, 1965) Vol. II, páginas 119-125, se estudia el significado del día del Señor en los escritos proféticos.

[19] Loc. cit.

[20] Las profecías de la restauración que describen la venida del reino en términos de una recapitulación glorificada de la antigua monarquía de Israel, incluyen: Isaías 2:1-4, 4:2-6, 9:6-7, 52:1-12, 60:1-22, 61:1-7, 65:17-25; Jeremías 23:1-8, 31:1-40; Ezequiel 34-48.

[21] De ningún modo podemos permitir que las características del pensamiento profético apoyen perspectivas no bíblicas que desechan los hechos históricos como irrelevantes. Los profetas no fueron indiferentes a la historia. Sin embargo, no estaban gobernados por la forma de ver la historia que prevalece en el siglo veinte.

[22] 2:1 de 1:13, 16; 2:8 de 1:17, 18; 2:12 de 1:16; 2:18 de 1:14-15; 3:1 de 1:4, 16; 3:7 es el inverso de 1:18; 3:14 de 1:5.

[23] *Cristo y el tiempo* (CLIE).

[24] Hay ligeras variaciones, especialmente en las advertencias y exhortaciones.

[25] En el Concilio de Calcedonia, en el año 451, la iglesia ideó una fórmula para hablar de este misterio. En Cristo está el Dios verdadero y el hombre verdadero. Hay una unión de las dos naturalezas, pero no una fusión. Hay una distinción entre ellas, pero no hay separación. La iglesia vino también a darse cuenta que esta forma de hablar de la "unidad-distinción" acerca de Cristo apuntaba a la naturaleza misma de Dios, como las tres personas en un Dios.

[26] Todo el tema de las obras y las recompensas en relación con la justificación es tratado estupendamente por Juan Calvino en la *Institución de la Religión Cristiana*, Libro III, capítulos 14-18. Generalmente se considera que los escritos de Calvino son aptos sólo para el lector avanzado. Sin embargo, son sorprendentemente simples y fáciles de leer. Un excelente tratamiento básico de este tema lo da Robert Horn en *Go Free!* (Downers Grove: Inter Varsity Press 1976).

[27] Pero ver Apocalipsis 22:12.

[28] El debate sobre si Jesús realmente usó el título de sí mismo, como los Evangelios indican, y si así lo hizo, qué fue lo que quiso decir con ello, no es realmente nuestra preocupación. Debo estar de acuerdo con quienes aceptan que el "Hijo del hombre" significó un participante central en el drama de la salvación como se efectuó en la historia de Israel. Es claro en Apocalipsis 1:7 que tiene en mente a Daniel 7:13.

[29] Muchos eruditos no aceptan que el libro de Daniel haya sido escrito en el siglo sexto por Daniel. En general lo consideran un trabajo apocalíptico del siglo segundo a.C., que usa la figura de Daniel, muy posiblemente una persona histórica, como base para un trabajo antihelenista. En mi opinión los argumentos de esta perspectiva no son de ninguna manera concluyentes y crean tantos problemas como los que intentan resolver. Sin embargo, el asunto no es importante para esta discusión, ya que la evidencia sugeriría que la apocalíptica judía empezó a desarrollarse durante el exilio babilónico.

[30] La tribu de José fue dividida en las dos medias tribus de los hijos de José, Efraín y Manasés. A Leví, como tribu sacerdotal, no le fue dada herencia territorial en la tierra prometida. Véase Josué 13:33; 14:4.

[31] William Hendriksen ha captado bien el espíritu del mensaje de Juan en el título de su exposición sobre el Apocalipsis: *Más que Vencedores* (Grand Rapids: Baker Book House, 1939).

[32] Véase página 64 y también Simón J. De Vries, *Yesterday, Today and Tomorrow* (Grand Rapids: William B. Eerdmans, 1975).

[33] Véase introducción, p. 19 (nota 6), amilenialismo. Este punto de vista se expone en los comentarios sobre el Apocalipsis de Leon Morris, William Hendriksen (*Más que vencedores*), y Michael Wilcock (*I Saw Heaven Opened*). Un simposio que acomoda las diferentes perspectivas del milenio se encuentra en (Ed.) Robert Clouse, *The Meaning of the Millennium* (Downers Grove: Inter Varsity Press, 1977).

[34] O. Cullman, *Cristo y el Tiempo* (CLIE). Cullman utiliza una noción más bien confusa de que la muerte y resurrección de Jesús se convirtieron, para el Nuevo Testamento, en el punto medio del tiempo más que en el fin. Sin embargo, él evita la necesidad de hablar del fin en las tres formas que he presentado en este estudio. Él utiliza una analogía de guerra. El suceso del evangelio es la victoria decisiva, pero la guerra continúa hasta que todas las hostilidades sean resueltas en el fin. que es celebrado como día de victoria. Yo sugiero que si la victoria es verdaderamente la victoria decisiva, en la perspectiva del Nuevo Testamento es el fin de la guerra, no su punto medio. Esto es así aunque la guerra continúe algún tiempo después de la victoria decisiva.

[35] Véase Isaías 11:1-9. 35:1-10, 65:17-25; Ezequiel 36:33-36. Esto se estudia con mayor detalle en mi libro *Evangelio y Reino*, publicado por esta editorial.

[36] Las versiones que traducen que Dios el Señor “caminaba” o “se paseaba”, traducen correctamente el verbo en singular, con respecto a Dios. El es quien camina, no Adán o Eva. Este ejemplo de antropomorfismo, hablando de Dios como humano, destaca con fuerza el “aquí abajo” con respecto a Dios.

[37] Juan 1:14. “el verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros”. La palabra griega de donde se traduce ‘habitó’ se deriva de la palabra ‘tabernáculo’ o ‘tienda’.

[38] Véase también Isaías 54:6. El matrimonio de Dios e Israel está generalmente implícito en el hecho de que cuando Israel es juzgado por quebrantar el pacto y buscar otros dioses, se le considera una ramera: véase Isaías 1:21; Jeremías 2:20, 3:1-10. En Isaías 61:10, las vestimentas matrimoniales son imágenes de la justicia de Dios con la cual viste a los redimidos. Isaías 62:1-5 ilustra el matrimonio de Israel como su vindicación. A Israel se le llama “Hefzi-ba” (“mi deleite está en ella”) y “Beula” (“desposada”). Aquí, la vindicación y rectitud son lo mismo, y prefiguran la justificación.

[39] Nótese el uso que Pedro da a la imagen del matrimonio de Oseas en este contexto del templo: 1 Pedro 2:10 es una referencia a Oseas 2:23 en la cual el significado del matrimonio de Oseas se interpreta en términos de Dios uniéndose en matrimonio con su pueblo redimido (véase Oseas 2:16,19). Con esta referencia a Oseas Pedro reúne varios conceptos del Antiguo Testamento: templo, linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de Dios.

R.H. Charles, *The Revelation of St. John*, I.C.C. (Edinburgh: T. & T. Clark, 1920), Vol. 1, pp. lxxv-lxxxii enlista algunos 20 pasajes del Antiguo Testamento directamente citados en Apocalipsis 21:1 a 22:5. Él lista otros 7 que quizá influyeron en Juan para esta sección.

[40] En la literatura apocalíptica judía popular que no aparece en la Biblia, los escritores afirmaban que el autor era alguna gran figura del pasado, como Moisés o uno de los doce patriarcas. La obra fue sellada y sólo ahora, en el tiempo del escritor, se abre para revelar la verdad. De ahí se ve de modo característico que el ángel da la revelación y manda que el libro sea "sellado" (véase también Daniel 12:4). Es significativo que en el libro del Apocalipsis Juan no es el autor de la verdad contenida en los siete sellos, pero en un buen estilo apocalíptico los sellos son rotos y la verdad es revelada. A Juan no se le permite sellar nada, ya que el día de revelación ha venido con Jesucristo.